

SIN FILTRO

SEXO, BIBLIA, YOGA, IGLESIA,
¿TIENES TIEMPO PARA UNA CERVEZA?

JULIO MUÑOZ, LC



SIN FILTRO

Julio Muñoz

Edición: Abraham Abud Pasos | Estudio en Blanco ©

Diseño de portada: Carlos Enrique Ancona Romero | Estudio en Blanco ©

Diseño de interiores: Carlos Enrique Ancona Romero | Estudio en Blanco ©

Asistencia editorial: María Fernanda Morales Mendizábal

ISBN: 979-8-89170-473-2

Primera edición. Publicado por Estudio en Blanco ©

Derechos de Autor – Reservados a Julio Muñoz

Derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente sin permiso de los titulares.

Estudio en Blanco ©

Calle 32 A por 9A y 11 #607 Col. Maya Edificio Oporto, Mérida, Yucatán.

Índice

INTRODUCCIÓN: ¿UNA CERVEZA?	08
CAPÍTULO 1: VERDAD ¿Existe la verdad o «cada quién sus cubas»?	11
CAPÍTULO 2: CIENCIA ¿Venimos de los monos o no?	18
CAPÍTULO 3: DIOS ¿O no es bueno o no es omnipotente?	25
CAPÍTULO 4: JESÚS ¿Qué lo hace diferente?	32
CAPÍTULO 5: ALIENS ¿Estamos solos en el universo?	40
CAPÍTULO 6: IGLESIA Creo en Dios, pero no en la Iglesia.	47
CAPÍTULO 7: INMORTALIDAD ¿Somos realmente inmortales?	55
CAPÍTULO 8: ENERGÍAS ¿La magia y los poderes ocultos funcionan?	63
CAPÍTULO 9: BIBLIA ¿El arca de Noé existió o no?	71
CAPÍTULO 10: ORACIÓN No siento nada y no me resuelve nada.	78
CAPÍTULO 11: SEXO ¿Por qué esperar hasta el matrimonio?	86
CAPÍTULO 12: ABORTO ¿Cuándo es una persona?	94
CAPÍTULO 13: IDENTIDAD SEXUAL ¿El hombre nace o se hace?	101
CAPÍTULO 14: ANTICONCEPCIÓN ¿Algún problema con los métodos anticonceptivos?	109
CAPÍTULO 15: MUJERES ¿Dios es mujer?	116
CAPÍTULO 16: PORNO Sencillamente, no lo puedo dejar.	123
CAPÍTULO 17: FELICIDAD ¿Cómo saber si eres feliz?	131
CAPÍTULO 18: TIEMPO ¿Cuánto tiempo nos queda?	139
EN RESUMEN	148

¿Una cerveza?

«Padre, ¡tengo una pregunta!»

¿Te suena? Me imagino que sí. ¡Me lo has dicho cientos de veces! Este libro es el eco de muchas conversaciones que empezaron con esa misma pregunta. Encuentros más o menos improvisados viendo un partido de fútbol, en las aulas de clase o, por qué no, tomando una cerveza. De hecho, si me tienes aquí hablando contigo es porque muchas veces, al compartir ciertas ideas con jóvenes como tú, me quedé pensando: «Esto debería escucharlo más gente».

Para los fines de este libro te voy a pedir que hagas un experimento mental y te pongas la camiseta de Santiago, un joven con el que tal vez te puedas identificar porque tiene muchas preguntas y se muere de ganas por hablar con alguien sobre ciertos temas sin miedo a que lo juzguen, sin ninguna vergüenza, «sin filtro». Quiero que te imagines un local con un montón de mesas vacías y al final un hombre sentado solo, pensativo, como esperando a alguien, tal vez a ti. Imagina justo al lado un bar lleno de chicas guapas, buena música y un ambientazo de fondo. Si eres normal supongo que te divierte más entrar en ese bar y pasar un buen rato, antes que sentarte a hablar con un completo desconocido. Pero algo te retiene. No puedes dejar de pensar en ese hombre solo, sentado en la última mesa del local de al lado. Sigue ahí, con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo... esperando. Te intriga, te da curiosidad, te preguntas: «¿Porqué está ahí solo? ¿A quién está esperando?». Y te decides a entrar por esa puerta pensando: «Al fin y al cabo la otra fiesta va para largo». Te acercas con naturalidad, como queriendo solamente ser buena gente sin saber todavía lo que le vas a decir, y cuando estás a punto de saludarlo, él levanta la mirada, te sonríe y te dice: «Te estaba esperando, ¿tienes tiempo para una cerveza? Sé que llevas un rato ahí fuera pensando en acercarte. Gracias por darme un poco de tu tiempo, Santiago». «¿Cómo? ¿Y tú de qué sabes mi nombre?». Le preguntas. «Yo sé el nombre de todo el mundo. Pero lo importante es que estás aquí y me imagino que tienes muchas

preguntas. La verdad es que no tengo ninguna prisa, así es que, ¿qué quieres tomar?».

Tomas asiento y pides una cerveza. «Y además de mi nombre, ¿qué más sabes de mí?». Le preguntas de nuevo con algo de sospecha. «Sé que vas en primer año de publicidad digital y marketing, que vives con tu madre porque tus padres están separados. Sé que tu hermana mayor está diagnosticada con depresión y que a tu hermano pequeño están punto de quitarle la beca de estudios por malas calificaciones. Estás lastimado porque hasta hace poco llevabas un año y seis meses saliendo con Sofía, pero te cortó porque se fue a hacer un semestre de intercambio y no quería una relación a distancia, y también sé que detrás de esa máscara de macho alfa que llevas puesta escondes mucho dolor, algo de inseguridad y, sobre todo, un montón de preguntas. Por eso te estaba esperando».

¡Te has quedado en shock! ya no estás pensando en la fiesta ni en la música de al lado y te olvidaste de las chicas con quienes te querías desfogar después de lo de Sofía. No sabes si reír o llorar, si salir corriendo o quedarte ahí. Y aquel hombre continúa: «Sinceramente no tengo nada que hacer más que estar aquí contigo, así es que puedes preguntarme lo que sea, sin miedo. Estás en la edad para hacerte preguntas, para cuestionar todo lo que has venido escuchando desde pequeño, sin darte el tiempo para decidir en qué crees tú o por qué crees lo que crees. No tienes idea de la cantidad de gente creyente que se siente culpable por cuestionarse la fe, ¡como si eso fuera malo o incluso pecado! Cuando realmente es al revés. Si lo analizas, Santi, lo que te hace diferente de un mono es precisamente eso: la razón. Lo que ennoblece al ser humano, aquello que lo hace crecer y lo libera, es preguntarse el «por qué» y el «para qué» de las cosas. Porque me imagino que tú como tus amigos estáis saturados de información, pero os falta algo más de sabiduría, que consiste, no tanto en tener acceso ilimitado a una montaña de datos wikipédicos, sino en una visión integrada de la vida, algo así como una ensalada que incluye ingredientes tomados de la física, la química, la cosmología, las matemáticas, la filosofía y también, por qué no decirlo, la teología. Así es que dale. Solamente te pido un favor: ¡Pregunta sin filtro, sin

preocuparte por lo que voy a pensar de ti! Porque si no, esta conversación va a ser aburridísima».

A lo mejor no compartes todo el historial de Santiago, pero quédate con su nombre por ahora y sigamos conversando tú y yo. No es lo mismo que hablar directamente con Jesús, pero después de muchos años trabajando con jóvenes como tú me puedo hacer una idea tanto de las preguntas que tienes en la cabeza como de las respuestas que te daría el mismo Señor a la luz de la razón (la filosofía y la ciencia) y de la fe (la teología y la Biblia). Como verás, los capítulos de este libro son relativamente breves y dejan muchas cosas por aclarar. He preferido ir al grano, dejarte con hambre de más y darte la libertad de profundizar en aquellos temas que más te interesen. Cada capítulo es una conversación y tiene la misma idea de fondo: destapar una cerveza fría, sentarnos a conversar sin prisas, poner encima de la mesa un tema interesante (verdad, identidad sexual, inmortalidad, extraterrestres, sexo, Dios, aborto, demonios, Iglesia, etc.), y hablar de ello siguiendo un mismo esquema: (1) ¿Qué preguntas tienes o por qué te interesa hablar de ello?; (2) ¿Qué opina la mayoría de la gente?; (3) ¿Qué diría Jesús si estuviera aquí hablando contigo?; (4) ¿Qué piensa la Iglesia realmente?; (5) ¿Qué ideas te pueden servir para la vida?; (6) Y, por último, ofrecerte un pequeño ejercicio que te ayude a poder orientar a otros. Al final del libro he añadido, a manera de resumen, respuestas breves a las preguntas que te hago en cada capítulo. Haz un esfuerzo por responderlas primero tú solo o con tus amigos y, ya luego, si quieres, salta a ver las respuestas.

Mucha gente de tu edad me ayudó a revisar el borrador de este libro haciendo muy buenas sugerencias y buscando que fuera una lectura amena, práctica, aterrizada. Todo un trabajo en equipo para lograr que, además de responder preguntas, esta conversación te ayude a descubrir que la fe católica sirve para tomar mejores decisiones, vivir con mayor propósito, lograr una visión más completa e integrada de la vida y sobre todo proyectar los años que tienes por delante con más ilusión y significado.

¡Espero que lo disfrutes! Un gran abrazo, fenómeno.

CAPÍTULO 1: VERDAD

¿Existe la verdad o «cada quién sus cubas»?

«Padre, a mí personalmente me parece algo prepotente y hasta hipócrita toparme con gente que se cree en posesión de la verdad. Creo que es algo que divide porque hay demasiada gente buena que tiene una visión diferente de la vida y no por ello son mejores o peores personas. Hablar de verdad o de verdades absolutas me suena un poco a intolerancia, discriminación y, en algunos casos, hasta hipocresía. ¿Existe realmente una verdad absoluta o cada quién tiene derecho a creer en su propia verdad?»

CAPÍTULO 1: VERDAD

¿Existe la verdad o «cada quién sus cubas»?

Santi, gracias por tu honestidad. Sinceramente es una pregunta muy válida. Yo también me pregunto si en pleno siglo XXI, cuando seguimos descubriendo tantas cosas en todos los ámbitos, tiene sentido todavía hablar de verdades absolutas. Como que es un planteamiento algo medieval que viene a pisotear la opinión de los demás. Me imagino que muchos jóvenes como tú se preguntan: ¿Existen verdades absolutas más allá de la cultura, la época histórica o la mentalidad de moda? ¿Se puede hablar de una verdad moral sin necesidad de ser creyentes? ¿Si no hace falta una verdad religiosa para ser buenas personas, entonces para qué sirve la religión? ¿Si en la misma Iglesia católica hay cosas que cambian con el tiempo, cómo saber que lo que hoy entendemos como verdadero no va a cambiar en el futuro? Son cuestionamientos muy válidos.

Hoy por hoy, efectivamente, si te sientas con alguien y le dices «Esto es así y punto», te va a juzgar de loco intolerante y ¡con razón! Va a pensar que te crees superior a los demás. Hay mucha gente estupenda convencida de que no podemos saber nada con certeza (los escépticos). Otros piensan que al final todo es relativo a la cultura, las creencias, la educación o el contexto histórico en que nos toca vivir y por ello todo puede cambiar (los relativistas). Hay también otros más románticos a quienes les gusta creer que cada uno genera su propia realidad (los idealistas). Y finalmente están los más aterrizados, los que afirman que muchas cosas son como son y que la sabiduría está en aceptarlo e integrarlo en la propia vida (los realistas).

Jesús en su momento habló del tema en términos poco diplomáticos para nuestros estándares modernos. Es más, tuvo la osadía de identificarse Él mismo con la verdad y no tanto con un sentimiento o una experiencia. Cuando estuvo entre nosotros, quiso vincular incluso la experiencia religiosa más a la razón que a las emociones, rescatar la parte más noble del ser humano, lo que nos hace semejantes a Dios, la razón, y por eso dijo: «Yo soy la verdad» (Jn 14,6). De hecho, en una ocasión hablando

de las cosas que hacen miserable la vida del hombre, quiso relacionar la auténtica felicidad con el conocimiento: «La verdad os hará libres» (Jn 8,32), y siendo cuestionado acerca de sus intenciones políticas o conspiracionistas, se limitó a decir: «Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37). Así es que efectivamente Jesús era un gran amigo de la verdad. Pero como la verdad muchas veces resulta incómoda, sus oyentes acabaron matándolo.

La Iglesia, más allá de los prejuicios que la gente pueda tener, lleva dos mil años haciendo un esfuerzo sincero dentro de sus limitaciones humanas por defender que hay ciertas cosas que son como son, abogando por el sentido común y la sana filosofía, convencida de que al final el mayor servicio que puedes hacer a los demás es enseñarles a pensar. Y para ello se ha apoyado mucho de una ciencia llamada epistemología, compuesta por las palabras griegas epistémē (conocimiento), y lógos (estudio). Es una rama de la filosofía que se ocupa de estudiar la naturaleza, el origen y la validez del conocimiento humano, independientemente de las creencias o religión de cada persona.

Desde este ángulo, defiende en primer lugar que hay diversos tipos de verdades. Por ejemplo, está la verdad ontológica, la que parte de lo más fundamental, la existencia de las cosas («esta pluma está aquí, aunque yo diga que no»). Luego está la verdad lógica, que analiza las leyes del pensamiento («dos plumas más dos plumas suman cuatro plumas, aunque se me aparezca un ser divino y me diga que son cinco»). Luego está la verdad física, la que habla de las leyes naturales («esta pluma se cae al suelo por la ley de la gravedad»). Sigue la verdad moral, un poco más complicada, pero que también tiene su objetividad («estaría mal agarrar esta pluma para clavarla en el ojo de alguien»). Y al final está la verdad religiosa que, más allá de las creencias de cada persona, también tiene un valor objetivo y ahora veremos por qué. Así es que, como ves, el tema de la verdad atraviesa todos los aspectos de nuestra vida.

«Bueno padre, tiene sentido. Pero me dará la razón si digo que no hace falta ser creyente para ser una persona moralmente buena o para obrar el bien?»

Santi, lo cierto es que no. Hay muchos no creyentes que son, incluso, mejores personas que los creyentes en cuanto que son más éticos, generosos, coherentes, filántropos, etc. Pero hace falta un límite o algo que determine el bien y el mal en un sentido más universal. Si no, la vida sería un caos. La pregunta sería: ¿es posible hablar de una verdad moral que esté por encima de las creencias y religiones? De ser así, ¿en qué la podríamos basar? Hay varias opciones. ¿Podría ser la conciencia de cada uno? Creo que no, porque lo que es bueno para ti puede no serlo para mí. ¿En la sociedad? Existen casos de depravación moral apoyada por la sociedad como el nazismo. ¿En las leyes? Todos sabemos que lo legal no siempre va de la mano con lo moral, como la confiscación de bienes o la discriminación de personas por no apoyar al gobierno establecido y sus constituciones. ¿En la religión? Me voy a pegar un tiro en el pie, pero diría que tampoco, porque en nombre de la religión se han cometido verdaderos disparates. ¿Entonces, qué nos queda Santi? ¿Cómo construimos algo que sirva de referente para todos por lo que respecta a lo que está bien o mal?

La Iglesia defiende el principio de la «ley moral natural». Este principio afirma que existe, dentro del ser humano, una especie como de instinto innato muy básico y primitivo como puede ser el de supervivencia o el de reproducción, que nos lleva a entender desde antes de, incluso, saber leer o escribir, que robar, matar o mentir siempre está mal. Y esto te lo dice el sentido común, la razón. ¡Y este instinto está por encima incluso de la religión! Santi, si Dios se te aparece y te dice: «Mata a sangre fría a este individuo», deberías decirle: «Mi razón no me lo permite». Claro, esto plantea un problema: ¿Qué pasa entonces con esas historias de la Biblia en las que Dios ordena matar a la gente? No quiero darte demasiadas ideas de una sola vez. Si te parece lo dejamos para otra conversación.

«Bueno padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

En primer lugar, recuerda que no eres hipócrita, falso o prepotente por decir que existe la verdad. Cuando tengas que hablar con gente que piensa diferente recuerda que, como vimos, existen diferentes tipos de verdades, que algunas cosas son como son independientemente de lo que diga la gente porque la verdad es, como decían los griegos «lo que

corresponde a las exigencias del ser» (Platón), es decir, lo que corresponde a la naturaleza de las cosas.

En segundo lugar, si estás hablando de verdades morales, no metas la religión o a Dios de por medio. No es sano mezclar cosas si no es necesario. Basta que recuerdes o te refieras a la ley moral natural, que es algo básico y universal inscrito en la razón de los seres humanos, que está por encima incluso de las religiones. ¡La misma religión católica se basa totalmente en la moral natural antes que en cualquier otra cosa y por eso hay cosas que nunca cambian!

Y por último, cuando no sea tan fácil distinguir lo correcto de lo incorrecto, puedes preguntarte qué será lo mejor a partir de estas cinco preguntas: (1) ¿Quién está actuando?; (2) ¿Qué es lo que está haciendo?; (3) ¿Con qué fin?; (4) ¿En qué contexto?; (5) ¿Con qué consecuencias? Santiago, que no es lo mismo agarrar un cuchillo para untar mermelada que para apuñalar a alguien. Y tampoco es lo mismo apuñalar a alguien en defensa propia que hacerlo por venganza. La vida no es solo blanco o negro. Es una gama muy variada de grises y no siempre es fácil hacer un juicio moral perfecto.



Después de esta breve conversación, ¿cómo responderías tu a estas preguntas?

1. ¿Existe la verdad o «cada quién sus cubas»?
2. ¿Existe una verdad moral universal más allá de la cultura, la época histórica, la mentalidad de moda, las leyes, etc.?
3. ¿Se puede hablar de una verdad moral sin necesidad de la religión?
4. Si en la misma Iglesia hay cosas que han cambiado con el tiempo, ¿cómo asegurar que lo que hoy aceptamos como verdadero no va a cambiar en el futuro?

Dios no es evidente. Pero entre lo absurdo y lo razonable, el sentido común (no la fe), elije lo más razonable.

CAPÍTULO 2: CIENCIA

¿Venimos de los monos o no?

«Padre, sobre el tema de la pelea entre ciencia y fe, ¿venimos de los monos o no? ¿Somos polvo de estrellas y el resultado de millones de años de evolución o fuimos formados del barro como dice la Biblia? ¿Están peleadas la fe y la razón? ¿Acaso no ha sido la fe un gran obstáculo en el camino del pensamiento científico?»

CAPÍTULO 2: CIENCIA

¿Venimos de los monos o no?

Santi, me encanta, es uno de mis temas favoritos. Esta especie como de «pelea» a mí personalmente me apasiona. Me imagino un ring de boxeo con la ciencia de un lado y la fe del otro, dándose siempre de golpetazos. Y creo que una vez más mucha gente de tu edad o incluso mucho más mayores se pregunta lo mismo. Para empezar habría que aclarar qué entiendes tú por la palabra ciencia, porque cuando decimos que algo es o no «científico» muchas veces pensamos en cosas diferentes. Normalmente, se entiende por *scientia* (en latín), ese conjunto de conocimientos que estudian fenómenos según el método científico (observación sistemática, medición, experimentación, formulación de hipótesis y verificación).

Pues, tío, no me vas a creer, pero después de más de catorce años de estudio estoy convencido de que pocas religiones en el mundo defienden tanto la ciencia y están tan abiertas a la investigación científica como la religión católica. De hecho, gran parte de la belleza y novedad del cristianismo radica precisamente en esta apertura al pensamiento crítico y analítico de la realidad. Sé lo que estás pensando y tienes toda la razón. Aunque hoy por hoy sea así el camino para llegar a esta madurez intelectual, dentro de la misma Iglesia tal recorrido ha sido algo largo y sufrido y se han cometido errores en el pasado relacionados con muchos temas, como por ejemplo la teoría de la evolución (que acepta una progresión del ser humano desde un mono hasta un hombre) o la teoría heliocéntrica (que sitúa la tierra girando alrededor del sol y no al revés).

En gran parte, por estos errores del pasado, me imagino que mucha gente de tu edad ve a la religión, cualquiera que sea, como enemiga de la ciencia. Demasiadas personas siguen pensando que hay una incompatibilidad insalvable entre fe y ciencia y que si eres creyente nunca podrás pensar científicamente. Conozco grandes intelectuales cerrados a la creencia en un ser trascendente, convencidos de que si te quieres considerar un hombre creíble y competente, no debes hablar de fe. Para ellos, cualquier tipo de conocimiento que deba considerarse sólido y con

fundamento debe proceder únicamente de la experiencia y la observación sistemática (empiristas). Otros se casan con la idea de que solamente las ciencias basadas en la medición y el conteo son dignas de credibilidad, como las matemáticas, la física, la química y que todo lo relacionado con el Absoluto es inaccesible al espíritu humano (positivistas). Los católicos creemos que hay algo más que números, protones y neutrones en el conjunto de lo que llamamos vida o realidad y que la aceptación de una Mente Inteligente que está al origen de la existencia no eclipsa para nada la autonomía de la ciencia y la investigación.

Si le preguntáramos a Jesús sobre este tema, creo que nos diría: «No revolváis las cosas y dejad que la ciencia haga su trabajo. Vosotros dedicad a lo vuestro». Algo parecido a lo que le sucedió una vez en la que quisieron tenderle una trampa y le preguntaron si estaba bien pagar impuestos a los romanos enemigos de los judíos (su pueblo), y Jesús les dijo: «Dadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21). Basada en este principio de sana autonomía, la Iglesia busca respetar las diferentes áreas del saber y se sirve de todas ellas para complementar lo que Jesús nos ha dicho acerca de tantas cosas con los descubrimientos que la humanidad hace a lo largo de la historia.

Yo diría que la Iglesia casi se copia un poco del método científico incluso para hablar de religión desde una argumentación más sistemática y recurre a una ciencia llamada apologetica, que en griego significa «hablar en defensa de». Tanto es así que un san Juan Pablo II dedicó todo un documento para explicar la sana relación que debería existir siempre entre la fe y la razón, diciendo que «son como las dos alas con las que la mente se eleva al conocimiento de la verdad» (Fides et Ratio) y muchos santos llegaron a decir ya en el s. XI d.C. que tenían necesidad de usar la razón para poder creer mejor, como San Anselmo, cuyo lema era «creo para poder entender y entiendo para creer mejor». Por otra parte, la lista de hombres profundamente creyentes que al mismo tiempo han dejado una huella profunda en diferentes ámbitos de la ciencia es interminable. Solo por nombrar algunos más recientes a nuestro tiempo, podríamos hablar de Albert Einstein (teoría de la relatividad) y Max Born (física cuántica), o de sacerdotes católicos como Gregor Mendel (padre de la genética) o Georges Lemaître (teoría del Big Bang).

Santi, no es posible a veces cambiar la percepción que la gente tiene de las cosas, pero la realidad es que para la Iglesia el ser humano tiene dos tipos de preguntas: unas son acerca del «cómo» suceden las cosas o los procesos («¿Cómo llegamos aquí los seres humanos?»), y otras tienen que ver con el «por qué» suceden las cosas o el propósito («¿Por qué existimos? ¿Qué sentido tiene la vida?»). Si lo analizas fríamente, nunca hay un «cómo» sin un «por qué». Ni un «por qué» sin un «cómo». Primero te preguntas a dónde vas y para qué (a comprar fruta para poder comer), luego te preguntas cómo vas a llegar allí (en coche o en bicicleta). Y, como te podrás imaginar, todas las preguntas relacionadas con los procesos, sobre el «cómo», entran en el ámbito de la ciencia. Mientras que todas las preguntas relacionadas sobre el propósito, sobre el «por qué», entran en el ámbito de la fe y la filosofía, que también dijo Jesús: «No solo de pan vive el hombre» (Mt 4,4).

Esta fórmula tan sencilla te ayudará a entender mejor aquella frase atribuida a Galileo Galilei (1564-1642), quien a pesar de no ser entendido por parte de la Iglesia de su tiempo, llegó a decir: «Las matemáticas son el lenguaje con el que Dios ha escrito el universo». Y también podemos aceptar sin problemas el relato de la creación del mundo en seis días tal como aparece descrito en la Biblia, sin dejar de creer en la teoría de la evolución defendida por Charles Darwin (1809-1882).

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

En primer lugar, estas ideas te pueden servir para saber dialogar con gente que piensa diferente. Cuando encuentres personas que se dicen ateos o científicos inteligentes, recuérdales que en la vida hay dos tipos de preguntas: aquellas que hacen referencia al «cómo» suceden las cosas (ciencia) y esas otras que hacen referencia al «por qué» suceden las cosas (fe). Recuérdales que la Biblia nunca quiso explicarnos cómo se creó el universo, sino por qué, y que la ciencia nunca podrá resolver problemas relacionados con la búsqueda de la felicidad, el sentido de la vida, el dolor o la muerte, tan reales como la constitución de los átomos o el movimiento de los protones y neutrones.

Y, en segundo lugar, entiende también que, si bien hay muchas verdades religiosas y morales que la mente humana puede conocer por la sola

razón, no todos los seres humanos tienen esa posibilidad. Por eso Dios ha querido ayudarnos a través de la Iglesia para que esas mismas verdades puedan ser «conocidas por todos sin dificultad, con firme certeza y sin mezcla de error» (Catecismo, nn. 37 y 38). Es decir, por la razón los filósofos griegos llegaron a la conclusión de que allá arriba existía un «primer motor inmóvil» que puso en marcha el universo. Ahora bien, que ese «primer motor» además sea tu Padre, te conozca personalmente y te esté esperando en el cielo, lo sabemos por la fe en la palabra de Jesús.



A ver si eres capaz de responder a estas preguntas tú solo o con tus amigos.

1. ¿Venimos de los monos o no? ¿Somos polvo de estrellas y el resultado de millones de años de evolución o fuimos formados del barro como dice la Biblia?
2. ¿Son compatibles la fe y la razón?
3. ¿Acaso no ha sido la fe un gran obstáculo en el camino del pensamiento científico?
4. ¿Qué es la ciencia exactamente?

En la vida solo hay dos tipos de preguntas. Aquellas que cuestionan cómo suceden las cosas (ciencia) y aquellas que cuestionan por qué suceden las cosas (fe). Nunca hay un cómo sin un por qué, ni un por qué sin un cómo.

CAPÍTULO 3: DIOS

¡O no es bueno o no es omnipotente!

«Padre, ya hemos hablado varias veces de que no es posible demostrar que Dios existe, aunque sea razonable pensar en una mente inteligente que puso en marcha el universo. Pero hay dos temas por ahí que me siguen dando muchos problemas. Primero, ¿de qué me sirve saber que existe si no hace nada por evitar tanto sufrimiento e injusticia? O sea, aun en caso de que exista, o no es bueno o no es omnipotente, ¿verdad? Si dicen que Dios es bueno, ¿por qué permite el mal? Y luego está eso de la Trinidad. ¿Los católicos creemos en un Dios o en tres dioses? ¿Somos monoteístas o más bien politeístas?»

CAPÍTULO 3: DIOS

¡O no es bueno o no es omnipotente!

Santi, esto más que para un cerveza, da para una cena a cuatro tiempos... ¡Qué bárbaro! ¡Menudas preguntas! Gracias por poner esto encima de la mesa. Después de hablar contigo sobre el tema de la verdad y la relación entre la ciencia y la fe, creo que tiene mucho sentido afrontar esto. Ambos temas son difíciles y no creas que yo mismo lo tengo tan claro, pero te voy a compartir lo que pienso.

Me imagino que te habrás topado con muchísima gente que cuestiona tu fe diciendo que pareces tonto creyendo en una religión sin fundamento que además habla de un dios bueno y amoroso que permite tanto mal y sufrimiento o de una supuesta trinidad totalmente ilógica que no tiene sentido ni para ti ni mucho menos para otras religiones. Y la verdad es que no los culpo, porque hay ciertas cosas en el catolicismo que son una auténtica locura. ¡Hay que estar un poco locos para pensar que Dios es uno siendo a la vez tres personas o para aceptar que se haya hecho enteramente carne humana sin que haya dejado de ser enteramente Dios! ¡O mucho más locos para seguir creyendo que nos ama cuando, de hecho, nos rodea un mar de dolor y sufrimiento, especialmente de los niños y los inocentes! A mí también me dan ganas de gritar: «¿Dónde estás?! ¿Por qué no haces algo al respecto? ¡O no eres bueno o, sencillamente, no eres todo-poderoso!».

Dicen que el mismo San Agustín (354-430 d.C.), se encontraba paseando por la playa meditando sobre el misterio de la Trinidad cuando vio a un niño pequeño queriendo meter en un hoyo, en la arena, toda el agua del mar. El santo le preguntó por qué lo hacía, a lo que el niño respondió que intentaba vaciar toda el agua del mar en su pozo. Al escucharlo, el santo dijo al niño que aquello era imposible, a lo que éste respondió que, si aquello era imposible, más imposible aún era tratar de descifrar el misterio de la Santísima Trinidad... pero no te preocupes, Santi, no te voy a mandar a casa diciéndote que es un misterio y ya, para eso no te hubiera invitado a tomar algo. Te voy a compartir, como te decía, lo que he aprendido acerca de estos temas.

Hay que aceptar la realidad de que muchísima gente, cada vez más, se cierra a la realidad de un Ser trascendente y personal. Muchos jóvenes de tu edad empatizan mucho con las ideas de Feuerbach (1804-1872), para quien la religión no es más que un invento del ser humano generado por la necesidad de sentirse feliz; o de Marx (1818-1883), que ve en la religión el «opio del pueblo», una droga para escapar de la realidad; o con pensadores algo más modernos como Dawkins (1941), que comparan la religión a una locura colectiva: «Cuando una persona sufre delirio, lo llamamos locura. Cuando mucha gente sufre el mismo delirio, lo llamamos religión». Por otra parte, me imagino que tienes amigos abiertos a la posibilidad de creer en algo, pero se sienten más atraídos por la espiritualidad oriental, la meditación trascendental o el yoga. Buscan una conexión con esa energía cósmica que permea la totalidad de lo que existe y los lleva a olvidarse de tus problemas (hablaremos de ello en otro momento). Y por lo que respecta a las otras dos grandes religiones monoteístas del mundo, judaísmo e Islam, por más que acepten la realidad de un Dios creador, consideran una auténtica locura la posibilidad de que ese Dios comparta su divinidad con otras dos personas. Así es que, Santi, como podrás ver, los católicos estamos un poco solos. ¡Y, además, locos!

Jesús se presentó siempre como enviado de ese Ser Trascendente y nos habló no solo de la existencia de un Dios que es origen de todo cuanto existe (Gn 1,26), sino de la forma en que comparte su naturaleza de ser divino (no humano), con otros dos amigos. En varias ocasiones Jesús menciona el estar unido al Padre y al Espíritu Santo, siendo los tres una sola cosa: «Cuando venga el Consolador, a quien yo enviaré del Padre, es decir, el Espíritu de verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí» (Jn 16,14). Se podría hacer todo un estudio de las palabras de Jesús, momentos en los que aparece tratando de explicarnos esta fumada. Pero no quiero aburrirte ahora con demasiadas citas y pasajes del evangelio. Más interesante es la respuesta que Jesús dio al problema del mal en la parábola del trigo y la cizaña (Cfr. Mt 13,27). Sus seguidores le preguntaron una vez lo mismo que tú, Santi: «¿Si Dios es bueno, por qué permite tanto mal en el mundo? ¿Acaso no es bueno?». Jesús, en ese contexto, habló de la acción de su enemigo (el diablo). Y cuando le insisten diciendo: «¿Y por qué Dios no hace algo y le permite actuar, acaso no

es omnipotente?» Jesús les dice que su omnipotencia actuará y pondrá fin a tanto dolor, pero en lo que llega ese momento el mal se nos ofrece como oportunidad para hacer el mayor bien que podamos, sabiendo que llegará esa futura restauración universal en el que Dios mismo hará justicia y enjugará toda lágrima (Cfr. Ap 22,12).

«Padre, pero, ¿cómo puedo convencer a un amigo que no cree en Dios que está equivocado?»

Santi, la fe no dejará de ser, al fin y al cabo, una decisión libre. No dejes de mencionar el ejemplo del reloj en mitad del bosque, ¿recuerdas? Si te encuentras un reloj en mitad de un bosque no tienes forma de evidenciar cómo llegó ahí. Pero ante la falta de evidencia es más probable pensar que se le cayó a alguien a pensar que apareció de la nada. Pues igual sucede con el universo. Aunque no hay forma de evidenciar cómo apareció, tiene más sentido pensar que alguien lo puso ahí a pensar que apareció de la nada. De todos modos, la Iglesia no puede obligar a creer a nadie y mucho menos ante la confusión que provoca el mal y el sufrimiento. Solamente invita a reflexionar en la alta probabilidad de que Dios exista, recurriendo a una rama de la filosofía llamada teodicea y que habla de la existencia de Dios a través de argumentos razonables, como por ejemplo: la idea del primer motor inmóvil tomado de los griegos (Aristóteles); la necesidad de un fundamento sólido para el bien o el mal moral (Kant); el anhelo insaciable de felicidad del ser humano incapaz de encontrarlo en este mundo (C.S. Lewis); el hecho de que no haya existido ningún pueblo ni período de la humanidad sin religión (Alfonso Aguiló); o la intrínseca necesidad de que haya alguien en algún lugar que haga justicia porque por más que seamos capaces de dilucidar el bien y el mal sin religión, si no hay consecuencias y Dios no existe, «todo está permitido» (Dostoievski).

Por lo que se refiere al hecho de que Dios sea uno y tres al mismo tiempo, ahí sí la Iglesia misma reconoce que esto no podríamos saberlo si el mismo Jesús no hubiera bajado del cielo para contárnoslo. De hecho, es el gran elemento diferenciador con respecto a las demás religiones (budismo, hinduismo, judaísmo, islam). Hay verdades que se conocen por la razón (como aquellas mencionadas arriba que nos hablan de la

probabilidad de que Dios exista) y otras que se conocen solo por la fe (como la existencia de tres individuos que son igualmente Dios). Si el mismo Dios no nos lo hubiera dicho personalmente, nunca se nos habría ocurrido algo semejante. ¿Cómo explicar esto? Piensa en tres amigos que tengas, cada uno con su personalidad, su forma de ser, etc. Son totalmente diferentes, pero son seres humanos, comparten la misma naturaleza humana. Pues ahora piensa en tres amigos, individuos, personas, igualmente diferentes, pero que, en lugar de compartir la naturaleza humana, comparten la naturaleza divina. No son tres disfraces o tres máscaras que usa una sola persona. Son tres personas diferentes que comparten el ser Dios. ¡Tres amigazos!

«Bueno padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

Primero, te puede servir para no enfadarte con Dios. Dios es bueno y es omnipotente, pero se parece mucho a un multimillonario que le regala a su hijo un Ferrari. Si fueras el hijo me imagino que aceptarías el regalo, aun sabiendo que puedes matarte en un accidente de tráfico. Si ese hijo se accidenta y queda paralítico, ¿se te haría justo que le echara la culpa a su padre? A mí no. Y regalar a tu hijo un coche para que luego no pueda conducirlo él solo, no es un regalo. Sería más bien una forma de esclavitud. Dios nos dio la vida, nos regaló un coche, pero llevamos más de dos millones de años chocándonos y estrellándonos unos con otros y ¡le echamos la culpa a Él!

Y segundo, por lo que se refiere al misterio de la Trinidad. El hecho de que Dios no sea un ser solitario, sino que sean tres amigos amándose desde siempre y de que tu seas imagen suya, es la razón por la cual los seres humanos no podemos ser felices solos, sino que solo florecemos cuando nos sentimos amados y amamos. Además, como son un equipo se organizan para ayudarte de manera diferente: Dios Padre te creó y creó el mundo que te rodea; Dios Hijo vino a la tierra a enseñarte la manera de ser feliz y ser libre interiormente; Dios Espíritu Santo es tu coach, el que te habla al corazón y te susurra al oído todo lo que te acerca al cielo. ¡Y lo mejor de todo es que los tres seres te están esperando con una súper fiesta en el cielo!



A ver si eres capaz de responder tú solo o con tus amigos a estas preguntas. Si no, ya sabes que al final del libro están las respuestas:

1. ¿Es posible demostrar que Dios existe?
2. ¿Es uno o son tres? ¿Los católicos somos monoteístas o más bien politeístas y creemos en varios dioses?
3. ¿Si dicen que Dios es bueno por qué permite el mal? ¿O no es bueno o no es omnipotente verdad?

El mal nos habla de un Dios que solo sabe amar y como papá elije la aventura de tener un hijo en lugar de la seguridad de un perro o una planta.

CAPÍTULO 4: JESÚS

¿Qué lo hace diferente?

«Padre, ¿por qué decimos que somos la única religión verdadera cuando hay tantas personas buenas que piensan diferente sencillamente por haber nacido en otro lugar? ¿Cuál es la novedad del cristianismo si todas las religiones dicen más o menos lo mismo respecto a la moral y las preguntas fundamentales de la vida? ¿Cuál es la diferencia entre Cristo y otros grandes líderes espirituales del mundo? ¿Qué dice la Iglesia respecto a las demás religiones?»

CAPÍTULO 4: JESÚS **¿Qué lo hace diferente?**

Santi, me encanta. Gracias por sacar este tema. Yo también me he preguntado muchas veces, incluso como sacerdote, por qué dentro de la Iglesia hay tantas normas, rituales, pecados, etc., si como tú dices lo único importante es amar a los demás y ser buena persona. ¿Qué importa ser lo que sea? Tú y yo somos católicos porque es lo que nos tocó. Si hubiéramos nacido en Irak, hoy por hoy seríamos musulmanes, no sé. Al final, ¿qué más da? Y probablemente muchísima gente opina lo mismo y es comprensible. Es más, ¡cuántas personas de religiones diferentes o no creyentes son incluso mucho mejores personas que los católicos! Parte de la problemática es que los mismos católicos hemos reducido la religión a la moral o una serie de prácticas y rituales más o menos aburridos que poco o nada tienen que ver con tu realidad de cada día. Y lo que es peor, nos hemos olvidado del encuentro personal con Jesús. Sin esto, nada tiene ningún sentido. Por eso, antes de comparar religiones, te quiero hablar un poco de este personaje del que demasiada gente sabe demasiado poco: Jesús de Nazaret.

De hecho, muchos niegan que Jesús haya existido históricamente y atribuyen a la Iglesia el haber construido una narrativa en torno a su persona. Esto no es un problema porque su existencia histórica está registrada por documentos de varias culturas diferentes, algo poco común respecto a otros personajes de la antigüedad. Varios historiadores griegos presentan a Jesús como un vulgar embaucador; por su parte los historiadores judíos hablan de Jesús como un hereje que sedujo y extravió al pueblo de Israel interpretando torcidamente la Torá; y los historiadores romanos hablan de Él en sus crónicas presentándolo como un judío revolucionario fracasado. Los cristianos encuadran históricamente la vida de Jesús en Palestina bajo los emperadores Augusto y Tiberio, muertos bajo el poder del procurador Poncio Pilato.

Luego están los que, incluso dentro de la Iglesia católica aceptaron su existencia pero no como Dios, sino como un gran hombre que en

cualquier caso nunca resucitó. Y por último están los que comparan lo que creemos de Jesús con historias parecidas de otras religiones en las que un mesías nacido de una virgen desciende del cielo para salvarnos, ideas ya conocidas en tantas otras mitologías egipcias o persas en las que aparecen historias muy parecidas. En fin, en dos mil años, Santi, ha habido y sigue habiendo de todo. Lo que me parece interesante rescatar, al menos a grandes rasgos es la novedad del cristianismo con respecto a las grandes religiones del mundo.

Pensemos en el hinduismo, que acepta la existencia de más de 330 millones de dioses y cuyos escritos sagrados datan del 1500 a.C. Aunque es verdad que también ellos tienen un dios o divinidad principal (Brahma), lejos de verla como un ser personal la entienden como una entidad que habita en cada porción de la realidad, impersonal e inconcebible y que existe en tres formas separadas como: Brahma (Creador); Vishnú (Preservador); y Shívá (Destructor). Aquí se podría ver una sombra del dios trinitario de los cristianos. El budismo llegó algo más tarde, en el 570 a.C., con el nacimiento de Sidarta Gautama más conocido como Buda. Esta corriente de espiritualidad niega explícitamente el concepto de un dios creador. Para ellos la salvación consiste en un despertar (Budhi) que implica la liberación espiritual a través de la transformación de la mente.

También están otras dos religiones llamadas «del libro», porque, al igual que nosotros, están relacionados con Abraham y fundamentan su fe en un gran libro. El judaísmo surge como religión propiamente dicha hacia el 1800 a.C. y es la religión del pueblo judío. Se fundamenta en la experiencia de Abraham (1850 a.C.), fundador y patriarca del judaísmo quien a pesar de encontrarse en medio de un pueblo politeísta (creencia en muchos dioses), creyó en un solo Dios y condujo a todos sus parientes al país de Canaán (la actual Israel y Palestina); y también en Moisés (1250 a.C.), quien después de liberar a los judíos de Egipto, instituyó los rasgos principales de la religión judía. El islam apareció después, en el s. VI d.C., a partir de la predicación del profeta Mahoma, en Arabia Saudita. Ellos también son monoteístas y herederos de la tradición bíblica judeocristiana. Consideran a Mahoma como su fundador y profeta y su libro sagrado o Corán contiene la transcripción exacta de las palabras reveladas por

Alá Mahoma a través del arcángel Gabriel: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta».

Santi, podríamos decir que todas son buenas y válidas, pero si lo piensas, ¿cuál es el común denominador de todas ellas? Que ninguna acepta o cree en la remota posibilidad de que Brahma, Buda, Moisés o Mahoma sea el mismísimo Dios encarnado en un embrión humano. ¡Eso sería inaceptable, casi como un insulto a la divinidad! Y frente a estas grandes tradiciones y creencias de la antigüedad aparece la figura histórica de un tal Jesús de Nazaret. Un hombre totalmente desconocido, sin nobleza, estudios, títulos o patrimonio, hijo de una familia pobre que se ganaba el pan como albañil. Entra en escena después de treinta años de absoluto anonimato en un pueblito diminuto y dice: «El tiempo se ha cumplido» (Mc 1,15). Si tenemos en cuenta que el Homo Habilis apareció en África hace más o menos dos millones de años, cabe preguntarse ¿por qué Dios se tardó tanto en bajar a la tierra? Y tal vez por eso Jesús llegó a decir a los que le miraban: «Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. Porque os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron» (Mt 13,16).

Santiago, Jesús empezó su predicación diciendo: «El tiempo se ha cumplido y está cerca el Reino de Dios» (Mc 1). Yo creo que quiso darnos a entender que él no era uno más sino prácticamente el que estábamos esperando y que con su venida comenzaba el último capítulo de la historia de los seres humanos. Podrías pensar que ya llevamos dos mil años y no pasa nada, pero en perspectiva, desde que el mundo fue creado y en clave de eternidad, es nada, independientemente del tiempo que todavía nos quede por delante. Por eso la gran novedad de Jesús y de su mensaje no está en su doctrina acerca del amor, la tolerancia, la vida más allá de la muerte o la retribución de justos e injustos. No es difícil encontrar formas parecidas de entender la vida en los hinduistas, budistas, judíos y musulmanes, ¡hasta en los mismos ateos! La gran novedad de Jesús estriba en esta frase: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí» (Jn 14,6). En otras palabras, la gran revolución del cristianismo es la encarnación de todo un Dios en un cuerpo humano como el nuestro. Y todo para enseñarnos a vivir la vida y

mostrarnos la verdad de las cosas: de dónde venimos, a donde vamos, etc. Y para hacernos entender que somos infinitamente conocidos y amados por un dios personal, abismo de luz, de ternura y de misericordia, que tiene en sus manos el destino del cosmos en su totalidad.

Santi, analízalo bien; ningún otro fundador de religión ha afirmado ser Dios. Confucio y Lao-Tse predicaban sabiduría, Buda afirmaba ser iluminado y Maoma se presenta como profeta de Alá. Solamente un hombre en la historia ha dicho: «El que me ve a mí ve a Dios» (Cfr. Jn 14,9). Jesús encarnó en su persona dieciocho siglos de profecías anteriores a Él, fue un hombre revolucionario que vino a romper los esquemas religiosos de aquel tiempo respecto al Templo (como lugar de la presencia de Dios); respecto a las prácticas religiosas (censurando rituales en aras de una religiosidad auténtica); y respecto a la pertenencia de los elegidos (no por la raza sino por la fe y las obras de caridad). Fue revolucionario por sus orígenes (Nazaret); por su humanidad (tentado y débil); por su doctrina (no lo que se ve, sino lo que no se ve); sus gestos (contacto con leprosos, prostitutas, demonios); sus milagros (hechos por amor); y por su destino final (el fracaso, la muerte y el descrédito). ¡Todo en Él es diferente!

Y no es que la Iglesia desprecie o tenga a menos otras religiones, sino que partiendo de esas palabras de Jesús afirma que, por más que hay gente estupenda que ha iniciado grandes movimientos religiosos, hay un solo mediador entre el cielo y la tierra y que independientemente de lo que creas o de donde hayas nacido, el que llega al cielo, lo sepa o no, llega gracias al mismo Jesús que murió por todos, ¡por todos! Santi, no hay nadie más inclusivo que Jesús. Este el sentido también de esa otra frase tan escandalosa *Extra Ecclesiam Nulla Salus* (fuera de la Iglesia no hay salvación). Porque Jesús continúa su presencia y su acción en la historia del mundo de muchas maneras, pero especialmente a través de su Iglesia, entendida no como un edificio, sino como una comunidad de personas que oran y sirven a la humanidad.

«Bueno padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

Te puede servir en primer lugar para enfrentar tu vida con más responsabilidad, porque conocer a Jesús es un gran regalo que nos podemos

guardar en el bolsillo. Él nos dijo: «Si yo no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían responsabilidad; pero ahora no tienen excusa» (Jn 15,22). Y también nos recuerda que «a todo aquel a quien se le da mucho, mucho se le pedirá; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá» (Lc 12,47). ¡Nunca tengas miedo de dar un testimonio valiente de Jesús! Recuerda que todos tus amigos están esperando este mensaje por más que te digan que no creen o que no les importa, porque nadie con sentido común puede vivir sin preguntas como: «¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Qué hay más allá de la muerte? ¿Cuándo y por qué empezó todo? ¿Qué hay más allá de la muerte? ¿Alguien ahí arriba sabe que existo? ¿Alguien me acepta y me ama como soy?».

Y en segundo lugar, Santiago, saber estas cosas te permite dialogar con todo el mundo, porque en todas las religiones hay verdades hermosas y útiles para una vida bien vivida, pero sin perder de vista que Jesús es el Emmanuel (Dios-con-nosotros), que murió por toda la humanidad. La Iglesia católica está convencida de que Jesús abrió las puertas del cielo absolutamente a todos, incluidos los creyentes de otras religiones y que cualquier persona, haya nacido donde haya nacido puede llegar al cielo esforzándose en su corazón por vivir el espíritu de lo que Jesús vino a enseñarnos y que está recogido sobre todo en el sermón de las Bienaventuranzas (pobreza de espíritu, pureza de corazón, paciencia y amor en el sufrimiento, etc.).



Santi, ahora a ver si eres capaz de responder a estas preguntas.

1. ¿Por qué decimos que somos la única religión verdadera cuando hay tantas personas buenas que piensan diferente sencillamente por haber nacido en otro lugar?
2. ¿Cuál es la novedad del cristianismo si todas las religiones dicen más o menos lo mismo respecto a la moral y las preguntas fundamentales de la vida?
3. ¿Cuál es la diferencia entre Cristo y otros grandes líderes espirituales del mundo?
4. ¿Qué dice la Iglesia respecto a las demás religiones?

*Si Mahoma, Confucio o Buda
hubieran conocido personalmente
con Jesús, se hubieran quedado
con Él.*

CAPÍTULO 5: ALIENS

¿Estamos solos en el universo?

«Padre, siendo el universo tan grande, ¿cómo saber si estamos solos? ¿Hay vida inteligente en otros planetas? ¿Existen otros seres inteligentes en el universo? ¿Los ángeles y los demonios son personas? ¿Cómo sabemos que existen? ¿Tienen algún tipo de poder en nuestro mundo? ¿La magia funciona? ¿Existe una magia blanca?»

CAPÍTULO 5: ALIENS

¿Estamos solos en el universo?

Santi, entiendo perfectamente tu curiosidad. Son temas que a todos nos llama la atención y una vez más lo planteas con preguntas muy válidas y razonables. Efectivamente, el universo es, sencillamente, demasiado grande y nosotros demasiado pequeños. ¡Qué afán de protagonismo pensar que somos los únicos! Yo también me he preguntado si hay alguien más ahí fuera o ahí arriba y, en caso de que exista más gente, me muero de curiosidad por saber cómo son o dónde nacen o saber cómo se reproducen, cómo interactúan entre ellos y, desde luego, saber si pueden interactuar también con nosotros.

No me extraña que también te hayas preguntado alguna vez si los juegos o rituales un poco morbosos, como la ouija y la lectura de cartas, o cualquier práctica relacionada con poderes ocultos, funciona de verdad o no. Es normal y son buenas preguntas porque, en el fondo, tú y yo queremos sabernos protegidos. ¡No dejes de preguntar nada!

A estas alturas ya te habrás dado cuenta de que siempre me gusta partir de lo que opina la gente. Sobre estos temas relacionados un poco con el mundo oculto existen muchas opiniones. Hay una línea de pensamiento así llamada «cientifista», según la cual la ciencia empírica (tangible, sensible) constituye la única forma válida de ver el mundo y la parte más valiosa del conocimiento humano y por ello obviamente se cierra a hablar de realidades o entidades que vayan más allá de los cinco sentidos. Luego está el otro extremo, que a mi modo de ver tampoco es sano, de los que quieren ver ángeles y demonios por todas partes o atribuir todo a una «mano invisible» que gobierna los destinos del mundo, casi gobernado por fuerzas invisibles que anulan nuestra libertad y responsabilidad personales. Y tampoco falta esa visión taoísta (filosofía china), muy de moda últimamente, que quiere ver, junto a la fuerza del bien, otra igualmente poderosa que mantiene el equilibrio: la del mal. Me refiero a la teoría del yin-yang, dos fuerzas opuestas y complementarias cuya dualidad se encuentra en cada partícula del universo.

En fin, en tiempos de Jesús la gente tenía las mismas preguntas que nosotros. Digamos que el Señor nunca se sentó a hablar explícitamente de los extraterrestres, pero sí dijo en contextos diferentes y muy claramente que no estamos solos y que Dios, antes de crear nuestro mundo, creó a seres espirituales, inteligentes y libres a los que llamamos espíritus puros. Ahora bien, en la teología católica cualquier ser dotado de inteligencia y voluntad es considerado persona, tenga o no tenga cuerpo. Por eso decimos que la Trinidad son tres personas, aunque sabemos que solo una de ellas, Jesús, asumió un cuerpo físico. Y también vemos a los espíritus puros creados antes que nosotros como personas, pues, aunque no tienen cuerpo, piensan y pueden amar u odiar como nosotros. De estas creaturas habló Jesús cuando, por ejemplo, invitó a sus oyentes a ser como niños y a no despreciarlos porque «sus ángeles en los cielos contemplan siempre el rostro de mi Padre» (Mt 18,10). Esto cuando hablaba de los ángeles buenos. Pero también se refiere a los malos cuando nos previno de un lugar de castigo «preparado para el diablo y sus ángeles. (Mt 25,41). Por lo demás, la Biblia habla de estas creaturas tanto en el antiguo como en el nuevo testamento y menciona el origen de la división entre buenos y malos al hablar de una gran batalla en el cielo, cuando «Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón y sus ángeles» (Ap 12,7). San Pablo, por su parte, afirma en una de sus cartas que aquella famosa batalla continúa de algún modo en la tierra porque «nuestra lucha no es soloamente contra la sangre y la carne, sino contra los principados, las potestades y contra los poderes de ese mundo de tinieblas» (Ef 6,12). Y Jesús los agrupa dentro de una personalidad colectiva cuando habla de su «enemigo», por ejemplo, en la parábola del trigo y la cizaña (Cfr. Mt 13,28) o al final del padrenuestro cuando pide al Padre que nos proteja del «mal» (Cfr. Mt 6,9).

La Iglesia no quiere que vivamos con miedo y tal vez por ello habla poco de esto, pero sigue viendo como persona no solo aquel que tiene un cuerpo, sino a todo ser dotado de conciencia y libertad y esto incluye a los demonios. Si lo analizas, ¿qué tienen en común Dios, el diablo, tú y yo? Sabemos que existimos y pensamos. Los filósofos clásicos definen una persona como «substancia individual de naturaleza racional». De hecho, existe una ciencia llamada angelología que se dedica al estudio de estas

creaturas a partir de lo que Dios nos ha revelado acerca de ellas y sabemos que existen, que son espirituales, incorpóreas y superiores a la naturaleza humana (CIC n. 328). También sabemos por la escritura que tienen diversas categorías como «tronos, dominaciones, principados, potestades» (Col 1,16), según diversos grados de perfección y que no teniendo cuerpo carecen de sentidos (gusto, tacto, olfato, oído, vista), por lo que la manera en la que interactúan entre ellas es totalmente intelectual.

Por lo que respecta al demonio ha habido tanta confusión al respecto incluso dentro de la misma Iglesia que un papa tuvo que hablar claramente acerca de él para describirlo como «un ser vivo espiritual pervertido y pervertidor, oscuro y enemigo del hombre, una realidad terrible y misteriosa que inspira temor», y aclarar también que se equivoca «quien no acepte su existencia o lo presente como un principio autosuficiente que no tenga como toda creatura su origen en Dios; o quien lo quiera explicar como una personificación conceptual y fantasiosa de las causas desconocidas de nuestros males» (Pablo VI, 1972). En la escritura aparece en diferentes momentos y con diferentes nombres: Satanás (adversario); Diablo (acusador); Demonio (genio); Belcebú (Señor de las moscas). O aparece representado en otros personajes como Asmodeo (espíritu de cólera) o Lilith.

Por su modo de conocer, carente de sentidos corporales, tienen una inteligencia muy superior a la nuestra y, aunque no pueden predecir el futuro o leer nuestra mente, nos observan de tal forma que pueden intuir qué va a pasar o cuáles son nuestras debilidades. Odian a Dios y viven en un eterno remordimiento por haber perdido, libremente, la gloria del cielo. No pudiendo lastimar a Dios en ocasiones buscan lastimarnos a nosotros a través de cinco medios fundamentales: la tentación (pecados capitales); la infestación (presencia en espacios físicos); vejación (molestias físicas a personas); obsesión (pensamientos o sueños) y posesión (control de los movimientos de una persona). Pero, Santi, no te preocupes. No tienen ningún poder ni sobre ti ni sobre el mundo, solo el que cada persona quiera darle libremente en su corazón. Debes entender también que esas prácticas o rituales acerca de los que me preguntabas si tienen efectos reales y funcionan, y me ha tocado

acompañar a personas lastimadas por andar jugando con fuego. Existe un mundo real y personal que quiere hacernos daño y esos rituales no son juegos, sino fórmulas o recetas que funcionan independientemente de que lo creas o no. Como la receta de un pastel de chocolate. Funciona aunque no sepas cocinar o entiendas cómo. En otra ocasión hablaremos un poco más de esto.

Santi, te comparto algo interesante que leí hace poco escrito por un sacerdote que lleva años dedicado al ministerio del exorcismo (Javier Luzón Peña). Menciona el padre en su libro *Las seis puertas del enemigo*, que en su experiencia ha podido individuar varias formas o puertas a través de las cuales estas creaturas buscan la manera de hacernos daño, como el pecado, las prácticas del ocultismo o los maleficios. Y me sorprendió mucho que haya querido incluir, entre ellas, ¡el rencor! ¿Quién lo hubiera pensado? El rencor, el no ser capaces de perdonar, lo presenta como un cáncer que devora el corazón y da entrada a los diablos. ¡Increíble!

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

En primer lugar, te diría que no es bueno obsesionarse con estas cosas, pero tampoco está mal hablar sobre ello de vez en cuando y tomar conciencia de que no estamos solos en el universo, de que existe un mundo de seres espirituales que fue creado antes que el nuestro, de que nosotros somos la segunda temporada de Netflix. Todo esto te da perspectiva, te hace ser más sabio.

Y, en segundo lugar, recuerda siempre que, si bien los rituales ocultos y la magia tienen efectivamente un poder real, mucho más poder tienen los sacramentos que ya conoces. No te dejes llevar por el morbo o la curiosidad malsana de andar jugando con cosas ocultas ni dejes que te hagan rituales extraños. Me ha tocado acompañar a jóvenes de tu edad seriamente lastimados. Recuerda sencillamente que la mayor amenaza contra tu alma es la tentación ordinaria y aquellos pactos, adicciones y vicios que dejamos entrar en nuestra vida, ¡especialmente el rencor!



A ver cómo responderías a un amigo que te hace estas preguntas.

1. ¿Hay vida inteligente en otros planetas?
2. ¿Existen otros seres inteligentes en el universo?
3. ¿Los ángeles y los demonios son personas?
4. ¿Cómo sabemos que existen?
5. ¿Tienen algún tipo de poder en nuestro mundo?
6. ¿La magia funciona?
7. ¿Existe una magia blanca?

No somos la primera, sino la segunda temporada de Netflix y desde que vino Jesús comenzó el último capítulo de nuestra temporada.

CAPÍTULO 6: IGLESIA

«Creo en Dios, pero no en la Iglesia».

«Padre, perdona si te ofendo, pero la verdad es que, con tantos escándalos, abusos e incoherencias, yo siento que creo en Dios, pero no en la Iglesia. Además, ¿cómo saber que no es un invento de los hombres? ¿Por qué no vende tantas riquezas para ayudar a los pobres? Si Dios me escucha siempre, ¿qué necesidad tengo de ir a la Iglesia o de hablar de mis pecados con un sacerdote? Y si Dios está en todas partes, ¿por qué tengo que ir a un templo y tiene que ser a fuerzas los domingos? Si la Iglesia se dice tan amiga de todos, ¿por qué discrimina a las mujeres y nos les permite ser sacerdotes?»

CAPÍTULO 6: IGLESIA
«Creo en Dios, pero no en la Iglesia».

¡Santi, ahora sí que sacaste la sopa! Has presionado muchos botones al mismo tiempo. Pero de eso se trata, para eso estamos aquí. Gracias por ser tan franco y transparente. Entiendo que tú también te has sentido como tantos otros a lo largo de la historia y has llegado a decir como Rousseau, aquel famoso pensador del s. XVIII: «¡Cuántos hombres entre Dios y yo!». Supongo que tendrás muchísimos amigos que se preguntan lo mismo que tú y acaban por decir: «Yo creo en Dios, pero no en la Iglesia». O se te ha pasado por la cabeza pensar, como muchos historiadores, que fue creada como un instrumento de control y manipulación en época del imperio romano. O, como bien dices, aceptas su existencia, pero te preguntas: «¿Después de tantos escándalos y abusos sexuales, con qué derecho me quiere dar lecciones para la vida?». Si alguna vez has ido a misa, no me extrañaría nada que no tengas ganas de volver a participar en algo tan aburrido y de lo que sacas tan poco provecho. Es más, tal vez a estas alturas ya estás buscando otras formas de nutrir tu vida espiritual con retiros de mindfulness, clases de yoga, lecturas de superación personal, comida sana, ejercicio personal y podcasts de grandes gurús... Créeme si te digo que te puedo entender.

Muchas veces dando clase o impartiendo una conferencia sobre estos temas, se me ha ocurrido escribir en el pizarrón la palabra «Iglesia» y pedir jóvenes como tú que compartan las ideas que se les vienen a la mente relacionadas con esa misma palabra. Y claro, todos comparten con sinceridad lo mismo que dices tú junto con un montón de estereotipos que, en mi opinión, no hacen del todo justicia a la realidad. Un estereotipo es más que nada un prejuicio basado muchas veces en habladorías más o menos fundamentadas. Y, Santi, creo que los estereotipos referidos a la Iglesia que suele tener la gente de tu edad vienen a resumirse en tres ideas fundamentales: un instrumento de control político y moral, una fuente de extorsión y riqueza y una institución oscurantista que ha retrasado el avance de la ciencia durante siglos (y lo seguiría haciendo hoy si pudiera). Para muchos, lo único rescatable de la Iglesia podría ser un cierto código ético o «eso de los diez mandamientos», útil,

cuanto menos, para la vida en sociedad. Para otros ni siquiera eso, porque solo sirve para oprimir moralmente a las personas y generar sentimientos de culpa por todo. ¡Por no hablar de la misa! Esa tradición heredada de nuestros padres que hoy por hoy no tiene mayor relevancia y que no sirve para nada.

Santi, si así están las cosas, mejor dejo de ser cura, me caso y me dedico a otra cosa, ¿no crees? ¡Igual y podría ganar mucha pasta como psicólogo o terapeuta! Pero bueno, antes de contemplar esa posibilidad, vamos a ver una vez más qué dijo Jesús de la Iglesia. Releyendo los evangelios podemos ver que a medida que crecía su fama y le seguía un mayor número de personas que lo consideraban maestro (Rabuní), fue tomando forma una pequeñísima comunidad (Ecclesia) a la que Jesús de hecho calificó como «pequeño rebaño» (Lc 12,32), y que no dejaría de ser oficialmente perseguida por el Imperio romano hasta el año 312 d.C. Eso quiere decir que durante trescientos años aquel puñado de hombres, mujeres y niños se juntaban a escondidas en los descampados, en las catacumbas o en casas prestadas (Domus ecclesiae), donde cada domingo pudieran encontrarse para recordar las palabras de su maestro y honrar el día de su resurrección.

¿Sabes que en aquellas ceremonias primitivas hacían prácticamente lo mismo que se hace hoy durante la misa? Saludarse y pedirse perdón mutuamente, leer las escrituras, escuchar una breve exhortación (homilía), llevar ofrendas al altar y compartir el pan bendecido. Y esto lo hacían los domingos no solo para recordar la resurrección de Jesús, sino que en marzo del 321 d.C., Constantino el Grande decretó que el «día del sol» (actual domingo) sería observado como día de reposo civil obligatorio. Y con el tiempo y a medida que creció el número de seguidores de Jesús, la misa llegó incluso a reemplazar el culto que los romanos tenían al sol o Deus Sol Invictus (título religioso aplicado al menos a tres divinidades romanas: Gabal, Mitra y Sol). Así es como la historia fue dando forma a la ceremonia religiosa que conocemos hoy como «misa dominical».

Santi, por lo que se refiere a los abusos sexuales, errores, escándalos, robos, hipocresía y tantas incoherencias, la Iglesia los conoce mejor que

tú y que yo. Pero te pido también un poco de objetividad para reconocer la marca profunda que aquel «pequeño rebaño» perseguido a muerte durante siglos ha dejado y sigue dejando en la historia, haciendo un esfuerzo por custodiar todo lo que Jesús hizo y dijo, y tratando de darle vida en cada nueva etapa de la historia. ¿O tú de qué conocerías a un Dios personal que te ama y te perdona siempre, si no fuera por la Iglesia? Yo la comparo un poco con un amigo drogadicto, bebedor y mujeriego que, en una fiesta, te presentó a la mujer de tu vida y hoy estás felizmente casado con ella. Tu amigo sigue siendo un desastre, pero le debes al menos ese regalo, ¿no te parece?

A la Iglesia le debemos por ejemplo el concepto de «dignidad humana» intrínseca a cada persona independientemente de la raza, el dinero, la sangre, la casta, etc., tanto así que durante la época de la colonia española en México fueron precisamente los franciscanos, los precursores de lo que hoy conocemos como Derechos Humanos Universales. La tachan de amiga del poder y del dinero, y hoy por hoy es la institución que gestiona en el mundo el mayor número de obras sociales en los cinco continentes (hospitales, dispensarios, leproserías, casas para ancianos, enfermos crónicos y minusválidos, orfanatos, guarderías, consultorios matrimoniales, centros de educación o reeducación social e instituciones de otro tipo), y la limosnería del Vaticano reparte cada año millones de euros a las personas pobres. Pero, aunque estos datos y las cifras exactas están en Internet, nadie las conoce porque no son noticia. También la critican de oscurantista y enemiga de la ciencia, pero en el ámbito de la investigación, históricamente la ciencia y la tecnología han florecido precisamente en Europa, un continente impregnado de pensamiento cristiano y pocos saben que uno de los incipientes promotores de la teoría del Big Bang fue precisamente un sacerdote católico belga, Georges-Henri Lemaître.

Dicen que los sacramentos son rituales aburridos y poco prácticos, pero Santi, la confesión, por ejemplo, desde un punto de vista emocional y psicológico, sana muchísimo. Ayuda a verbalizar la manera en la que tal vez te estás lastimando, te hace identificar y aceptar la raíz de tus problemas (examen de conciencia y dolor de corazón). Desde el punto de vista terapéutico, ayuda muchísimo el poder compartir tus problemas y

ser escuchado en un ámbito de total privacidad (confesión de los pecados), para también recibir un consejo que sirva para comenzar de nuevo (propósito de enmienda). Y nada da más paz y alegría en el corazón que tener la certeza absoluta de saberte perdonado por tu creador, feliz de haberte recibido, y consciente de que «hay más alegría en el cielo por un solo hombre que regresa a casa que por noventa y nueve que no lo necesitan» (Cfr. Lc 15,7).

«Padre, pero ¿cómo le hacen los sacerdotes para olvidarse de lo que les dice la gente en confesión?»

Santi, no es que por arte de magia Dios borre tu memoria como si se tratara de un hardware, sino que el sacerdote no le da la más mínima importancia a lo que escucha y antes bien se siente feliz de ver cómo las personas se van contentas y liberadas. Dios es un gran olvidadizo en esta materia, y todo lo que le compartes en este sacramento con humildad y sencillez, literalmente, se le olvida, como si nunca hubiera existido. Eso sí, te queda el trabajo de sanar o reparar como puedas las heridas provocadas en ti o en las personas (pedir una disculpa, devolver lo robado si es posible, hacer actos de amor, etc.).

«¿Y qué pasa con lo de la hostia? ¿Cómo es posible que digan que es Jesús cuando se ve a kilómetros que sigue siendo un trozo de pan sin fermentar?»

Santi, piensa en tu cuerpo, por ejemplo. Tu cuerpo cambia, pero tú sigues siendo el mismo que eras a los tres años. Hay algo en ti que cambia, tu aspecto físico, tu apariencia; y algo en ti que permanece, o sea tu esencia, tu identidad. Pues lo mismo pasa con la eucaristía, pero al revés. Durante la misa permanece su apariencia (cuerpo), pero cambia su esencia (identidad). ¿Una fumada verdad? Pues sí, pero recuerda que sería absurdo pensar que Dios tiene poder para crear el universo, pero no lo tiene para hacerse carne en una niña virgen o transformar el pan en su propia persona. Es un gran milagro y se trata de un acontecimiento a-temporal y cósmico en el que estamos reviviendo toda la vida de Jesús (nacimiento, vida oculta, vida pública, muerte y resurrección. Muchos sacerdotes han dudado de ello y por eso el Señor ha permitido

que en ocasiones el pan convertido en su carne literalmente se vuelva carne también exteriormente, como en Lanciano y Bolsena (Italia) o más recientemente en Buenos Aires (Argentina). Aunque hay muchos más que luego puedes investigar. Este tema de la eucaristía también explica un poco lo de por qué las mujeres no pueden ser sacerdotes. No se trata de discriminación, Santi, porque, aunque Dios se podría haber encarnado perfectamente en una mujer, lo hizo en un cuerpo de varón y el sacerdote dice en la misa: «Esto es mi cuerpo». Hablaremos de ello en otro momento, cuando hablemos de un feminismo mal entendido y cosas así.

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

Santi, en primer lugar, recuerda que Dios tiene una forma de hacer las cosas, como que Dios tiene un estilo y siempre ha querido actuar en el mundo y ser parte de nuestra historia a través de mediaciones humanas, por más que estropeemos todo, ¡especialmente los curas! Con todo y todo creo que no es justo hablar solamente de lo malo siendo tan evidente el bien que día a día hace la Iglesia en la vida de tantas personas y en todos los frentes, principalmente la salud y la educación. ¡Recuerda quien te presentó a tu esposa y la madre de tus hijos! ¡Tu amigo drogadicto y bebedor!

Y segundo, Santi, respecto a la eucaristía y la confesión, recuerda que tienes dos organismos dentro de ti que hay que nutrir: un cuerpo (agua y comida) y un alma (gracia). Y la gracia está en los sacramentos. Una confesión bien preparada y vivida es una chulada porque actúa en tus dos facultades superiores: entendimiento (para que te conozcas de raíz) y tu voluntad (para que seas más fuerte), y te hace sentirte interiormente libre y fortalecido. No seas tonto y aprovecha porque Dios perdona siempre y perdona todo, ¡siempre, todo!



A ver ahora que le dirías a un amigo que te pregunta estas cosas:

1. ¿Cómo saber que no es un invento de los hombres?
2. ¿Por qué no vende sus riquezas para ayudar a los pobres?
3. Si Dios me escucha siempre, ¿qué necesidad tengo de ir a la Iglesia o de hablar de mis pecados con un sacerdote?
4. Si Dios está en todas partes, ¿por qué tengo que ir a un templo y tiene que ser a fuerzas los domingos?
5. Si la Iglesia se dice tan amiga de todos, ¿por qué discrimina a las mujeres y nos les permite ser sacerdotes?

La Iglesia es imperfecta, pero al menos valora a ese amigo borracho y drogadicto que hace muchos años te presentó a la mujer que hoy te hace feliz.

CAPÍTULO 7: INMORTALIDAD

¿Somos realmente inmortales?

«Padre, si todos morimos, ¿por qué dices que somos inmortales? ¿Tienes manera de demostrarlo? ¿Es algo sostenible sólo por la fe o también por la razón y la ciencia? ¿Lo que creemos los católicos en qué está basado? ¿Cuál es la opinión de las demás religiones sobre este tema? ¿Qué diferencia hay entre reencarnación, resurrección, migración?»

CAPÍTULO 7: INMORTALIDAD

¿Somos realmente inmortales?

Santi, son cosas que todos nos hemos preguntado: ¿Qué pasa después de la muerte? ¿Será verdad que, según dicen, dentro de cinco mil millones de años seguiremos estando vivos? Y, si eres un ser humano normal y la idea de morir te asusta, te preguntas si será doloroso o qué te vas a encontrar después. Supongo que estás familiarizado con muchos testimonios o experiencias de gente que ha vivido alguna experiencia fuera del cuerpo, o han visto el famoso túnel y al final una luz blanca, etc. ¿Qué tan cierto es todo eso? A todos nos preocupa y nos asusta un poco porque da igual tu religión, condición socioeconómica o creencia personal. Va a pasar. Alguien dijo una vez con un toque de humor que en la vida tenemos solamente dos certezas: ¡Qué hay que pagar impuestos y que vamos a morir! Y razón no le falta.

Sobre este tema, como en todo lo demás que hemos hablado, hay una enorme variedad de opiniones. Incluso hay una corriente pseudocientífica llamada «transhumanismo» cuyo propósito es perpetuar la vida humana mediante la tecnología para transformar los seres humanos en «post-humanos». Aspiran a digitalizar la información en tu cerebro, que ellos ven exclusivamente conectada a tus neuronas sin que haya un espíritu de por medio y meterla en otro ser que tenga tus mismas características o apariencia (algo parecido a la película de Avatar). También hay mucha gente que comparte una visión nihilista de la vida (del latín nihil, nada), y considera que al final todo se reduce a nada y, por lo tanto, nada tiene sentido. Rechaza todos los principios religiosos y morales, fundamentándose en la creencia de que no existe un fin último, de que no hay una verdad absoluta y de que la verdad como tal no existe en ningún orden.

Otros prefieren creer en algún tipo de reencarnación, convencidos de que la esencia individual de las personas, alma o espíritu, empieza una nueva vida en un cuerpo o forma física diferente después de la muerte biológica. Esta creencia aglutina de manera popular diversos términos: metempsicosis, que viene del término griego meta (después, sucesivo) y

psyche (espíritu, alma); transmigración (migrar a través de); o renacimiento (volver a nacer). Sinceramente, la creencia en la reencarnación ha estado presente en la humanidad desde la antigüedad en la mayoría de las religiones orientales, como el hinduismo, el budismo, el jainismo y el taoísmo, y también en algunas religiones africanas y tribales de América y Oceanía.

Los católicos, en cambio, creemos en la resurrección, ¿en qué consiste exactamente? En principio, lo que resucita es el cuerpo, no el alma, porque el alma, siendo de naturaleza espiritual, nunca muere o se corrompe. Lo que se pudre y después vuelve a la vida es el cuerpo. Por resurrección entendemos el fenómeno por el cual, el alma, después de haber sido separada de su cuerpo, pasado un tiempo, es revestida de nuevo de carne y vuelve a reunirse con su cuerpo, aquel que tuvo en la tierra, pero digamos que en una versión mejorada. ¡Eso fue lo que le pasó a Jesús y lo que esperamos que nos vaya a pasar a nosotros!

Jesús sí habló de esto y mucho. Por ejemplo, hay un pasaje en el que habla de nuestra futura casa o departamento cuando dice: «En la casa de mi padre hay muchas habitaciones. Cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os llevaré conmigo» (Jn 14, 2), lo que implica una cierta continuación en la que cambiamos de casa, pero seguimos siendo nosotros mismos. O en otro pasaje, cuando un grupo de intelectuales de aquella época cuestionan la idea de la resurrección y le preguntan: «Si una mujer se casa varias veces y afirmas que hay una vida futura, ¿cuál de ellos será su esposo en el más allá?». Jesús, antes de responder, les advierte de una cosa que también nos puede pasar a nosotros y les hace notar que, el hecho de que no alcancen a entender ciertas verdades no quiere decir que no sean así. Y después continúa: «En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles» (Lc 20, 27-40). Pero conste que en varias ocasiones también menciona que no llegamos allí en piloto automático y de la responsabilidad con la que cada persona tiene que querer ir al cielo.

La Iglesia, por su parte, y como siempre, trata de encontrar un fundamento humano, razonable y natural sobre el cual apoyar las verdades de

la fe. Y esta, la de que todos vamos a resucitar, es una de ellas. ¿Podemos sostener, aunque no demostrar, la resurrección a partir de algunos datos de la razón? Yo diría que sí. Por ejemplo, tiene sentido pensar que dentro de nosotros hay dos realidades: una psicosomática, fisiológica, orgánica (corporal) y otra racional, intelectual (espiritual). Esto no es un dato de fe, sino de la razón y el sentido común. Ya los griegos, especialmente Platón (427-347 a.C.), dio argumentos en pro de la inmortalidad del alma basados en el proceso de conocimiento humano, o sea, la forma en que la mente humana parte de objetos sensibles, como una silla, y los transforme en objetos no-sensibles, como la idea o imagen de una silla que queda almacenada en mi memoria. Él atribuye esto a la actividad de las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad, y sabemos que no son actividades corporales, como los músculos, sino intelectivas, no sensibles, espirituales.

A esta transformación de cosas sensibles en ideas o conceptos le llamamos «proceso de abstracción» y lo realiza la mente, no el cerebro. Como quiera, a cada operación intelectual le corresponde una operación cerebral-psicosomática, porque mente y cerebro están íntimamente unidos aunque sean dos realidades muy diferentes: una orgánica y la otra intelectual. Este argumento gnoseológico (del conocimiento) no demuestra propiamente la resurrección, pero al menos nos hace entrever que dentro de nosotros hay como un «segundo» yo que no es corporal y al que popularmente llamamos alma. En pocas palabras, el cerebro, siendo material, no puede producir ideas o pensamientos, que son inmateliales. Eso lo hace la mente, aunque la mente se sirva del cerebro para recabar información. Información que le llega a través de los sentidos y conexiones neuronales. Y esto nos habla de que dentro de nosotros existe una realidad espiritual, no corporal que no se corrompe, ni se pudre, sino que subsiste y permanece después de la muerte corporal.

Por otra parte, Santiago, está el deseo natural que todo hombre tiene de ser plenamente feliz y el rechazo natural e instintivo a la muerte. Tenemos un deseo irresistible de una felicidad perfecta y de una vida sin fin. Esto tampoco prueba la inmortalidad del alma, pero nos hace pensar en la posibilidad de un lugar donde estos dos deseos puedan ser plenamente satisfechos. De hecho, algunos teólogos católicos como Boecio o

Santo Tomás han definido la eternidad «como la posesión total, simultánea y perfecta de una vida sin fin». Además, es interesante constatar el hecho de que los primeros signos de la aparición del ser humano en la tierra están vinculados a los enterramientos con alimentos o armas para el camino que les espera, es decir, nuestros primeros padres ya tenían un sentido natural de trascendencia e inmortalidad tras la destrucción del cuerpo. Todos los pueblos más o menos civilizados han creído en la existencia de un lugar de delicias, donde los buenos eran recompensados, y de un lugar de tormentos donde los malos eran castigados. Y para complementar estas ideas puedes luego buscar en internet varios testimonios y experiencias interesantes, como la de Even Alexander (neurocirujano ateo); Todd Burpo (niño sin formación teológica) o Gloria Constanza Polo Ortiz (odontóloga y católica renegada). Todos ellos tienen en común el haber vivido experiencias que nos hablan de un más allá que nos está esperando.

«¿Padre, y cómo funciona lo del juicio personal?»

Santiago Dios es un papá y no quiere juzgar a nadie. Yo estoy convencido de que, inmediatamente, después de la separación del alma y el cuerpo, nos sumergimos en un océano de luz y misericordia donde no hay mentira y todo es verdad pura, sin oscuridad, sin máscaras. Y, envueltos en esa luz por primera vez, veremos con claridad todo el amor que Dios ha derramado en nuestro corazón desde que fuimos concebidos hasta la muerte. Y nosotros mismos entenderemos la forma en la que cada uno en su libertad ha correspondido o no al amor de Dios en su vida. Me imagino que habrá tres posibilidades. Estarán los que amaron a Dios y a los demás con todo su corazón, y Dios les dirá: «Ven bendito de mi Padre, entra al banquete de tu Señor preparado para ti desde la creación del mundo» (Mt 25,34), y entrarán directamente en el cielo; estarán también los que hicimos un esfuerzo sincero, pero nos faltó algo más de amor y pediremos tiempo para no hacer el ridículo entrando al banquete sin estar bien arreglados, no vaya a ser que el Anfitrión nos pregunte: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el traje de fiesta?» (Mt 22,11) y entonces iremos al purgatorio, que no es otra cosa que una sala de espera y preparación para el cielo; y por último estarán los que libremente dejaron morir en su corazón el amor, al punto de no querer estar

con Dios, y Él no tendrá más remedio que respetar esa decisión y dejar que continúen su existencia en ese lugar preparado para el diablo y sus ángeles, para aquellos seres egoístas que en la tierra ignoraron a Jesús cuando lo vieron «pasando hambre y no le dieron de comer; o pasando sed y no le dieron de beber», etc., (Mt 25,42). Y estos irán al infierno.

Santiago debes saber que la Iglesia nunca jamás ha condenado a nadie al infierno, sino que se limita a transmitir lo que Jesús dijo al respecto, a orar por los difuntos entregando todos sin excepción a la misericordia de Dios y a prevenir al hombre acerca de la responsabilidad personal que tiene respecto a su destino último, repitiendo con San Agustín: «El que te creó sin ti no te salvará sin ti». O sea, Dios no te preguntó si querías existir. Pero sí te pregunta si quieres estar con Él en el cielo. Así que nada de miedos. Vive la vida un día a la vez buscando corresponder lo mejor que puedas a tanto amor y llegando a la cama cansado por haber hecho tu mejor esfuerzo.

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

En primer lugar, prepárate, porque probablemente te topes en tu vida con personas que no creen en esto y te cuestionen. Tú diles sencillamente que no hay forma de evidenciar o demostrar la supervivencia del alma más allá de la muerte biológica. Sin embargo, hay varias maneras de apoyar desde la razón y la filosofía lo que sabemos por la fe: que hay algo dentro de nosotros de naturaleza inmaterial con lo que realizamos actos intelectivos (memoria, imaginación, etc.) y que esta parte inmaterial no puede corromperse como le sucede al cuerpo. Y en segundo lugar, Santi, recuerda que esta vida es un soplo, ¿qué son ochenta o noventa años que vayas a vivir comparado con la eternidad que te espera? Por eso, tómate la vida en serio y abraza todo lo que sabes que te lleva al cielo, aprovechando para amar cada día todo lo que puedas.



Después de esta conversación, ¿cómo responderías a estas preguntas?

1. ¿Somos inmortales?
2. ¿Hay forma de demostrarlo, es algo sostenible sólo por la fe o también por la razón natural?
3. ¿En qué está basado lo que creemos los católicos?

*El cerebro no piensa (es material).
Piensa tu mente (inmaterial). Por
eso sabemos que hay algo dentro
de nosotros que es espiritual y que
no se pudre cuando el cuerpo
muere.*

CAPÍTULO 8: ENERGÍAS

¿La magia y los poderes ocultos funcionan?

«Padre perdón por insistir en un tema del que ya hablamos hace unos días, pero me quedé con ganas de profundizar un poco más. ¿Existen otros mundos, energías o poderes alternativos? ¿Está mal hacer yoga, incluso si solo voy para relajarme? ¿Existe una magia blanca y una magia negra? ¿Hay prácticas populares que puedan lastimar a las personas?»

CAPÍTULO 8: ENERGÍAS

¿La magia y los poderes ocultos funcionan?

Santi, acabas de «abrir la caja de Pandora» porque es un tema súper amplio y de muchísima actualidad y comprendo que quieras profundizar un poco más. Son preguntas muy recurrentes entre la gente de tu edad y entiendo que más de una vez te hayas preguntado si está bien que te lean las cartas, consultar el horóscopo o hacer yoga, o tienes amigos que practican estas cosas y tú como católico te preguntas si es correcto o no. Seguramente alguna vez has experimentado la curiosidad por acercarte a estas cosas o has vivido episodios en contacto con estas realidades. La verdad es que la fascinación por lo oculto que incluye muchas veces la atracción por la religiosidad oriental no es nueva. Todos podemos llegar a buscar diferentes maneras de entrar en contacto con fuerzas ocultas o modos alternativos de acercarnos al Absoluto, especialmente cuando estamos heridos o lastimados y buscamos sanar heridas o tener esperanza de una vida mejor con menos dolor. Es impresionante la cantidad de personas que están explorando nuevas experiencias espirituales dentro del hinduismo y del budismo un poco decepcionados por su fe católica.

Mucha gente joven como tú dentro y fuera de la Iglesia siente fascinación por lo oculto, lo oscuro y lo morboso. Cada vez que voy a cine me encuentro con tres o cuatro películas en cartelera que incluyen el contacto con el mundo oculto. Resulta atractiva para mucha gente joven la posibilidad de tener poderes sobrenaturales y obtener lo que desean o conocer el futuro, y esto los lleva a la consulta de médiums y lectura de cartas. A otros les gusta indagar, movidos por la curiosidad, en cultos ancestrales, druidicos o celtas. Están los que buscan algún tipo de sanación a través de limpiezas con huevos, veladoras, bálsamos y ungüentos que, sin saberlo ellos, han sido previamente ritualizados por brujos o personas que están en contacto con ese «otro mundo». Otros, movidos por el deseo de conectar con algún difunto, caen en la consulta a los espíritus, evocando muertos y consultando videntes. En fin, a todo el conjunto de prácticas, rituales o juegos que tienen relación con el ocultismo y prácticas de adivinación se le llama «esoterismo». Y es peligroso desde un punto de

vista psicológico y espiritual porque puede llevar a diferentes formas de manipulación.

¿Qué otros tipos de errores y falsas creencias se dan mucho incluso dentro de la religión católica? La superstición que, muchas veces por ignorancia, atribuye poderes a oraciones y rituales casi de manera mágica, sin tener en cuenta las disposiciones interiores que Dios nos pide cuando llevamos una reliquia o un objeto bendecido; la lectura del tarot o cartomancia, que busca adivinar e interpretar la realidad a través de cartas que evocan ciertas «entidades espirituales»; la lectura de chakras o centros de energía situados en el cuerpo humano al que atribuyen poderes especiales; la práctica del reiki, una pseudo medicina japonesa englobada dentro de las «terapias de energía» y que incluye rituales como la imposición de manos; el uso de fetiches o amuletos, imágenes que representan un objeto que ancestralmente ha sido usado como fetiche (budas, cuarzos, manos del destino, pirámides, tercer ojo, signos del zodiaco, ying-yang, etc.); la consulta a la astrología u horóscopo buscando predecir el futuro de una persona a partir de la posición del sistema solar; o el uso de maleficios y amarres para lastimar a terceras personas. Hay mucha gente que se lanza a la búsqueda de experiencias espirituales nuevas a través de filosofías que proceden de la India (budismo, yoga), de China (confucionismo, taoísmo) o Japón (meditación zen, sintoísmo). Independientemente del modo o grado de participación, el punto a analizar es que no son religiones propiamente dichas y no aceptan un dios personal y amoroso, sino filosofías místicas que distraen o alejan del conocimiento del Dios uno y trino.

Por último, están los que se embarcan en diferentes tipos de meditación trascendental, viajes astrales o cualquier tipo de hipnosis, tampoco recomendables porque ponen al descubierto el subconsciente y quedan a merced de posibles personas mal intencionadas o en ocasiones facilitan y propician la acción de entidades espirituales poco amigables.

En la época de Jesús, así como en la nuestra, todo eso ya existía. ¡Y con más fuerza! Porque el mundo no conocía el poder manifestado en la humanidad del Dios encarnado. Tanto es así que gran parte de la actividad de Jesús se realiza expulsando demonios, deshaciendo las obras de

las tinieblas y arrojando luz sobre todas las formas de esoterismo que ya existían. La Iglesia, para empezar, y como ya dijimos cuando hablamos de los «aliens», sabe que, por un lado, no estamos solos, sino rodeados de espíritus buenos y otros malos. El demonio existe, es el príncipe de este mundo, «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44), y busca distraer, desviar o bloquear en las almas el amor a Dios. También sabe que estamos lastimados por muchas cosas y que las diferentes formas en las que las personas se acercan a estas realidades responden a una búsqueda de alivio o respuestas ante tanto sufrimiento.

Por otra parte, un común denominador en todas las formas de esoterismo es la falta de fe y confianza en el amor de Dios que constantemente nos invita a abandonarnos a su voluntad y a su providencia. Santi, pero, para lo tengas claro, te repito lo que ya te dije en alguna ocasión: no existe como tal una magia buena (blanca). La magia es magia y punto. Y nunca dejará de ser un poder alternativo a la acción amorosa de Dios. La magia nunca será buena. Solo existe, si quieres verlo así, un tipo de «energía positiva» o «energía de amor», que actúa por la acción del Espíritu Santo y que llamamos gracia. Opera en las potencias del alma devolviendo al hombre la armonía consigo mismo, con los demás y con Dios, sanando y regenerando todo. Se parece mucho a la luz del sol y la vemos actuar en algunos personajes del evangelio, como cuando tocó a Jesús una mujer enferma que quedó curada en el mismo instante en que «Jesús se dio cuenta de la fuerza que había salido de Él» (Mc 5, 25).

«Bueno, padre, ¿y qué pasa entonces con el yoga?»

Santiago, a ver, no existe un yoga neutro o no-religioso, es decir que, si bien existen diversos grados, frecuencia y maneras más o menos intensas de practicarlo, estos ejercicios están necesariamente enraizados a una cosmovisión y una religiosidad incompatible con el cristianismo, porque parte de una forma de entender el mundo que ni conoce, ni reconoce a un Ser Personal Creador. Entiendo que mucha gente, tal vez incluso tu mamá, lo practique con el único objetivo de relajarse un poco, pero entiende que este tipo de «ejercicios espirituales» tienden a cancelar la individualidad de cada persona y adentrarla en un camino que desemboca en la fusión total con un ser universal,

inmanente e intramundano; buscan la extinción progresiva de toda actividad mental y esto facilita la posibilidad de ser manipulado (psicológicamente) o invadido (espiritualmente); implica la aceptación inconsciente de un sistema de creencias panteístas, es decir, de un mundo en el que no existe un Creador que te espera, sino un ser divino impersonal que se confunde con la existencia en general. Y todo esto a largo plazo puede generar una profunda soledad existencial porque anula la alteridad tanto de los demás (que no son más que ilusiones) como de lo divino (que se funde con un universo impersonal). Es como adentrarte a un laberinto interior del que, por más vueltas que des, al final quedas solo con tus problemas. Digamos que en el laberinto del cristianismo hay una puerta al final del pasillo que dice: «Bienvenido. Te estaba esperando».

Pero, Santi, no quiero que te quedes con la idea de que todo es malo. Positivamente, se puede decir, parafraseando al P. Joseph Marie Verlinde, que las técnicas orientales son medios poderosos para sacarnos del mundo exterior y volver a centrarnos en nosotros mismos, haciéndonos saborear algo de esa interioridad que habíamos perdido y cuya nostalgia inconsciente conservamos todavía. De todas formas es mi deber como sacerdote decirte que conozco ya muchas personas antes creyentes ahora confundidas, desorientadas o distraídas, buscando soluciones superficiales sin afrontar la raíz de sus problemas y no dejando al único Dios creador entrar en sus corazones para recrear y sanar todo con su poder misericordioso.

«Bueno padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

Santi, en primer lugar, independientemente de lo que haga la gente, busca la sencillez de la fe y la confianza en un Dios personal que te susurra al oído: «Hasta los pelos de tu cabeza los tengo contados» (Cfr. Lc 12,7); haz algo de oración pidiendo a Dios lo que necesitas, como un niño hablando con su Padre, y recuerda que la salud espiritual y psicológica consiste especialmente en perdonar y amar a los demás como Dios nos perdona y nos ama a nosotros. No tanto en técnicas para olvidarnos de que existimos. Y en segundo lugar, si alguna vez te sientes decepcionado o aburrido de tu fe católica y atraído por formas de

espiritualidad oriental, te invito antes a pedir consejo, formarte y participar en grupos donde la vida en el Espíritu Santo sea poderosa y profundamente liberadora. No se trata de quitarte algo para dejarte sin camino, sino de descubrir el tesoro inexplorado y desconocido del poder del Espíritu Santo a través de sus dones y carismas que son chulísimos.



1. ¿Qué le dirías tú a un amigo que te cuestiona con estas preguntas?
2. ¿Existen otros mundos, energías o poderes alternativos?
3. ¿Está mal hacer yoga, incluso si solo voy para relajarme?
4. ¿Hay prácticas populares que puedan lastimar a las personas?

«Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. No te dejes arrastrar por doctrinas complicadas y extrañas» (Hb 13,8).

CAPÍTULO 9: BIBLIA

¿El arca de Noé existió o no existió?

«Padre, acerca de la Biblia tengo muchas preguntas. Por ejemplo: ¿El arca de Noé existió o no existió? ¿Cómo sabemos qué cosas sí pasaron históricamente y cuáles no? ¿Quién escribió la Biblia o en qué idioma? ¿Por qué hay una lista de libros aprobados por la Iglesia y otros no? ¿Quién decide eso y por qué? ¿Existen libros prohibidos o escondidos por la Iglesia? ¿Si la Biblia es palabra de Dios por qué nos manda matar y cosas así? ¿Cómo se puede leer y rezar con la Biblia?»

CAPÍTULO 9: BIBLIA

¿El arca de Noé existió o no existió?

Santi es un tema apasionante. ¿Sabías que es el libro más distribuido y traducido del mundo? ¡Cerca de dos mil quinientas traducciones! Todo un best seller. Es como una crónica que recoge catorce siglos de historia y cientos de tradiciones transmitidas durante años de manera oral, a manera de cuentos que los padres contaban a sus hijos y estos a sus nietos, hasta que algunos escribas antiguos decidieron ponerlas por escrito más o menos quinientos años antes de Cristo. Fue redactada en hebreo (la lengua de Israel); arameo (dialecto que usó Jesús) y griego (que equivaldría al inglés de la actualidad), y se podría decir que ha dado forma a la cultura occidental tal y como la conocemos hoy.

De hecho, más que de un libro, se podría hablar de una biblioteca comprimida porque tiene más de setentaitrés volúmenes que han sido escritos en muy diversos contextos: guerra, paz, hambre, persecución, prosperidad, exilio, pobreza, etc. Y por ello toca todas las fibras del corazón humano. Por más que hay diferentes tipos de libros (crónicas históricas, códigos de leyes, profecías, poemas cantados, refranes populares o cartas), raramente experimentarás en la vida una emoción que no encuentre resonancia en alguno de los libros que forman parte de esta hermosa mini-biblioteca. Tanto amaba Jesús la sagrada escritura que él mismo la usó para enfrentar las tentaciones del diablo en el desierto, citando contra los ataques de satanás el libro del Deuteronomio (Cfr. Dt 6,16). Tan importante era para él este libro que llegó a decir: «El cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará» (Cfr. Mt 24,35). Siendo un niño judío, estudió la Biblia de pequeño y quiso siempre encuadrar toda su vida en la Torá, o la ley que Dios entregó a Moisés para construir una vida con sabiduría. Jesús fue un hombre profundamente enamorado de la palabra de Dios recogida en la Biblia.

Es curioso, Santi, pero mucha gente que quiere crecer y mejorar en su propia vida me dice: «Padre, ¿me recomiendas un libro?». Y yo siempre respondo lo mismo: «Claro, ¿ya leíste el Evangelio? O al decir ciertas cosas o consejos para la vida, me preguntan: «Padre, ¿cómo sabes

tantas cosas o dónde las leíste?». ¡En la Biblia, baboso! ¡En la Biblia! El mismo Dios bajó a la tierra para decirnos algo interesante y tú me dices que te recomiende un buen libro... pues ¡ahí está, Santi! Pero obviamente hay que saber cómo «hincar el diente» a ese ladrillote porque la gente normal se asusta y no sabe por dónde empezar. O empieza y al poco tiempo se rinde y abandona porque está aburridísimo.

Muchos otros piensan que es un documento demasiado manipulado por la historia y los intereses de unos pocos, o que no hay forma humana de saber lo que Jesús realmente dijo porque no tenemos acceso a los originales. De hecho, los documentos originales no existen, sino que nos han llegado copias de las copias de las copias... ten en cuenta que originalmente se escribía en largas tiras de cuero de res llamadas «pergaminos», que se enrollaban en dos cilindros de madera. También se escribieron las antiguas biblias en «papiros» o láminas sacadas de una planta egipcia llamada papiro. Más tarde vinieron los códices, manuscritos antiguos del s. IV d.C. que contienen textos de la Biblia. En fin, un jaleo.

Hay también gente que la desacredita porque dice que la lista de libros oficiales que son parte de la Biblia ha sido manipulada por la Iglesia y no saben que la Iglesia misma tardó más de trescientos años en definir cuáles escritos se podían considerar como inspirados por Dios. Y no a modo de capricho, sino con base en algunos criterios que tienen mucho sentido, como, por ejemplo: libros que ya eran parte de la biblia judía o antiguo testamento; libros que fueran citados a su vez en los escritos del nuevo testamento; libros que tuvieran como autor seguro a uno de los doce apóstoles o alguno de sus colaboradores cercanos para que no anduvieran inventando cosas; libros que fueran de uso común en las primeras comunidades cristianas y que alimentaban realmente la vida espiritual de la gente; libros cuyo mensaje fuera coherente con el resto de la doctrina y no se contradigan entre sí; etc. A lo que voy es que no sucedió, como mucha gente cree, que un día un papa se levantó de la cama y decidió que libros eran inspirados y cuáles no. Tanto es así que las primeras decisiones de la Iglesia con relación al canon (lista oficial) de la Biblia se dieron en el concilio de Hipona (África) en el año 393. Y la última definición fue en el Concilio de Trento en 1546. Si lo piensas, hace relativamente poco tiempo.

Algunos piensan que la Iglesia tiene escondidos en el Vaticano escritos o evangelios apócrifos que no quiere que el mundo conozca. Realmente los libros apócrifos (ocultos, escondidos) son aquellos que la Iglesia no ha aceptado como inspirados porque contenían hechos exagerados e imaginarios y porque en algunos puntos no concordaban con el conjunto de la fe. Fueron escritos entre finales del siglo II y el IV, aunque algunos tuvieron muchísima difusión durante la Edad Media.

«¿Qué leo padre, por dónde empiezo?»

Santi, aunque en la Biblia hay muchos libros, la Iglesia da especial importancia al nuevo testamento, que se empezó a escribir en torno al año 40 d.C. y recoge la vida y la doctrina de Jesús. Y dentro del N.T. te recomendaría empezar por la lectura de los Evangelios (la biografía de Jesús), para después pasar a leer Hechos de los apóstoles (la vida de las primeras comunidades cristianas) y luego Cartas de San Pablo (síntesis de la doctrina católica). Es importante que recuerdes que los católicos creemos en la necesidad de interpretar y actualizar el texto y para eso existe una ciencia llamada exégesis (del griego «sacar fuera»). Estos estudiosos se especializan en buscar una explicación actualizada del texto bíblico. El exegeta tiende un puente entre el texto que ya tiene muchos siglos y nuestra realidad en el s. XXI, para responder a problemas y cuestionamientos de hoy, porque en la época de Jesús no existía la pornografía y la inteligencia artificial, pero, ¿qué nos diría Jesús al respecto si viviera hoy a la luz de otras cosas que dijo hace dos mil años?

«¿Y cómo está eso de que la palabra de Dios no puede equivocarse padre?»

Santi, hay muchas cosas, sobre todo de naturaleza científica, en las que la Biblia se puede equivocar. Pero cuando hablamos de inerrancia bíblica (sin error) queremos decir dos cosas: por un lado, que siendo toda la Biblia inspirada por un Dios que nos habla en palabras y experiencias humanas, en ella no puede haber falsedades o mentiras que nos alejen del cielo; y por otro, que entre la verdad de la Biblia y la verdad de la ciencia no puede haber oposición, porque el mismo Dios creó las dos verdades y no pueden contradecirse. Por ello, es súper importante tratar

de entender la enseñanza de fondo que el autor original quiso transmitir más allá del modo en que se expresa, propio de un tiempo y una mentalidad muy anterior al nuestro.

«Pero entonces, padre ¿la ballena se tragó a Jonás? ¿El mar rojo se abrió? ¿El arca de Noé existió?»

A lo mejor no, Santi, pero no importa. ¿Cuál es el mensaje de fondo, el aprendizaje, aquella palabra viva que Dios quiere comunicarte para tu vida de hoy? ¡Eso es lo importante!

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

Si quieres aprender a hacer oración con la Biblia te recomiendo que sigas estos pasos: (1) Lee un pequeño texto, puede ser el Evangelio del día. (2) Haz una síntesis de las ideas principales, los diálogos o las actitudes de los personajes que aparecen. (3) Busca una aplicación personal: ¿Qué me dice a mí el Señor con estas palabras? (4) Formula un compromiso o propósito relacionado con lo que has aprendido. Otra cosa que puedes hacer es abrirla de repente, a ser posible en la parte del nuevo testamento, y fijar tu atención en un párrafo o frase. ¡A ver qué te dice hoy la palabra de Dios!



Y ahora pregúntate cómo responderías a esto:

1. ¿El arca de Noé existió o no existió?
2. ¿Cómo sabemos qué cosas sí pasaron y cuáles no?
3. ¿Quién escribió la Biblia?
4. ¿Por qué hay una lista de libros aprobados como inspirados por Dios y otros no?
5. ¿Existen libros prohibidos o escondidos por la Iglesia?
6. Si la Biblia es palabra de Dios, ¿por qué nos manda matar y cosas así?

*«El cielo y la tierra pasarán, pero
mis palabras no pasarán»
(Mt 24,35).*

CAPÍTULO 10: ORACIÓN

«No siento nada y no me resuelve nada.»

«Padre, la verdad no puedo rezar. No siento nada, me vuelvo loco, me aburro, me distraigo. ¿Cómo hablas con alguien que no puedes sentir o escuchar? ¿Por qué dedicarle tiempo a algo tan aburrido que además no me aporta nada? Para eso mejor busco experiencias que me ayuden a relajarme o a desconectarme de mis problemas de verdad, como un masaje o algo así. Si lo importante es conectar contigo mismo y con Dios, ¿qué importa de qué manera? ¡Hasta podría rezar aprovechando mi tiempo, en el coche, haciendo ejercicio o incluso haciendo yoga!»

CAPÍTULO 10: ORACIÓN

«No siento nada y no me resuelve nada.»

Santi, enhorabuena, al menos por sacar el tema. A primera vista podrías pensar que son cosas para la gente que quiere hacerse monja o cura. O piensas en orar y te imaginas a un fraile encapuchado ejercitándose en un arte misterioso sumamente complicado y reservado para unos pocos expertos. Con todo y todo tal vez buscas la manera de conectar un poco con «el de arriba» diciendo algunas oraciones o rezos antes de acostarte, pero que no tocan realmente tu vida. Si eres normal, probablemente te asusta la posibilidad de estar en silencio a solas contigo mismo. O lo has intentado alguna vez y no ha servido para mucho. No me vas a creer, pero yo soy sacerdote y muchas veces me siento como tú.

De hecho, mucha gente de tu edad se convence a sí misma de que la oración o lo que tenga que ver con la vida espiritual «no es para ellos», ¡como si fueran de otra especie animal y no tuvieran alma, anhelos profundos, heridas que sanar o preguntas existenciales! Están los que se conforman con escuchar un podcast en la mañana mientras toma su café o los que sienten que es suficiente con poner algo de música inspiradora en el coche camino a la universidad. Y no faltan los que nutren su espiritualidad practicando el mindfulness, haciendo yoga como decías al principio o inclusive fumándose un churrito de marihuana de vez en cuando. Y no es que todo eso no sirva, cuanto menos, para encontrar algo de paz y desconectar de tanto estrés. Todos tenemos necesidad de esos momentos de soledad, de refugio.

Cuando lees el Evangelio y te encuentras a Jesús haciendo oración, tantas veces te preguntas: ¿Acaso no era Dios? ¿Estará hablando consigo mismo? ¿Qué le aporta a él si ya sabe todo y tiene todos los poderes del mundo? Y, sin embargo, no hace más que insistir en la necesidad de hacer oración (que no es lo mismo que rezar o conectar con Dios). ¿Por qué? Por lo pronto nos dijo explícitamente: «Yo soy el tronco y vosotros sois las ramas. Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Luego nos compartió con la mayor sencillez la manera en la que vivía siempre en presencia de Dios: «Yo no hago nada por mi cuenta, sino con el Padre

que me envió» (Cfr. Jn 5,30). Pero sobre todo nos dio ejemplo de cómo hay que vivir la vida buscando esa conexión con Dios, cuando los evangelios lo presentan escapándose del ruido para encontrar algo de soledad, o rezando solo en la noche, o dirigiéndose al Padre antes de acontecimientos importantes como la elección de los doce apóstoles y la prueba inminente de su pasión. Pero no solo. Jesús habla con su Padre constantemente para interceder por los demás: «No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal» (Jn 17,15); para alabar-lo y darle gracias: «Te alabo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos» (Mt 11,25). Y también nos enseña que hay diferentes modos y momentos de hacer oración. Unos pueden ser en comunidad: «Cuando oren, digan Padre nuestro» (Lc 11,2), y otros momentos de oración se pueden hacer desde el corazón sin necesidad de ir a la Iglesia: «Llega la hora y ya está aquí en que los verdaderos adoradores darán culto a Dios en espíritu y en verdad» (Jn 4,23).

Santi, si Jesús oraba, ¿qué te hace pensar que nosotros no lo necesitamos? Pero hay que saber cómo. Por lo pronto, recuerda que tú y yo tenemos dos organismos: un cuerpo y un alma. Los dos tienen vida y los dos requieren alimento. Al cuerpo lo nutres con comida, al alma con oración. Así de simple. No soy psicólogo ni psiquiatra, pero horas de escucha como sacerdote, casi a modo de terapeuta, me han hecho entender que muchas veces la causa de síntomas depresivos como la tristeza, la soledad, el desánimo o la falta de propósito en la vida de muchos jóvenes responde en gran parte a esta realidad: no alimentan su espíritu. Es como si un feto quisiera vivir sin estar conectado el cordón umbilical... Pues igual las personas que viven su vida al margen de Dios. La vida biológica permanece, pero si es verdad que somos «espíritus encarnados», ¿cómo nutres esa parte de ti? Jesús oraba y ¿tú no lo necesitas? En el fondo somos como las plantas. Estas florecen con luz y agua porque está en su naturaleza y punto. Los seres humanos florecemos cuando amamos y nos sentimos amados, pero esta experiencia del amor incluye necesariamente al Ser que, en primer lugar, ¡nos sacó de la nada y nos dio la existencia!

¡Todos necesitamos orar! También los que ya están en un buen camino, porque como dice el P. Jacques Philippe «Tan importante es que las

almas santas se santifiquen cada vez más como que los pecadores se conviertan, pues ello beneficia igualmente a la Iglesia». Ahora bien, para que esta oración sea poderosa y eficaz tenemos que disponer bien el corazón, a modo de un recipiente que queremos llenar. Decía San Cirilo de Jerusalén: «Limpia tu recipiente, para que sea capaz de una gracia más abundante, porque el perdón de los pecados se da a todos por igual, pero el don del Espíritu Santo se concede a proporción de la fe de cada uno. Si te esfuerzas poco, recibirás poco, si trabajas mucho, mucha será tu recompensa. Corres en provecho propio, mira, pues, tu conveniencia». Pero, Santi, recuerda que orar no tiene nada que ver con el yoga, el mindfulness o corrientes de espiritualidad oriental (que te ofrecen diferentes caminos para evadir sentimientos negativos, pero al final te dejan solo contigo mismo). Tampoco es lo mismo que conectar con Dios de diferentes modos (escuchando música religiosa o un podcast) o rezar (repetir oraciones). Orar es un encuentro tranquilo, pacífico, amoroso, con un Amor personal que te conoce, te ama y te está esperando.

Así es que suponiendo que te quieras animar a hacer oración, ¿qué te recomiendo? Pues hacer sencillamente lo que nos dijo Jesús: (1) Busca un lugar solitario y desconéctate de tu celular; (2) Cierra los ojos y habla a tu Padre en lo profundo de tu corazón; (3) No te compliques, di lo que sientes y cómo lo sientes. (4) Y trata de vivir una vida según la voluntad de Dios, porque Jesús también dijo: «No todo el que me dice ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los cielos. Sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo» (Mt 7,21). A veces la gente quiere conectar con Dios, pero no confían en Él o viven una vida al margen de su voluntad. Y así es más difícil. Yo personalmente sigo cada día la misma rutina, algo así como un caminito que me ayuda a recoger la mente, entrar en mí mismo y conectar con un Padre que habita en lo más profundo de mi corazón. Y esta rutina consiste en los siguientes pasos. Sinceramente, no es tan complicado:

1. ¡Haz silencio! Busca un lugar tranquilo, solitario y recogido. Cierra los ojos, abre tus manos, respira profundo y di: «Padre».
2. ¡Agradece! Ahora trata de recordar todos los regalos que Dios te ha

hecho en la vida, desde la misma existencia, tus talentos, la gente que te quiere, etc., hasta las cosas más sencillas.

3. ¡Pregúntate! Luego pregúntate si, a la luz de tanto amor, hay algo por lo que quieras pedir perdón (rencores o pactos con vicios que tú sabes que te hacen daño).

4. ¡Pídele! A continuación, pídele a tu Padre ayuda con algo que necesitas (fe, amor, confianza, luz para tomar ciertas decisiones, fortaleza ante alguna dificultad, etc.).

5. ¡Intercede! Por último, pide por los demás, para que no sea una oración autorreferencial y egoísta. En primer por los que tienes más cerca, tus padres, tu familia, tus amigos, la gente que Dios pone en tu camino. Y luego ve ensanchando el círculo hacia toda la humanidad, los pobres, los migrantes, los enfermos, la gente que vive en zonas de guerra, etc. La oración es muy poderosa y no tienes idea del impacto que puedes tener en la vida del mundo.

¿Ves qué fácil? Y todo en cinco minutos. Lo ideal sería que leyeras un poco la palabra de Dios y terminaras teniendo una breve conversación con Jesús junto a algún propósito. Y también es importante que te marques un tiempo (diez o hasta veinte minutos de reloj), y estés ahí en silencio sin miedo a no sentir nada. En ese «mini desierto» el Señor actúa en tu corazón.

«Bueno padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

En primer lugar, no confundas sentimientos con cercanía a Dios. ¡Es un error que comenten demasiadas personas! Y no pienses que por estar distraído o no sentir nada no estás orando. Lo más importante es querer estar con Dios. Es como si tienes un amigo hospitalizado tan lastimado por un accidente de tráfico que no puede hablar. Solo puede verte. Irías a verlo como quiera y él estaría feliz de abrir los ojos y ver que su amigo vino a verle, aunque esté ahí sentado en el sofá medio dormido. ¡Lo importante es estar, no sentir!

Y segundo, no te preocupes demasiado por las debilidades y tentaciones que experimentamos todos. Muchas veces entre más cerca estamos de Dios, más tentados somos. Es más, sin tentaciones no podríamos amar,

¡no podríamos demostrar amor! Decía San Agustín que era un hombre un tanto mujeriego que «nuestra vida en medio de esta peregrinación no puede estar sin tentaciones, ya que nuestro progreso se realiza precisamente a través de la tentación, y nadie se conoce a sí mismo si no es tentado, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni vencer si no ha combatido, ni combatir si carece de enemigo y de tentaciones».



¿Cómo responderías ahora a un amigo que te pregunta estas cosas?

1. ¿Qué hago para comunicarme con Dios?
2. ¿Es posible hablar con alguien que no puedes sentir o escuchar?
3. ¿Por qué dedicar tiempo a algo tan aburrido que no me aporta nada?
4. ¿Por qué no recurrir a experiencias más satisfactorias como un masaje o hacer ejercicio para despejar la cabeza?

Orar es como pasar tiempo de calidad con un amigo hospitalizado que no puede hablar. Basta una mirada. No hay necesidad de decir nada.

CAPÍTULO 11: SEXO

¿Por qué esperar hasta el matrimonio?

«Padre, ¿por qué hay tantas restricciones de la Iglesia respecto a la vida sexual? A veces parecería que todo está mal o prohibido. ¿Por qué esperar hasta el matrimonio para tener relaciones sexuales con una persona que amas? ¿Por qué la Iglesia descalifica a la gente que pierde su virginidad o mantiene una vida sexual activa fuera del matrimonio? ¿Por qué no somos libres decidir cuando, con quién y con qué frecuencia podemos tener relaciones sexuales?»

CAPÍTULO 11: SEXO

¿Por qué esperar hasta el matrimonio?

Santi, gracias por la franqueza y la confianza con la que sacas este tema. Lástima que a veces sea un tema tabú y que a la gente le dé un poco de vergüenza hablarlo con un sacerdote. Es comprensible porque no deja de ser delicado y afecta a la intimidad de las personas. Pero, al mismo tiempo, nada hay tan natural y bello como el sexo y la intimidad sexual, y me da pena que haya una percepción equivocada acerca de cómo la Iglesia ve estos temas o creen que la visión de la Iglesia es de la época medieval. Muchos piensan que, hoy por hoy, vivir el ideal de castidad al que Jesús nos invita es sencillamente imposible, pensado como algo milagroso reservado de nuevo, solo para los curas y las monjas. Me imagino que tendrás muchos amigos que te preguntan: «¿Qué sentido tiene esperar hasta el matrimonio? Nosotros nos queremos y el sexo es hermoso». O tú mismo te has preguntado: «¿Hasta dónde puedo llegar con mi novia?».

Sinceramente, Santi, creo que para la gran mayoría de tus amigos no es un tema; me refiero a que no se plantean este tipo de preguntas. Simplemente viven como algo normal la actividad sexual desde que pierden la virginidad en la adolescencia y luego la vida sigue con mayores o menores desencantos. «¿Para qué hacer un problema donde no existe? Al fin y al cabo el ser humano se desarrolla buscando satisfacer sus placeres y evitando el dolor». No digo que no sea cierto, pero cuando una persona cae en el culto desmedido al placer se convierte en esclavo de sus propios vicios, sean los que sean. Y los vicios relacionados con la vida sexual acaban por diluir mucho la belleza del regalo que Dios quiso darnos cuando inventó el sexo.

¿En qué sentido? Por un lado, sin darnos cuenta, vamos reduciendo poco a poco la experiencia del amor al sexo, y el mismo acto sexual alimentado por el consumo de pornografía (algo de lo que hablaremos en otro momento) a la genitalidad. Luego, ante la falta de novedad en la vida matrimonial (porque ya se vivió todo), se prolongan indefinidamente los noviazgos o se normaliza dentro de la relación el uso

de anticonceptivos, que tampoco son infalibles y resultan en muchos embarazos no deseados que terminan en abortos. Así una cosa lleva a la otra. La virginidad va perdiendo su valor y la castidad (el control de los instintos sexuales), pasa a considerarse algo retrógrado, medieval y superado. En fin, que poco a poco el significado original del acto sexual se va pareciendo más a una experiencia cualquiera, como hacer un viaje divertido o comer sabroso, que a una de las cosas más hermosas que puede vivir el ser humano.

Jesús habló propiamente del sexo solamente en referencia a la realidad del matrimonio, cuando le preguntaron si estaba bien divorciarse de una mujer, a lo que él respondió que no, recordando el plan original del Creador al hacer al ser humano: «Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su esposa y serán los dos una sola carne» (Mt 19,5). Habló en otras ocasiones de la sexualidad, pero en contextos diferentes, para hacernos entender que siendo hermosa como es, la actividad sexual termina con la muerte, pues en el cielo seremos como ángeles (Cfr. Mt 22,30), o para hacer notar que hay personas que nunca se casan y se abstienen de relaciones sexuales para dedicarse totalmente al anuncio del Reino de los cielos (Cfr. Mt 19,10).

Y a partir de esas pocas intervenciones de Jesús, la Iglesia, como en otras ocasiones, desarrolla el resto de la doctrina ayudada por el Espíritu Santo. ¿Y qué dice la Iglesia realmente del sexo, Santi? ¡Pues que es la cosa más hermosa que existe! Un invento estupendo y lleno de creatividad, la culminación más perfecta de la obra salida del Creador vinculada a la originalidad del cuerpo humano. El ser humano no es un ángel, sino un ser corpóreo y sexuado y esa atracción mutua y el impulso sexual es como la fuerza de la gravedad: ¡mantiene todo en movimiento, Santi! Es más, si no hubiera placer en el sexo, ni siquiera habría niños. ¡Es genial!

Por eso Jesús y la Iglesia le dan a este tema tanta importancia y nos invita a vivir el regalo de la sexualidad con mucha responsabilidad. Si lo analizas bien, Santiago, todo tu modo de ser, de sentir, de pensar y tu experiencia de la felicidad pasa por la manera en la que vives tu sexualidad y la forma en la que custodias tu intimidad. San Juan Pablo II

elaboró toda una serie de discursos entre 1979 y 1984 destinados a rescatar la belleza de la sexualidad viendo en la desnudez del ser humano y en el acto sexual una manifestación de lo que Dios es en sí mismo. A esta doctrina se le llamó Teología del cuerpo. Santi, la única cosa que Dios creó, de la que dijo «hagámoslo a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26), fue el ser humano en su masculinidad y feminidad, cuerpo y espíritu. Y nunca es el ser humano tan imagen de su Creador como cuando se une a su esposa para ser una sola carne. ¡Es tan poderoso este momento que incluso es capaz de producir otro ser humano! ¡Una locura! ¿No te parece? Es muy fuerte, pero así es. Si quieres saber cómo es Dios, basta con que contemples el cuerpo desnudo del hombre y de la mujer, su belleza, su genialidad, su complementariedad... ¡Ahí está el reflejo de la Santísima Trinidad! Y por eso la Iglesia apuesta por la castidad, que no es otra cosa que la custodia y el cuidado de tu cuerpo, de tu intimidad, como el mayor de tus tesoros, algo que solo merece la futura madre de tus hijos.

«Entonces, padre, si todo es tan bonito, ¿por qué Dios no me deja vivirlo a mi manera, con quien yo quiera, las veces que quiera y sobre todo con una persona que amo, aunque no sea mi esposa?»

Vamos por partes. Esperar hasta el matrimonio para vivir ese momento de intimidad con la futura madre de tus hijos tiene algunas ventajas. En primer lugar, controlar sus impulsos sexuales cuando son novios les entrena para el futuro matrimonio, porque les prepara para enfrentar sacrificios más grandes como pareja. El que no tiene dominio sobre sí en el terreno de la castidad, tampoco lo tendrá en otros campos de la vida en pareja (ira, rencor, envidia, avaricia, celos, capacidad de sacrificio, etc.). También les sirve para elegir mejor a su pareja, porque si se entienden y se respetan ahora en este campo, lo harán también dentro del matrimonio. Por otra parte, el hecho de no tener sexo con tu novia antes de casarte te permite conocerla mucho mejor en tantos otros aspectos de su personalidad que luego, en la vida matrimonial, son tan importantes, y que a veces quedas como escondidos bajo la experiencia tan fuerte de las relaciones sexuales. Porque la novedad de la intimidad sexual desaparece con el tiempo y poco a poco entiendes mejor que tu

pareja es, más que nada, tu gran compañera de vida, tu gran amiga, con la que haces equipo para todo, hasta la muerte.

Reservar el acto sexual para el matrimonio evita el riesgo de que más adelante estén comparando la experiencia de pareja con anteriores relaciones. Además de que ayuda a evitar posibles enfermedades venéreas como la sífilis, la blenorragia o el sida; disminuye el número de embarazos no deseados y por ello el número de abortos; evita trastornos emocionales como el temor a ser traicionados o un clima de celos y de sospecha. Santi, me ha tocado acompañar a chicas que, habiendo perdido su virginidad con el novio, cuando las buscan para tener relaciones cada vez con mayor frecuencia, no saben decir que no por miedo a ser rechazadas. En pocas palabras, se generan relaciones tóxicas.

En resumen, te dejo cuatro principios de la Iglesia que pueden orientar de manera positiva la vivencia de tu sexualidad: (1) Dios es un absoluto enamorado del sexo porque este es como su obra maestra, ¡deja de pensar que todo lo ve como pecado o algo sucio cuando fue Él el que lo inventó, ¡inventó el orgasmo! Todo es obra de sus manos y por eso quiere que cuides tanto esa belleza; (2) No es lo mismo sexo (acto sexual), que sexualidad (experiencia de amar y de ser amado), y por ello tu esposa será siempre tu mejor amiga y la intimidad sexual con ella será parte de esa relación, una parte importante, pero solo una parte. Conozco parejas que tienen sexo de manera habitual y se sienten solos o desconectados. Y también conozco personas que no tienen sexo (como los sacerdotes y personas consagradas a Dios) y se sienten súper plenos y realizados. Tú vive el sexo como parte de tu sexualidad y no reduzcas tu sexualidad al sexo; (3) No vivas eligiendo siempre entre lo malo y lo bueno, sino entre lo bueno y lo mejor. Es decir, es hermoso tener sexo con una persona que amas, pero es mucho mejor tenerlo cuando hay un pacto de por medio por el cual han jurado amarse y protegerse toda la vida; (4) ¿Qué les vas a regalar a la madre de tus hijos? ¿Acaso hay mejor regalo que llegar a la noche de bodas, mirarla a los ojos y decirle: «Me ha costado mucho, pero he querido guardar este momento solo para ti»? Jesús y la Iglesia nunca se van a cansar de invitarte a la forma más noble de vivir tu vida, aunque implique exigencia.

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

Santi, permíteme dos consejos en este campo. En primer lugar, por lo que respecta al «hasta donde llegar con tu novia» antes del matrimonio, piensa que la intimidad sexual no se refiere solo al acto sexual, sino a la forma en la que te entregas afectivamente a una persona. Hay gente que me dice: «Padre, hicimos de todo, pero no llegamos a tener relaciones». Yo les pregunto: «¿Qué tanto de ti, de tu intimidad, vas a guardar para la madre de tus hijos? Porque ya lo entregaste todo a no sé cuántas mujeres por ahí». Y en segundo lugar, recuerda la diferencia entre sexualidad (tu capacidad de amar y ser amado), y el sexo (acto propiamente sexual), y que por su belleza deberías vivirlo solo con tu esposa.



¿Cómo responderías tú a estas preguntas?

1. ¿Por qué tantas restricciones de la Iglesia respecto a la vida sexual y las decisiones que atañen a la intimidad de las personas?
2. ¿Por qué esperar hasta el matrimonio para tener relaciones sexuales con tu pareja?
3. ¿Por qué la Iglesia descalifica a todos los que pierden su virginidad fuera del matrimonio?
4. ¿Por qué no somos libres para decidir cuándo, con quién y con qué frecuencia podemos tener relaciones sexuales?

Cuando hablamos de sexo no debemos hablar solo de elegir entre lo malo y lo bueno, sino entre lo bueno y lo mejor. Y lo mejor es guardar la belleza de tu intimidad para la madre de tus hijos.

CAPÍTULO 12: ABORTO

¿Cuándo es una persona?

«Padre, ¿si no tiene corazón o cerebro, todavía no es una persona verdad? ¿En caso de violación sería comprensible? ¿Y si está en riesgo la vida o la salud de la madre? ¿Qué pasa con los hijos que vienen con malformaciones o enfermedades incurables? ¿Y si el niño va a nacer en una familia muy pobre? ¿Un feto es biológicamente parte del cuerpo de la madre? ¿Debería existir un derecho al aborto en algunas circunstancias?»

CAPÍTULO 12: ABORTO

¿Cuándo es una persona?

Santiago, estás tocando un tema muy difícil y complejo porque hay mujeres que sufren mucho con situaciones difíciles de entender y de poder acompañar. Los escenarios de embarazos no deseados son muy diferentes y complejos. Estoy seguro que has escuchado muchas veces cosas como: «No es que yo promueva el aborto, pero si a mi hija la violaran no tendría problema», o cuestionamientos parecidos a este: «¿Qué es mejor, que nazca en una familia pobre que apenas tiene para sobrevivir o evitar todo ese sufrimiento al niño?». Probablemente ni tú mismo tienes claro exactamente cuándo empieza la vida humana o a partir de qué día esa cosita es considerada persona y empatizas con los que dicen que «al fin y al cabo, no es más que un puñado de células porque hasta que no late el corazón o no tiene cerebro no se puede considerar una persona». En fin, hay mil opiniones al respecto, incluso dentro de tu círculo más íntimo de amigos, sean o no sean católicos.

La verdad es que la mayoría de las personas tiende a poner el énfasis, comprensiblemente, en el dolor y la confusión de una mujer que ha quedado embarazada sin haberlo deseado por el motivo que sea. A todos nos preocupa ver una adolescente agobiada y asustada. Pero junto a esta sana empatía y preocupación por saber acompañar a una joven embarazada sin desearlo, no faltan los que buscan vender la idea de que este tema está viciado por la Iglesia católica y de que la campaña pro-vida no es más que la herencia de un sistema machista y patriarcal del que el hombre moderno tiene que liberarse, porque ¡ya va siendo hora de que las mujeres puedan decidir sobre «su propio cuerpo»!

Hace unos años san Juan Pablo II habló acerca del daño que causa a la sociedad en general una mentalidad que busca desvincular la intimidad sexual de la apertura natural a la vida y que pone en riesgo la vida de los inocentes, de los que no tienen ni voz ni voto. Muchas personas, incluso dentro de la Iglesia católica, apoyan gobiernos que justifican el uso de bienes públicos e infraestructura sanitaria para técnicas relacionadas con la interrupción de la vida humana. El común denominador a estas

técnicas es doble: por una parte, la idea injustificada de que «esa cosita que está ahí dentro» no es una persona; y por otra, la preocupación por la situación vulnerable de la madre biológica (edad, enfermedad, situación familiar o económica, inmadurez, falta de apoyo del padre biológico o de sus propios padres, etc.). A esto hay que sumarle toda una industria millonaria que promueve métodos más o menos sofisticados para tener relaciones sexuales supuestamente sin riesgo, aumentando aún más el número de embarazos no deseados.

Jesús no se pronunció sobre el aborto en cuanto tal. Me imagino que en aquella época no era algo tan común. Pero lo hizo indirectamente remitiendo al hombre a los diez mandamientos como código moral universal: «Maestro bueno», le preguntó un joven: «¿Qué he de hacer para ganar la vida eterna?». Y Jesús le respondió: «Ya conoces los mandamientos: no matarás...» (Cfr. Mc 10,17). Por eso a mi modo de ver, Santiago, la pregunta del millón de dólares no es si existe o no un derecho al aborto, o si hay circunstancias excepcionales en que el aborto puede ser justificado, como en el caso de una violación o de un feto que viene con malformaciones insalvables. La pregunta importante es si esa «esa cosita que está ahí dentro» es o no es un ser humano, una persona.

Y para responder a esta pregunta, la Iglesia no recurre a la Biblia, sino que les pregunta a tres ámbitos diferentes de investigación científica: la genética (rama de la biología que estudia los caracteres hereditarios); la biología molecular (disciplina que se encarga del estudio de las células); y por último a la embriología (estudia el desarrollo embrionario y nervioso desde la gametogénesis hasta el nacimiento). Desde un punto de vista científico sabemos que un organismo en general tiene vida cuando cumple tres requisitos: nutrición (asimilación de sustancias químicas según la conveniencia); crecimiento (evolución hacia formas internas no presentes); reproducción (capacidad de un organismo de dar vida a otros organismos). Así, por ejemplo, tenemos tres tipos de organismos vivos: las plantas, los animales y los seres humanos, porque todos realizan esas tres operaciones.

Si aplicamos esto a un óvulo fecundado por un espermatozoide, podemos observar con el microscopio el fenómeno de la fecundación (fusión

del gameto masculino y femenino), y ver con claridad que desde que la cabeza del espermatozoide se funde con el núcleo del óvulo se genera un embrión, es decir, un ente biológico con capacidad genética propia y suficiente para iniciar su desarrollo. Y como tal empieza a nutrirse, especializarse y subdividirse de manera inteligente. Esto da lugar a un cigoto que viene a ser la primera manifestación corporal del individuo. En pocas palabras, con o sin religión de por medio, estamos ante un organismo vivo constituido por billones de células con una singularidad y una identidad genética propia, irrepetible y diferente a la del genoma del padre y de la madre del que proviene.

«Pero, padre, no tiene corazón ni cerebro ni tiene los miembros formados».

Tienes razón, Santiago, pero te pregunto: ¿Es un organismo que pertenece genéticamente a la raza humana? ¿Podría un organismo que pertenece a la raza humana no ser una persona? ¿Qué hace que una persona sea persona? ¿La ciencia y la biología o las diferentes ideologías y opiniones de la gente? Santi, es interesante mencionar que en la época del nazismo alemán se aprobó una ley eugenésica según la cual había vidas que legalmente eran consideradas no dignas de ser vividas y el estado se reservaba el derecho de eliminarlas o usarlas como material de experimentación para un bien mayor. Eso es lo que pasa cuando pisoteamos a la ciencia y dejamos que nos guíen las ideologías. Por eso, independientemente de las circunstancias en las que un ser humano viene a la existencia, científica y biológicamente, es un ser humano desde su concepción y tiene los mismos derechos que la mamá a vivir. El problema es que tristemente no puede hablar y no puede pronunciarse. Santi, si tú le preguntaras al embrión: «Oye, mira, fíjate que estás enfermo, o que vas a nacer en una familia pobre, o es que violaron a tu mamá... entonces hemos decidido pensar en eliminarte porque imaginamos que no quieres vivir», ¿qué crees que te respondería?

Por todo esto, la Iglesia defiende siempre el derecho a la vida de ese «puñado de células», y lo justifica desde un punto de vista científico, filosófico y teológico. Desde la ciencia, el embrión es genéticamente un individuo de la especie humana, un ser humano dotado de derechos fundamentales. Desde la filosofía, el embrión es una persona, con una

identidad propia y con plenos derechos. Y desde la teología es un hijo de Dios, un espíritu encarnado, inteligente e inmortal. Insisto en que nada de esto hace más fácil encontrar la manera de acompañar, orientar y ofrecer soluciones a una mujer que está embarazada sin desearlo. Solamente sugiero que el aborto nunca sea una opción y que, como mujer, por más que tenga miedo y esté asustada, buscar formas de apoyo económico o darlo incluso en adopción, será un camino que a la larga provocará menos dolor que deshacerse de un hijo biológico. Me dirás que es muy fácil decirlo como hombre y tal vez sí. Pero como sacerdote me ha tocado acompañar a mujeres que, tras años de haber abortado, no son capaces de perdonarse a sí mismas, incluso si ya recibieron el perdón de Dios. Es un dolor tremendo.

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

En primer lugar, cuando estés hablando con gente que piensa que el aborto es comprensible en algunos casos y tú quieras defender que ese «montón de células es una persona», recuerda que no hace falta recurrir a la fe o a la Iglesia. Usa la razón y habla de la constatación científica que se basa en la experimentación, observación y deducción e incluye la genética, la biología celular y la embriología. Y cuando hables de esto con chicas que piensan diferente, hazlo siempre con mucho respeto, tratando de empatizar con sus motivos e invitando, por ejemplo, a la adopción, a buscar formas de acompañamiento. Muchas mujeres viven esto en una tremenda soledad. Dios no juzga a nadie, sino que ama a cada uno de sus hijos y perdona siempre. Y desde ese amor nos invita a asumir con responsabilidad la capacidad que nos ha dado de generar vida.



¿Qué tal responderías a estas preguntas a la luz de lo que hemos dicho?

1. ¿El aborto es comprensible en algunas circunstancias?
2. ¿Hay abortos justificados por el bien o la salud de la madre?
3. ¿Por qué debería una mala decisión condicionar el resto de la vida de una pareja o una adolescente?
4. ¿Debería existir un derecho al aborto en caso de violación?

La pregunta difícil no es si abortar puede estar justificado. La pregunta difícil es si esa «pulguita» que está ahí dentro es una persona. Y la ciencia (no la fe), nos dice que lo es.

CAPÍTULO 13: IDENTIDAD SEXUAL

¿El hombre nace o se hace?

«Padre, ¿existe un gen gay? ¿El ser humano nace o se hace? ¿Por qué la Iglesia discrimina a los homosexuales y nos les deja casarse o tener hijos? Si somos libres, ¿por qué no podemos elegir lo que queremos ser? ¿La manera de vernos a nosotros mismos y a los demás puede cambiar con el tiempo o la historia? ¿Acaso no tenemos derecho a ser felices y a experimentar el amor cada quien a su manera? ¿Por qué la Iglesia genera sentimientos de culpabilidad en las personas que se sienten diferentes?»

CAPÍTULO 13: IDENTIDAD SEXUAL

¿El hombre nace o se hace?

Santi, gracias. Otro gran tema, nada fácil de responder porque, efectivamente, no somos robots, sino seres maravillosamente complejos. Yo diría que dentro de cada persona hay todo un microcosmos, un laberinto de órganos y facultades mucho más sofisticados que el universo entero. Además, es un tema de muchísima actualidad porque estoy seguro de que conoces a más de una persona que se siente diferente, que «ha salido del closet» o se ha declarado abiertamente homosexual. O siendo algo cada vez más común, ya has hablado con tus amigos acerca de lo que harías si el día de mañana tienes un hijo transexual o bisexual. O incluso es una realidad que ya estás viviendo con algún miembro de tu familia. A lo mejor, estando en casa con amigos, ha salido el tema y te han preguntado: «¿Y tú, Santi, qué opinas?». Y como en otros temas parecidos, no has sabido muy bien cómo responder o has tenido miedo de que te juzguen por ser homófobo e intolerante. Sinceramente, en todas partes hay algo de confusión al respecto y en varios países ya se declaró el «día nacional de lucha contra la homofobia», sin que la población todavía alcance a entender el significado de esa palabra.

El punto aquí, Santiago, es que más allá de las diversas opiniones y mentalidades, la formación de la identidad sexual de un individuo es un camino largo y nada fácil en el que se mezcla una parte fisiológica (corporal) y otra psicológica (mental). Es más complicado de lo que uno pudiera pensar a primera vista, porque efectivamente el ser humano «nace», pero también «se hace». Pero hay mucha gente que no quiere aceptar la primera parte: nacemos. Ellos y muchos otros se identifican más con el mensaje de la comunidad (o lobby) LGBTQ+. Dentro de esa ideología convergen muchas maneras de entender la vida, pero, para no aburrirte, yo creo que se pueden reducir a dos líneas fundamentales de pensamiento.

Una que cuestiona, como dijimos, lo que determina la sexualidad de un ser humano. Para ellos, lo que define al ser humano no es tanto la naturaleza que le es dada al nacer (varón o mujer), sino el cómo la persona se

percibe a sí misma. Y dentro de este planteamiento, para que la persona pueda ser realmente libre, debe rechazar cualquier tipo de «ley natural» ajena a su voluntad, o cualquier cosa que le sea dada sin preguntarle antes. Visto así, el cuerpo no es más que un traje o disfraz que reviste o cubre su esencia (identidad personal), pero que no debería condicionar el cómo una persona se entiende a sí misma. Para estas personas, asignar a la gente una categoría sexual al nacer genera diferentes tipos de discriminación.

La otra línea de pensamiento quiere ver en la familia tradicional (padre + madre + hijos), una institución anticuada de la que debemos liberarnos para reeducar a los niños, y evitar que crezcan con modelos de comportamiento ya superados que oprimen a las personas y no les permite ser ellas mismas. En pocas palabras, para el lobby LGBTQ+ no existe como tal un sexo biológico, sino que los seres humanos nacen a-sexuados. Deberán ellos con el tiempo elegir qué son según cómo se sienten y se perciben a sí mismos.

En tiempos de Jesús también había homosexuales, pero no creo que hubiera tanta polémica al respecto por ser un fenómeno social menos extendido. Tal vez por eso el Señor no habló directamente del tema, pero sí mencionó la idea original con la que Dios formó al ser humano, no solo a «imagen y semejanza suya» (dotado de entendimiento y voluntad), sino que también los hizo «hombre y mujer» (Cfr. Gn 1,27), con dos cuerpos bien diferenciados y totalmente complementarios.

Y la Iglesia como siempre antes que hablar desde la fe, busca hablar desde la razón, la ciencia, la filosofía y el sentido común. Para los católicos, la pregunta con la que todo empieza es: «¿Qué es un ser humano?». Muchos filósofos se han preguntado lo mismo, conscientes de que no somos solamente la forma en la que nos percibimos, sino que comenzamos a vivir con algo que no es dado sin preguntarnos: la existencia en un cuerpo con genitales. Para Platón el hombre era «un alma encerrada en un cuerpo»; para Aristóteles un «animal dotado de razón» y para Plotino «un alma de la cual deriva un cuerpo». Luego llegó santo Tomás de Aquino para presentar al hombre como la unión de «alma y espíritu» y en tiempos más modernos aparecen filósofos que reducen al hombre, como

Hobbes, a un «cuerpo material». La última moda entró en escena con el transhumanismo que viendo al ser humano como fruto de la evolución asegura que puede seguir evolucionando hacia nuevas formas de vida gracias a la tecnología y llegar a una especie de súper hombre más parecido a Robocop, un famoso personaje de televisión de los años noventa. Si te fijas, Santi, el común denominador de todas estas teorías es la aceptación de dos componentes: uno corporal que nos es dado; y otro espiritual que tenemos que desarrollar. ¡Ningún filósofo, católico o no, se atreve a prescindir de la realidad del cuerpo como parte de lo que construye la identidad de una persona!

Para los católicos, el ser humano es sencillamente un «espíritu encarnado», con dos realidades (cuerpo-espíritu) totalmente unidas. En este esquema no existe un cuerpo neutral o indeterminado, sino un cuerpo naturalmente sexuado como varón o mujer que condiciona la experiencia que el ser humano hace de sí mismo y de la vida. ¡Tu cuerpo no es un traje o disfraz que te puedas quitar y poner! Tú y yo sentimos, sufrimos, amamos en un cuerpo. ¡Y vaya que somos diferentes hombres y mujeres!

Pero aquí no termina la historia, Santi, porque también somos, digámoslo así, un proyecto inacabado. Seguramente no te preguntaron qué cuerpo querías tener, pero una cosa es tener cuerpo de varón (tu sexo biológico) y otra muy diferente, es aprender a ser un hombre (identidad sexual), a sentir y amar como hombre, con tu instinto natural de paternidad vinculado a tu estructura cromosómica. Y esto no es fácil. Sin querer hacer un tratado de bioética, se puede hablar de diferentes grados o niveles en la formación de la identidad sexual de una persona: (1) Nivel cromosómico, que es el sistema de determinación de la especie humana y del resto de mamíferos. El gameto femenino siempre aporta un cromosoma X, y el masculino puede aportar un cromosoma X o uno Y, por lo que se dice que el macho aporta el sexo biológico del organismo; (2) Nivel genital, que da los testículos al hombre y los ovarios a las mujeres; (3) Nivel hormonal, que son las sustancias segregadas por células especializadas (gonadotropinas y andrógenos para el hombre y estrógenos y progesterona para la mujer). A veces a este nivel se pueden dar desequilibrios hormonales que más adelante pueden condicionar la personalidad y hacer que se le dificulte más desarrollar su identidad

sexual. Pero no existe un «gen gay» como tal; (4) Nivel morfológico, en el que se dan los rasgos observables de un organismo, su morfología, propiedades bioquímicas y fisiológicas que también afectan al futuro comportamiento. También aquí pueden aparecer miembros del sexo opuesto, si bien la persona estructuralmente sigue siendo hombre o mujer. Es el fenómeno llamado «hermafroditismo»; (5) Nivel psicológico, el más complejo de todos y que empieza a desarrollarse desde que oficialmente vemos la luz del mundo. Aquí se desarrolla la identidad y la percepción psicológica. Los niños comienzan a definir su identidad sexual entre los dieciocho y los veinticuatro meses de edad.

«Bueno padre, y entonces, ¿qué dice la Iglesia realmente de los homosexuales?»

Primero tienes que distinguir entre heterosexual (se sabe hombre o mujer y se siente atraído al sexo opuesto); transexual (no se identifica ni como hombre ni como mujer); bisexual (se sabe hombre o mujer, pero es atraído por ambos sexos); hermafrodita (su cuerpo posee miembros del sexo opuesto), y finalmente está el homosexual (se sabe hombre o mujer y se siente atraído hacia el mismo sexo). Segundo, la Iglesia defiende la belleza y dignidad de cada persona, independientemente de su identidad sexual, y afirma que todos estamos llamados a una vida santa y al cielo (CIC 2359). Tercero, reconoce que el origen psíquico de la atracción al mismo sexo no está del todo claro (CIC 2357), y me consta porque me ha tocado conocer a mucha gente de tu edad, chicos y chicas alegres y llenos de vida, deportistas, creyentes que han crecido en ambientes muy sanos y que, sin embargo, sienten una fuerte atracción al mismo sexo. Y cuarto (aquí está la parte controversial), aclara que las relaciones sexuales entre homosexuales no son equiparables a la relación sexual entre un hombre y una mujer sencillamente porque imposibilita la natural apertura al don de la vida (CIC 2357).

«Bueno padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

En primer lugar, recuerda que nunca debes juzgar a nadie y entender que cada ser humano es un mundo. Piensa también que no es lo mismo ser homosexual que ser gay. ¿A qué me refiero? Tengo amigos y conozco

jóvenes homosexuales que tienen una vida hermosa, viven su fe y sus convicciones personales con muchísima coherencia y hasta participan en la vida de la Iglesia con total normalidad. Pero el gay, por más que sea buena persona, tiene una visión del mundo y un estilo de la vida muy diferente. Y segundo, cuando te pidan tu opinión sobre estos temas, puedes decir sencillamente que el hombre nace (sexo biológico), pero también se hace (identidad sexual). Piensa que hay naturalmente cosas vinculadas a la masculinidad, como el instinto de paternidad, protección, seguridad; y otras relacionadas con la feminidad, como la maternidad, el cariño y el afecto. En esa complementariedad está la belleza.



¿Ahora cómo responderías tú a estas preguntas?

1. ¿El ser humano nace o se hace, existe un «gen gay»?
2. ¿Por qué la Iglesia discrimina a los homosexuales y nos les deja casarse o tener hijos?
3. Si somos libres, ¿por qué no podemos elegir lo que queremos ser?
4. ¿Estamos determinados por algún tipo de ley natural o la forma en que nos entendemos puede cambiar con el tiempo o la historia?
5. ¿Acaso no tenemos derecho a ser felices y a experimentar el amor cada quien a su manera?
6. ¿Por qué la Iglesia genera en las personas que piensan diferentes sentimientos de culpabilidad?

El ser humano es como un proyecto inacabado: nace (con un sexo biológico), pero también se hace (construyendo su identidad sexual).

CAPÍTULO 14: ANTICONCEPCIÓN

¿Algún problema con los métodos anticonceptivos?

«Padre, algún día me gustaría casarme, pero me preocupa la posibilidad de tener problemas para tener hijos. En esos casos, ¿qué piensa la Iglesia de la fecundación in vitro y otras técnicas de reproducción asistida? ¿Qué pasa cuando se usan esas técnicas y se congelan embriones? ¿Son personas? ¿Se puede decidir cuándo dejar de tener hijos usando el condón o tomando pastillas para no embarazar a tu esposa?»

CAPÍTULO 14: ANTICONCEPCIÓN

¿Algún problema con los métodos anticonceptivos?

Santi, me encanta que saques este tema. Se trata de algo más técnico y relacionado con una ciencia llamada «bioética», pero está bien de repente sacar temas algo más relacionados con la medicina y cosas así. Ahora con la edad que tienes a lo mejor no te interesa tanto, pero si algún día te quieres casar por la Iglesia, el sacerdote te preguntará en la entrevista si como pareja están dispuestos a vivir la «paternidad responsable», y no te estará preguntando si serás responsable como padre, sino acerca de lo que vamos a hablar aquí. O, como dices, te asusta la posibilidad de no poder tener hijos y te preguntas, ¿qué puedo hacer? ¿Está bien cualquier método con tal de tener un hijo?

La verdad es que los límites de la tecnología y de la medicina parecen ser infinitos y yo también me pregunto: ¿Dónde está el límite de lo moral cuando estamos lidiando con seres humanos? ¿Un fin bueno siempre justifica los medios? ¿Qué es razonable? ¿Quién pone límites de la medicina, solo la fe, o hay razones médicas y antropológicas también? ¿Dónde cruzamos una línea en la que jugamos a ser mini-dioses? ¿En qué momento se deja de ver al hijo como un regalo y pasamos a verlo como un derecho, o incluso como un producto de laboratorio moldeable según nuestros deseos personales?

Digamos que fuera del ámbito católico, las preguntas que aquí nos hacemos no representan un problema porque, al fin y al cabo, el hombre es el dueño absoluto del conocimiento y también de las posibilidades que le abre el progreso científico. Para grandes sectores de la sociedad no hay verdad moral y todo depende de la conciencia de cada uno y esto aplica también al ámbito de las técnicas de reproducción asistida, la investigación con embriones, el uso de métodos anticonceptivos y todo lo demás. Solo las creencias o convicciones personales de cada quien pondrían un límite. Es un tema mucho más complicado de lo que parece, cuando, además, el fin último de lo que se busca es tan evidentemente bueno: ¡Tener un hijo o no tener más hijos porque sería irresponsable hacerlo!

Jesús no tuvo que lidiar en su tiempo con problemas de bioética. Por lo que respecta a las técnicas de reproducción asistida, los niños nacían o no nacían y punto. Me imagino que, si existían métodos anticonceptivos, tal vez más "artesanales" que la gente usaba para no quedarse embarazada, especialmente las prostitutas, pero no eran tan frecuentes como las píldoras o pastillas que hoy te venden como si fueran caramelos. Por eso, en este campo, como en tantos otros, el Señor dijo: «Cuando venga el Espíritu Santo os recordará todo lo que os he enseñado y os irá llevando hasta la verdad plena» (Jn 14,26), sabiendo que la Iglesia se vería siempre afrontando nuevos dilemas éticos a lo largo de la historia, como lo fue lidiar con las cruzadas en el s. X, con la inquisición en el s. XVI, y con la pornografía en el s. XXI. Y es aquí donde echamos mano de las enseñanzas de la Iglesia y nos preguntamos: «¿Qué diría Jesús sobre estos temas si viviera hoy?» Para la Iglesia, un ser humano es un ser humano desde la concepción hasta la muerte natural, da igual el grado de desarrollo que tenga. Y esa pulguita es vista como persona a título pleno, con la misma dignidad y los mismos derechos, esté dentro o fuera de la madre, en el día primero de gestación o a las siete semanas. Esto arroja mucha luz sobre lo que se puede o no se puede hacer de cara tanto a la forma en la que un ser humano viene al mundo, como el trato que se le da durante su proceso de gestación.

Hablando de planificación familiar, obviamente toda pareja tiene el derecho y la responsabilidad de decidir cuántos hijos quiere tener y cuándo. Pero Dios nos invita a recurrir a métodos naturales y no artificiales (preservativos, píldoras anticonceptivas, pastillas abortivas, etc.), porque esas técnicas desvirtúan el significado pleno del acto sexual que implica una entrega mutua, total, transparente, generosa, y por ello abierta a la posibilidad de dar vida. Pero Dios ama tanto el sexo que también bendice ese momento de intimidad cuando los esposos lo viven en los días en que la mujer no ovula. Por este motivo, el hombre siempre es fértil y a la mujer no. Dios no pensó en el sexo solamente para tener hijos. También para fortalecer la unión y la alegría de una pareja de esposos.

Por lo que respecta a las técnicas de reproducción asistida, es decir, aquellas técnicas mediante las cuales se trata de aproximar de forma

artificial el óvulo y el espermatozoide, la Iglesia piensa que no puede ser lo mismo ni hace justicia a la dignidad de un ser humano venir al mundo habiendo sido fecundado dentro del amor que conlleva un acto sexual, al ser fecundado dentro de un recipiente como producto de laboratorio. Aunque el resultado es el mismo, la manera es diferente y conlleva otro tipo de problemática. Durante el proceso in vitro se suelen fecundar varios óvulos de manera controlada, estos se mantienen en cultivo en un laboratorio entre dos y cinco días y luego son transferidos a la cavidad uterina, pero no todos, porque algunos se congelan, otros se desechan, otros se venden y otros se ponen para anidar en úteros que no corresponde a la madre biológica. ¡Y se supone que son ya seres humanos! Santi, para que sepas, este tipo de técnicas han hecho posible que hoy por hoy una pareja de lesbianas pueda buscar en Internet un donante de esperma que esté guapo, para luego tomar ese líquido seminal y fecundar un óvulo (el de alguna de las dos) in vitro, para luego introducir el embrión en un útero de alquiler de una tercera mujer que lidie con el embarazo... Este tipo de desastres es el que quiere evitar la moral católica porque ya hay gente preguntando quién es su padre y con derecho a saberlo, pero resulta imposible. ¿Quién vela por los derechos de los no nacidos?

Y hablando de investigación con embriones, ya que para los católicos no son un simple cúmulo de células, nunca deben ser usados como material de laboratorio, si bien es razonable permitir a la medicina intervenir en un embrión con fines terapéuticos y a través de técnicas no invasoras. Pero no se trata ahora de darte una cátedra de bioética, sino de compartir contigo los grandes principios que guían la doctrina de la Iglesia. Si lo piensas, no es tan complicado. Sencillamente, aplica a un embrión o niño no nacido lo que aplicarías a un recién nacido y desde ahí pregúntate: «¿Está bien esto? ¿Podría yo congelar a una persona, o darla en alquiler, o ponerla en una situación en la que probablemente va a morir?» Y así con todas las demás preguntas.

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

Santiago, un principio moral básico que puede orientar tus conversaciones es el de que «el fin nunca justifica los medios». El ser humano es un

fin en sí mismo y nunca puede ser tratado como medio, como producto de laboratorio, como material de investigación o como derecho absoluto de los padres. Un hijo es y será siempre un regalo. Por otra parte, hay cosas que siempre están mal en sí mismas, aunque no sea fácil verlo o entenderlo a primera vista, como las técnicas in vitro. Por eso para explicar el porqué de las cosas, ayuda hablar de las consecuencias (vientres de alquiler, embriones congelados, bancos de esperma, adopción por parejas de hecho o unión libre, etc.). Una vez más, la Iglesia no se dedica a permitir o prohibir cosas según su capricho, sino a defender la vida humana y todo lo que corresponde a su dignidad desde que nace hasta que muere de manera natural.



¿Cómo responderías tu a estas preguntas?

1. En caso de no poder tener hijos naturalmente, ¿la Iglesia aprueba la fecundación in vitro u otras técnicas de reproducción asistida?
2. ¿Se puede usar el condón para no embarazar a tu esposa?
3. ¿Los embriones congelados son personas? ¿Se pueden usar embriones congelados para investigación?

El sexo es totalidad, es confiar todo a tu pareja. No guardes en el bolsillo tu apertura a la vida para que esa totalidad lo sea de verdad.

CAPÍTULO 15: MUJERES

¿Dios es mujer?

«Padre, con todo este tema del feminismo, me he preguntado, por ejemplo, si Dios es mujer o si Jesús hubiera sido feminista. ¿Está bien como católico apoyar el movimiento feminista? ¿Cómo ve la Iglesia realmente a las mujeres? ¿Por qué las mujeres no pueden ser sacerdotes?»

CAPÍTULO 15: MUJERES

¿Dios es mujer?

¡Santi, es un tema de muchísima actualidad! Gracias por sacarlo. ¡Menos mal que la sociedad y también la Iglesia están tomando conciencia de la necesidad de dar a las mujeres el justo reconocimiento y protagonismo que merecen en la sociedad! Lo que sí me da un poco de pena es ver junto a este movimiento social también una especie de campaña por desacreditar la belleza de la auténtica feminidad. Porque, Santi, existe un feminismo sano que reivindica sus derechos y capacidades en todos los ámbitos, que lucha por alcanzar la inclusión de mujeres y hombres en relaciones basadas en la equidad e igualdad de oportunidades, pero también existe un feminismo no-sano vinculado a la liberación sexual de la mujer que desprecia su vocación natural a ser mamá y formar una familia. Y añádele la forma en la que la pornografía ha venido a normalizar cada vez más a la mujer como producto de consumo. Santi, si lo piensas, el papel de la mujer y su identidad es tan defendido y también tan atacado porque las mujeres son el fundamento y el cimiento de la sociedad. ¡Son todo!

A la Iglesia la critican mucho de ser machista. Pocos saben que, de hecho, la primera ola de feminismo organizado comenzó en el s. XVII gracias a un sacerdote católico, Poullain de la Barre (1673) y su libro «Sobre la igualdad de los sexos». Luego seguiría en la Inglaterra del s. XIX, reivindicando el derecho a decidir con quién casarse, a tener una propiedad, derecho al voto y a la educación, y ¡qué bien! El problema fue cuando, ya en el s. XX, aparece un nuevo feminismo convencido de que la primera cosa de la que hay que liberarse es de la familia, por ser esta la primera forma de esclavitud para las mujeres. Para este nuevo feminismo, el matrimonio y la monogamia no son naturales, sino una creación de ciertos sectores machistas y capitalistas, que conciben a la mujer como objeto de producción. Este feminismo mal entendido quiere destruir todo lo que comúnmente asociamos a la figura de la mujer como esposa y como madre, porque es una construcción social que fomenta el patriarcado opresor. Para ellos, la mujer moderna debe ejercer su derecho natural a la libertad sexual y reproductiva, y desde luego debe

buscar el éxito profesional para independizarse definitivamente del hombre que la oprime y la utiliza. Un hombre, por cierto, representado en medios de comunicación y redes sociales como holgazán, machista y abusivo.

La gente no se lo imagina, pero Jesús fue bastante revolucionario en lo que respecta al trato con la mujer. Piensa que hace dos mil años, el ambiente en el que creció Jesús era muy machista. Era una cultura que consideraba a la mujer como un ser de segunda categoría, más débil que el hombre y con menor capacidad intelectual, razón por la cual, entre otras cosas, les estaba prohibido el estudio de la ley. Un rabino judío de la época llegó a decir: «Mejor quemar las palabras de la Torá que confiarlas a una mujer». En el judaísmo tardío las mujeres no se consideraban plenamente maduras y el puesto de la mujer en la casa no era con el marido, sino al lado de los hijos y de los esclavos. Pero Jesús llegó a romper esos moldes y construcciones sociales más con su estilo de ser y de tratarlas que con sus palabras. Por lo pronto varios de sus seguidores dentro del círculo más íntimo de confianza eran mujeres y fue particular la relación de amistad que tuvo con María Magdalena, de la que expulsó nada más y nada menos que siete demonios, siendo también ella la primera en verlo resucitado de entre los muertos. Pero hay varios episodios que llaman la atención, como cuando Jesús deja que una prostituta le toque, le bese y le lave los pies con sus lágrimas (Cfr. Lc 7,44), y la pone como modelo ante los comensales; o cuando deja entrever que descansa y disfruta estando con Marta y María, sus amigas de confianza (Cfr. Lc 10,42); o cuándo se queda hablando a solas con una mujer junto a un pozo (Cfr. Jn 4,7), algo que en aquella época sencillamente era impensable.

«Bueno, padre, eso fue Jesús, pero ¿y la Iglesia qué?»

Santi, el punto de partida sobre el que se apoya cómo la Iglesia ve realmente a la mujer, está al origen de la creación, cuando dijo Dios: «Hagamos al ser humano a imagen y semejanza nuestra; y los creó hombre y mujer» (Gn 1,26), iguales en dignidad, belleza y perfección. Aunque no se percibe así, la Iglesia, más especialmente en estos últimos años, siempre ha apostado por un auténtico feminismo cristiano. Hace

ya muchos años san Juan Pablo II en un documento llamado *Mulieris dignitatem* recordaba al mundo los pasajes de la Biblia en los que Dios se dio a conocer con sentimientos de una madre que consuela a su propio hijo (Is 66,13); incapaz de olvidarlo (Is 49,14-15); al que abraza cariñosamente (Sal 131,2-3), lo cuida y lo nutre (Is 31,20).

Por si fuera poco, la Iglesia habla de sí misma como esposa y compara más su misión en el mundo con la mujer que con el hombre, sobre todo por su vocación natural a dar y comunicar vida. Tampoco tiene miedo de poner como ejemplo a mujeres católicas que han sido auténticas revolucionarias en diferentes áreas dentro de la época que les tocó vivir, como Hildegarda de Bingen (s. XII), monja y científica; Laura Bassi (s. XVIII), madre de doce hijos y primera catedrática de anatomía y filosofía del mundo; o Flannery O'Connor (s. XX), considerada una de las mejores escritoras de su tiempo. En fin, la lista es interminable.

«Pero, padre, ¿entonces por qué las mujeres no pueden ser sacerdotes?»

Sencillamente por el hecho de que, cuando Dios quiso hacerse hombre, se encarnó en el cuerpo de un varón. Podría perfectamente haberlo hecho en una mujer, pero digamos que tuvo que elegir. Si Jesús hubiera sido mujer, probablemente habría sacerdotisas, porque los sacerdotes no son más que la prolongación en el tiempo de lo que Jesús fue en la tierra. Ser sacerdote no es un privilegio, sino un servicio que obedece a los deseos de Jesús. Y aprovechando que estamos hablando de mujeres, Santiago, no quería dejar de invitarte a mirar a María. Te confieso que a mí como hombre me hace bien mirarla y dejarme cautivar por la belleza de cómo es y de todo lo que representa. Si te quedas mirándola un rato te enamoras, no solo de ella, sino de lo que la mujer representa. ¡Te enamoras de la feminidad! Los hombres necesitamos la dulzura y el cariño de la mujer, pero también su aguante, su fortaleza, su capacidad de sacrificio y, en fin, todo lo que ella representa. Creo que todos los hombres somos un poco como bebés con cuerpos de adultos y siempre andamos buscando ese abrazo, ese beso, esa sonrisa que todo lo perdona, todo lo disculpa, y que también te da una bofetada y te pone en tu lugar cuando hace falta. ¡Santi, sin las mujeres no somos nada! Ellas sacan lo mejor de nosotros y también buscan en nosotros esa

masculinidad que las hace sentirse seguras, protegidas, respetadas. Por eso también es importante que tú y tus amigos seáis verdaderos hombres en el pleno sentido de la palabra.

«Bueno padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

Santi, en primer lugar, recuerda que Dios es mujer, o sea, todo lo que de feminidad hay en una mujer, existe primero en Dios. Si no fuera así, no habría creado al ser-humano-mujer a su «imagen y semejanza». Dios es padre y madre, hombre y mujer, y decidió repartir su capacidad de amarnos en dos seres diferentes y complementarios. En segundo lugar, hay que ser feministas, como lo fue Jesús, que vino precisamente a rescatar la belleza y dignidad de la mujer. ¡Jesús fue feminista! Sólo que promotor de un feminismo auténtico, ese que ve en la vocación natural a la maternidad y esponsalidad un camino de plenitud y realización total. Aprende a ver la belleza de la mujer en su totalidad y déjate cautivar por su belleza.



¿Cómo responderías tú a estas preguntas?

1. ¿Dios también es mujer?
2. ¿Jesús hubiera sido feminista?
3. ¿Por qué las mujeres no pueden ser sacerdotes?
4. ¿Está bien como católico apoyar el movimiento feminista?

¡Dios es mujer! Todo lo que es propio de la feminidad (cariño, afecto, maternidad, ternura), existe primero en Dios y luego en la belleza de su creatura.

CAPÍTULO 16: PORNO

«Sencillamente, no lo puedo dejar».

«Padre, entiendo que no es lo mejor, pero no lo puedo dejar. Por otra parte, ¿también es normal, no? ¿Qué daño me puede hacer? ¿Mientras no sea una adicción, está bien? ¿Cómo sé cuando un vicio pasa a ser una adicción? ¿Cómo me afectan las adicciones?»

CAPÍTULO 16: PORNO
«Sencillamente, no lo puedo dejar».

Santiago, tío, ¡gracias! Es una de esas conversaciones incómodas que mucha gente no quiere tener, aunque sabe que lo necesita. Es como el «elefante blanco» en el salón, que todo el mundo ve, pero que nadie quiere evidenciar. Hablar de pornografía es hablar de una nueva pandemia que se propaga sin remedio y no somos conscientes del daño que está haciendo. El punto aquí es entender que para empezar, es importante saber hablarlo y tratarlo con naturalidad, porque si eres un joven normal te habrás preguntado: ¿Por qué tiene tanta fuerza en mí y me cuesta tanto dejarlo, aunque sé que no me ayuda?

La vida nos presenta siempre un abanico de cosas que nos pueden lastimar y siempre se habla de los vicios un poco más vistosos, como las drogas, el alcohol, las apuestas, etc. Pero también están esos otros vicios menos vistosos o llamativos que no dejan de ser un cáncer, como el rencor, la avaricia o la envidia. Un vicio en general es un mal hábito que tiene consecuencias negativas a nivel emocional primero y fisiológico después. Parte del anhelo profundo de felicidad que todos tenemos, pero acaba por convertir un placer legítimo (comida, alcohol, impulso sexual), en algo destructivo que acaba por controlarnos. Y, Santi, ¡no hay peor esclavitud que la del corazón!

El consumo de pornografía está relacionado con esos dos tipos de vicios: los que se ven y los que no se ven. Porque, si bien es algo que se suele hacer con total privacidad, los síntomas acaban siendo visibles y te persiguen a todas partes. El consumo de pornografía está relacionado no solo con el impulso sexual y la búsqueda de placer, sino también con el deseo de intimidad y de conexión que hay en el corazón de cada persona, sea hombre o mujer. Por eso incluso dicen que mucha gente al ver videos pornográficos se fija no tanto en las partes genitales sino el rostro de los actores, por esa búsqueda de conexión.

El porno además es poderoso porque, como cualquier otro vicio, ofrece una escapada fácil y rápida de tus problemas. En ese sentido, se parece

mucho a los efectos liberadores, pero momentáneos, de un churro de marihuana o un chocohongo. Solamente que este vicio resulta doblemente pegajoso porque, a diferencia del churro de marihuana o de los chocohongos, no tienes que ir a comprarlos. El «producto» lo traes siempre contigo (en tu teléfono), es gratis y por si fuera poco, gozas de total y absoluta privacidad. Y por eso se transforma con facilidad en una forma de adicción, es decir, un hábito que, si bien sabes que te lastima, al mismo tiempo te domina, te puede y te tiraniza. Llegas a decir: «¡Lo necesito. Sin esto no puedo vivir!». Y créeme si te digo que no es un tema de adolescentes. Permea todas las etapas de la vida, incluso en gente que está casada.

Ante esta realidad mucha gente opta por el *carpe diem*, ¡disfruta la vida! Y dicen: «¿Por qué generar problemas de conciencia ante cosas tan naturales como la masturbación o el consumo de pornografía? Es algo natural y sano». Luego están los que, honestamente, intuyen que no es lo mejor, pero se han resignado a decir: «Es parte de la vida y hay que vivirlo con normalidad, sin darle demasiada importancia», y lo hacen parte de su rutina, junto con ir al gimnasio o comer tres veces al día. No faltan los «médicos» que afirman que, junto con la masturbación, sería algo necesario en el hombre tanto fisiológica como psicológicamente. Y, por último, los que aceptan que no les hace bien, pero ante tantos fracasos en el intento de dejarlo, tiran la toalla y se conforman con ir tirando más o menos con el tema. Santi, el problema común a todo esto es que, como dice el sabio, «el que no vive como piensa, acaba pensando como vive». Es decir, que mucha gente que empieza por reconocer que no es bueno, acaba por convencerse a sí misma de que no está tan mal, y termina por afirmar que es necesario.

En tiempos de Jesús no había pornografía como tal, pero siempre han existido en el hombre maneras desordenadas de entender y vivir su impulso sexual y Jesús tocó el tema en un par de ocasiones. Una para prevenir contra el pecado de adulterio, no solo de obra sino de pensamiento: «Habrán oído que se dijo no cometerás adulterio (relaciones sexuales con una mujer casada), pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer codiciándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón» (Mt 5,27). En otra parte, hablando de la necesidad de

custodiar la vista, siendo esta una ventana por la que dejamos entrar en la cabeza tantas cosas, dijo: «El ojo es la lámpara de tu cuerpo; si tu ojo está sano, tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Y si la luz que había en ti se convirtió en tinieblas, ¡cuánta oscuridad habrá!» (Lc 11,33). Y por ello insiste más adelante: «¡Si tu ojo te hace pecar, sácatelo!» (Mt 18,9). Jesús no se anda con rodeos.

Desde el punto de vista neurológico, la pornografía tiene consecuencias que ayuda saber entender. Por lo pronto no tratándose de una adicción química (marihuana, tabaco, cocaína, alcohol, etc.), sino conductual (como puede ser la adicción a redes sociales, ludopatía o gasto compulsivo), te lastima de diferentes modos con efectos: primero, psicológicos, afectando la voluntad (que se siente esclavizada) y la autoestima (que se siente fracasada). Segundo, neurológicos, debido a que los actos repetitivos dejan alteraciones cerebrales en los tejidos que pueden incluso afectar las funciones cognitivas. Tercero, emocionales, porque genera actitudes de aislamiento, inseguridad personal y tristeza. Y cuarto, espirituales, porque provoca sentimientos de culpabilidad y lleva a la persona a sentirse sucia e indigna del amor de Dios. Y claro, todo esto no puede pasar desapercibido, porque hacia fuera puede debilitar la relación con tus amigos, haciéndote algo manipulador, insincero, egoísta, menos capaz para sacrificarte por los demás. De cara a tu futuro matrimonio, te crea expectativas falsas y fantasiosas de la vida sexual con tu esposa y te puede llevar a comparaciones destructivas entre lo que estás viviendo con ella y la cantidad de imágenes que traes en la cabeza. Santi, conozco personas tan dañadas que después de tener sexo con su esposa sienten la necesidad de masturbarse viendo pornografía. Hasta tu relación con Dios sale perdiendo porque el porno te nubla la vista y hace que veas las cosas hermosas de la vida de manera desenfocada o distorsionada. El consumo de pornografía prostituye a las personas (tanto las que actúan como las que consumen esos contenidos) y corrompe la belleza de la sexualidad humana. Por eso san Juan Pablo II decía que la pornografía enseñaba «demasiado poco», porque deja de lado el universo de la persona en su totalidad y expone solamente una superficie.

Santiago, hazme caso, me ha tocado ver demasiadas relaciones, vidas y matrimonios destrozados. ¡No seas tonto! Una cosa es tropezar y otra muy diferente hacer las paces con una forma de adicción que te esclaviza y te roba la alegría de vivir. Este tema está dañando mucho a la sociedad en general, tu no seas uno más del montón.

«Bueno, padre, y ¿qué puedo hacer?»

En primer lugar, Santiago, es importante darle a este tema un enfoque positivo. No se trata de reprimir instintos, sino de saber encauzar esa necesidad profunda de conexión con alguien en otra dirección. El impulso sexual es bueno y también lo es la atracción por la desnudez del sexo opuesto. Son cosas buenas y santas que Dios quiso como parte estructural de los seres humanos. Piensa que, cuando dejas de ver pornografía y masturbarte, eres capaz de ver a las mujeres de manera diferente y no como hamburguesas u objetos de placer y esto te hace sentir mejor, más libre. Además, dominar tus impulsos y controlar lo que ves, te ayuda a ser más disciplinado en otras áreas de tu vida como el deporte, el ejercicio, el estudio o la capacidad de enfoque; te permite usar tu tiempo y energías en cosas que te nutran de verdad como buenas lecturas, podcasts, etc; aumenta tu autoestima (al no sentirte esclavo de nada) y te abre a relaciones más profundas y desinteresadas con tus amigos, familiares y gente que te necesita a tu alrededor.

Y en segundo lugar ayúdate a ti mismo. Un adicto al alcohol inteligente que quiere dejar la adicción, no duerme con una botella de whiskey en su habitación. Entiendo que hoy todos llevamos el celular encima, pero llena tu tiempo de manera inteligente, haz ejercicio o no lo tengas cerca de ti cuando te sabes más vulnerable. La disciplina en la vida no lo es todo, pero sin ella no se consigue nada que valga la pena. Te recomiendo también buscar a alguien con quien puedas hablarlo con sencillez y naturalidad, un amigo que te pueda orientar y acompañar, ya sea un compañero de clase, o mentor, un sacerdote, un psicólogo o lo que sea. Pero hablar y verbalizar las cosas ayudan a enfrentarlas mejor. Y por último, recuerda que como católico tienes el apoyo de la confesión y la eucaristía. Que nunca te dé vergüenza hablarlo en la confesión, porque Dios perdona siempre y perdona todo. Será siempre un momento

profundamente liberador. No seas de los que dicen: «¿Para qué me confieso si voy a volver a caer?». Nadie vive pensando: «¿Para qué pido una disculpa hoy si probablemente nos volvamos a enfadar?» La vida se vive en el presente, ¡un día a la vez!



¿Cómo responderías a un amigo que te hace estas preguntas?

1. ¿Qué daño me puede hacer el porno o por qué está mal?
2. ¿Por qué dicen que es un vicio?
3. ¿Cómo puedo combatir los vicios en general?

«El problema del porno es que enseña demasiado poco» (San Juan Pablo II), porque reduce al ser humano a una hamburguesa, un producto de consumo que da satisfacción y luego se desecha.

CAPÍTULO 17: FELICIDAD

¿Cómo saber si eres feliz?

«Padre, para ti, ¿qué es la felicidad? ¿Cómo saber si eres feliz? ¿Existe como un termómetro de la felicidad? ¿Por qué dicen que la felicidad es una decisión? ¿Qué puedes hacer para tomar las mejores decisiones posibles?»

CAPÍTULO 17: FELICIDAD

¿Cómo saber si eres feliz?

Santi, es una de las preguntas más difíciles que alguien te puede hacer: «¿Eres feliz?». Es increíble la cantidad de gente frustrada que pierde años de su vida en búsqueda de una felicidad inalcanzable, incluso dentro de la religión hay personas que relacionan la cercanía a Dios con un sentimiento de gozo y felicidad perpetuas, cuando desde mi punto de vista la felicidad tiene poco o nada que ver con el sentimiento. En el sentido de que los sentimientos son parte de la vida, pero si el termómetro de la felicidad se rige por lo que sentimos, creo que la mayor parte de nosotros saldríamos perdiendo en términos generales.

Obviamente, hay tantos caminos para ser felices (y para llegar al cielo), como los hay personas. El punto de esta conversación está en ver si es posible encontrar un camino, algún tipo de receta que te permita ser y saberte feliz más a menudo en lugar de conformarte con momentos o chispazos de felicidad. Por lo pronto me gustaría decirte dos cosas, Santi: la felicidad no es un sentimiento, sino más bien un estado, una certeza y tiene más que ver con la cabeza que con el corazón. Uno es feliz cuando se sabe feliz, no cuando se siente feliz, que es muy diferente. ¿Cómo eres o te sabes feliz? Cuando te vas a la cama en la noche, pudiendo decir con total honestidad: «Estoy cansado, pero este día valió la pena e hice lo posible por hacer bien las cosas». Si lo piensas, esto tiene poco que ver con los sentimientos. Es ante todo un tipo de certeza, una cierta satisfacción personal.

Muchas personas vinculan la felicidad a ciertas seguridades personales o económicas, a la estima o reputación de los demás o a mil tipos de placeres. El problema con todo esto es que es hasta cierto punto es muy variable y hay demasiadas circunstancias que pueden escapar a tu control: puedes perder la salud; puedes perder tu dinero; pueden desacreditar tu imagen o te pueden lastimar, etc. No puedes hacer depender tu felicidad de lo que no puedes controlar y los sentimientos son parte de ello, porque son como el viento: imprevisibles, sorpresivos, caprichosos, subordinados a mil circunstancias. La única cosa que sí

puedes controlar son tus decisiones. Por eso es importante aprender a elegir bien, sabiamente.

Jesús no habló directamente de la importancia de tomar buenas decisiones, pero sí presentó dos modelos de hombre: uno torpe e imprudente y otro sensato e inteligente. Comparó la vida con una gran casa que se debe construir sobre cimientos sólidos, no vaya a ser que las tempestades de la vida la destruyan y sea «grande su ruina» (Cfr. Mt 7,27). Para los católicos, el arte de convertirse en un hombre sensato incluye el arte de tomar buenas decisiones y a esto se le llama «discernimiento». Se trata de un ejercicio mental para entender, a la luz de varios elementos, cuál es la mejor decisión. Solamente recuerda que no existen decisiones perfectas o imperfectas (todos podemos equivocarnos), sino decisiones responsables o irresponsables. Nadie, ni siquiera Dios te va a reprochar el haberte equivocado. ¡Todos nos equivocamos! Pero, cualquier persona, incluido Dios te preguntará: «¿Hiciste cuánto estuvo en tu mano para tomar la mejor decisión, la más razonable, la más responsable?» Así es que te voy a dar alguna pista para que vivas tomando las decisiones más responsables posibles, Santi.

En primer lugar, elige un día a la vez. No vivas con remordimiento por el pasado o con temor por el futuro. Vive el hoy. Sé feliz hoy. Vive el presente. Dios está en el presente y un hombre sensato vive haciendo y cumpliendo propósitos un día a la vez; animarte a perdonar hoy; no procrastinar hoy, etc.

Segundo, no vivas renunciando, sino eligiendo. Nadie puede ser feliz diciendo «no». La vida es para vivirla diciendo «sí». Por ejemplo, cuando te casas o estudias una carrera, no dices: «Estoy renunciando a cinco millones de mujeres» o «estoy renunciando a ser médico, arquitecto, ingeniero», sino que dices: «Estoy eligiendo a esta mujer y quiero ser abogado». Vive poniendo atención a lo que estás eligiendo, no a lo que estás renunciando. Especialmente cuando se trata de elegir virtudes y renunciar a vicios, no renuncies, por ejemplo, al porno, al alcohol o a cualquier otra forma de adicción; más bien elige ser interiormente libre de cualquier forma de esclavitud.

Tercero, no te conformes con elegir solamente entre lo malo y lo bueno, sino entre lo bueno y lo mejor (como cuando hablamos del sexo antes del matrimonio, por ejemplo). Está mejor vivir ese momento de intimidad con la madre de tus hijos.

Y cuarto, no te compares con la gente que está peor que tú. La gente mediocre se compara con los que están peor. La gente que aspira a grandes cosas se compara siempre con los que están mejor para seguir creciendo. El discernimiento auténtico no se hace entre algo malo y algo bueno (eso debería ser evidente), sino entre dos cosas buenas para elegir lo mejor.

«Vale, padre, pero entonces, ¿qué hago? ¿Por dónde empiezo?»

Santiago, el primer punto de referencia, la mejor brújula para empezar a caminar será siempre el corazón. El corazón suele ser muy noble, un gran aliado. Decía el filósofo francés Blaise Pascal que «el corazón tiene razones que la razón desconoce». Siempre y cuando tengas la valentía de ser honesto contigo mismo, el corazón te hará sentir casi instintivamente por dónde debes caminar. Algo parecido a lo que puede suceder cuando espontáneamente te ilusionas o te pones de buen humor proyectándote en algún lugar, o con alguna persona, etc., aún a pesar de que esa decisión pueda resultar impopular o implique incompreensión y rechazo. Camina en esa dirección y no seas un esclavo más del «qué dirán».

Ahora bien, no basta el corazón. Es necesario pedir y saber escuchar un buen consejo. Pero no preguntes a alguien que está en tu misma situación o edad. Pregunta a gente mayor que haya estado donde tú estás, porque la vida, Santi, te da perspectiva y es muy cierto aquello de que «más sabe el diablo por viejo que por diablo». Déjate aconsejar y escucha a la gente que sabes que te quiere, aunque te pueda doler. Esto puede servir especialmente a la hora de elegir a tu futura esposa. Y junto con esta escucha, dedica también algo de tiempo a informarte bien, leer, estudiar, darte la oportunidad de sopesar las cosas. ¡No seas impaciente! Y no dejes de preguntar al Espíritu Santo que, por cierto, no es un pájaro. Es una persona, un individuo cuya única tarea es susurrarte al

oído lo que Dios quiere para ti en vistas a que encuentres tu propósito en esta vida y llegues al cielo.

«Padre, ahora que habló del Espíritu Santo, ¿cómo sabes cuándo algo viene de Dios y no es una autosugestión o una idea propia?»

Pues mira, es más sencillo de lo que parece, por más que nos encante complicarnos la vida. Cuidado aquí porque hay mucha gente que identifica la voz de Dios con todo lo que le hace sentir paz, pero ¿a qué paz se refieren? Porque el mismo Jesús nos quiso dar una paz diferente a la que da el mundo (Cfr. Jn 14,27). La paz que viene de Dios suele incomodar, suele ser molesta. Es una paz que no te deja tranquilo, sino que más bien te dice: «¡Levántate y camina! Ponte en marcha porque tienes una sola vida y hay que hacer que valga la pena». Es una voz que quiere desperezarnos, que invita a adentrarnos muchas veces en zonas de riesgo, en el mar adentro, lejos de la seguridad de la orilla o la comodidad del sofá. Cuando algo viene de Dios, siempre lleva a la acción, al amor, al servicio, a la confianza y la búsqueda de su voluntad y no la nuestra, Santiago.

«¿Bueno, padre, y para elegir pareja? ¿Alguna receta mágica?»

Estaba esperando que me preguntaras eso, porque te quiero mucho y te quiero ver feliz. Debes entender que se trata sencillamente de la decisión más importante de tu vida. Cuando hablamos de sexo y sexualidad te dije que esa mujer, antes que tu esposa o la madre de tus hijos debía ser tu gran amiga y confidente, con la que harás equipo para todo. Si fuera tu padre te diría que te des el tiempo de conocerla bien y aprovechar vuestro tiempo de noviazgo para reflexionar sobre varias cosas: (1) su transparencia y honestidad; (2) su capacidad para asumir compromisos y hacer sacrificios; (3) su capacidad para amarte y respetarte como eres, no como le gustaría que fueras o hacerte sentir mal por ser como eres; (4) su capacidad para perdonar. No es infalible, pero digamos que son buenos puntos a analizar juntos, porque ella deberá hacer lo mismo contigo. En cualquier caso, Santiago, ¡te recomiendo que no la fuerces! Si un traje no te queda, no te queda, por más que te mires al espejo tratando de convencerte de que sí. Tampoco idealices a la persona porque no

va a cambiar. Te enamoras y decides amar a la persona como es hoy, no como algún día te gustaría que fuera; recuerda también que te llevas el combo completo, es decir, la familia política, porque la realidad que vivió en su casa es la que trae dentro de sí. Os ayudará durante el noviazgo establecer juntos algunos «no negociables» tanto como novios como cuando sean esposos. Y desde luego recen juntos. Cuando me ha tocado ver una pareja de novios delante del sagrario, siempre he tenido la corazonada de que eso iba a salir bien.

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?»

Santi, además de lo que te quise compartir hoy, quisiera añadir dos cosas que creo que te pueden servir. Primero, hay una decisión valiente que hay que tomar y renovar con frecuencia y que no es nada fácil: la decisión de querer perdonar. Mira, en la vida siempre habrá gente que, queriendo o sin querer, te puede lastimar. Es parte de lo que no puedes controlar. Lo que sí puedes hacer es perdonar, porque difícilmente serás feliz si vives con rencor. Entrégale al Señor lo que vienes cargando y deja que él haga justicia a su momento, como lo hará con todos. Tú perdona como eres, perdonado siempre, y sé libre.

Segundo, para elegir mejor no seas conformista. Elige lo que más te haga salir de tu zona de confort porque la vida es un partido de noventa minutos y los goles que metas son los que son. Cuando acaba el partido, acaba el tiempo de meter goles y ese resultado no lo cambia ni Dios. ¡Un partido, Santiago! Un partido que determina tu eternidad, porque el grado de gloria en el cielo corresponde al grado de amor y de caridad en la tierra. No desperdicies ninguna oportunidad para hacer el bien.



¿Cómo responderías tú a estas preguntas?

1. ¿Qué es la felicidad?
2. ¿Cómo saber si eres feliz?
3. ¿Existe como un termómetro de la felicidad?
4. ¿Por qué dicen que la felicidad es una decisión?
5. ¿Qué puedes hacer para tomar las mejores decisiones posibles?

*La felicidad consiste en elegir bien.
Pero no existen decisiones
perfectas o imperfectas; existen
solamente decisiones responsables
o irresponsables.*

CAPÍTULO 18: TIEMPO

¿Cuánto tiempo nos queda?

«Padre, si el mundo va a terminar, ¿cuánto tiempo nos queda? ¿Qué va a pasar? ¿Cómo será el fin del mundo? ¿Somos los únicos que creemos en esto? ¿Debería preocuparme? ¿Jesús habló de esto? De hecho, ¿qué es el tiempo?»

CAPÍTULO 18: TIEMPO

¿Cuánto tiempo nos queda?

Santi, la verdad es que hablamos poco de este tema, pero si lo analizas bien, el mayor tesoro que tenemos en la vida es el tiempo. Acabo de decirte que se parece mucho a un partido de fútbol que dura lo que dura y luego, sencillamente, se termina el tiempo de juego. El tiempo es un bien irremplazable (¿a cambio de qué lo puedes canjear?) y limitado (la vida dura lo que dura y no hay forma de regresar o recuperar el tiempo perdido). Nuestros años de vida son limitados y también lo es la vida de este mundo. ¿Recuerdas que hablamos del mundo de los ángeles como la primera temporada de Netflix? Pues la nuestra es la segunda y también tiene un límite. De hecho, toda la historia de la humanidad está como direccionada a ese gran final, ese último capítulo que en lenguaje bíblico es llamado Día de Yahvé, Día del Señor, Gran día o Día del juicio final, y no debería ser un tema morbosos y reservado para católicos fanáticos u oscurantistas. Creo que es parte de nuestra fe (como cuando en su momento hablamos del demonio y los ángeles caídos), y parte también de la identidad y de la predicación de la Iglesia, y debería ser algo de lo que se habla con más naturalidad y con más frecuencia. De hecho, nadie se da cuenta, pero cada vez que vas a misa dices Marana Tha!, es decir: «¡Ven Señor Jesús!», pidiéndole al Señor junto con el resto de la Iglesia que ya venga pronto. Ese final maravilloso es lo que da sentido absolutamente a todo lo que estamos viviendo desde que el mundo fue creado.

Siempre me pareció curioso cómo en los días previos a la Navidad (Adviento), que se supone deberían invitar a contemplar la ternura del portal de Belén, muchas lecturas que aparecen en la misa hacen referencia más bien a este gran acontecimiento que asusta un poco y nos recuerdan la relación tan profunda que tuvo la encarnación y el nacimiento de Jesús con su retorno glorioso. O sea, Jesús vino por primera vez para decirnos que volvería por segunda vez. Y nos dio a entender que toda la historia de la humanidad, desde el Big Bang, está dirigida a este gran acontecimiento cuya fecha y tiempo solo lo conoce Dios Padre (Cfr. Mc 13,32).

«¿Pero, qué es el tiempo, padre?»

Santiago, el tiempo como tal no existe, es un concepto, una realidad psicológica y no es otra cosa que el nombre que le damos al movimiento que percibimos en las cosas que cambian. Y como está vinculado a la materia, el tiempo termina para nosotros cuando morimos porque entramos en una dimensión donde no hay materia. Y donde no hay materia no hay cambio, y donde no hay cambio no hay tiempo. ¡Otra fumada!

«De todas formas llevamos esperando ese supuesto fin del mundo más de dos mil años y al final nunca pasa nada.»

Tienes toda la razón, Santiago. De hecho, muchos se han preguntado lo mismo durante cientos de años y por eso ya desde los orígenes de la Iglesia, San Pedro decía a los que preguntaban lo mismo que tú: «No ignoréis esto: que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no tarda en cumplir su promesa, como dicen algunos, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos puedan arrepentirse. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche, en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas» (2 Pedro 3). La gran mayoría de las personas no piensan en estas cosas, de hecho, ni los católicos. Tal vez porque todos pensamos que probablemente vamos a morir antes de que se termine el mundo. La gente vive en un *carpe diem* continuo, un decir «¡disfruta el momento!», sin importar el mañana, por más que Jesús empezó su predicación diciendo: «El tiempo se ha cumplido; el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1,15). Es como decir: «Con mi venida al mundo comienza el último capítulo de esta temporada de Netflix; el triunfo definitivo del amor de Dios en el mundo está muy cerca; mientras tengáis tiempo, todavía escuchad mis palabras para que podáis ser libres de corazón en este mundo y felices en el que le sigue».

La verdad es que en la Biblia ha sido un tema muy tocado por los antiguos profetas antes de la venida de Jesús. En muchos de ellos

aparecen menciones a este Gran Día y comparten la intuición de una mano providente que orienta la humanidad hacia un gran evento cósmico que pone fin a la historia. Así por ejemplo dicen que sucederá pronto (Ezequiel 30,3); que habrá señales en el cielo (Isaías 13,9); que Dios hará justicia (Jeremías 46,10) y los malos recibirán su castigo (Malaquías 4,1-2); que habrá confusión y temor para los enemigos de Dios (Amós 5,18-20); que supondrá una renovación universal y una fuente de alegría (Joel 3,16-18), y que el amor de Dios inundará de gozo a sus amigos (Miqueas 4,6-7). También mencionan la aparición de un gran signo en el cielo (Zacarías 12,10) y un tiempo de angustia previo (Daniel 12,1-2), que será como una última oportunidad para que la gente cambie de vida (Oseas 3,5). Lo más bonito es que se trata de un mensaje de esperanza, un tiempo en que la Iglesia, aquel «pequeño rebaño» fiel del que hablamos en otro momento será revestido de luz (Miqueas 5,8-9); Dios renovará todas las cosas (Amós 9,11) y el universo entero participará de la manifestación del poder de Dios (Joel 2, 30-31).

Resulta interesante encontrar a Jesús hablando del tema (si bien lo hace en ocasiones entremezclando el fin del mundo con la ruina de Jerusalén), igual que los antiguos profetas, y vinculando ese Gran Día a ciertos fenómenos naturales, dando a entender que toda la creación, o sea, el conjunto del cosmos será parte de este acontecimiento: «Habrán grandes terremotos y plagas y hambres en diversos lugares; y habrá terrores y grandes señales del cielo» (Lc 21,11). También invitó a sus oyentes a vivir cada día con mucha paz, pero sabiendo que ese día llegaría sin previo aviso: «Por eso, también vosotros estad preparados, porque a la hora que menos lo pensáis vendrá el Hijo del Hombre» (Mt 24,43). Habló también de una gran señal en el firmamento que «aparecerá en el cielo» (Mt 24,30), y que muchos relacionan con una gran cruz, porque siendo esta su instrumento de tortura en la tierra sería como el signo de su victoria en el cielo. Jesús, como su Padre, que quiere que todos lleguemos al cielo, habló también de un tiempo para amar y corregir lo que tengamos que cambiar, y dijo que llegaría «una gran tribulación, tal como no ha acontecido desde el principio del mundo hasta ahora, ni acontecerá jamás» (Mt 24,1). Y finalmente nos recuerda que si habrá un juicio universal, además del juicio particular del que ya hablamos, en el que Dios premiará el amor de unos y hará justicia al egoísmo y la dureza

de corazón de otros: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: «Jamás os conocí; apartaos de mí» (Mt 7,22).

Respecto al cuándo, Santi, nadie lo sabe. Jesús no dio ninguna fecha, pero sí hizo una distinción entre el fin «de los tiempos» y el fin «del tiempo», cuando dijo: «No os alarméis, porque es necesario que todo esto suceda; pero todavía no es el fin» (Mt 24,6). Digamos que lo primero se refiere a los años inmediatamente anteriores al fin del mundo y lo segundo, al gran acontecimiento cósmico con el que, de hecho, se termina de una vez por todas la historia y este mundo tal y como lo conocemos desaparece para siempre, porque «el primer mundo ha pasado y el mar ya no existe» (Ap 21,1).

Los católicos creemos que estamos efectivamente en estos «últimos tiempos», pero no tiene sentido decir que están pasando cosas que nos hablen de un fin ya inminente. Hay gente alarmista que dice: «¡Pero mira lo que está pasando, es el fin del mundo!». Santi, el mundo y la Iglesia ya han vivido muchos tiempos catastróficos y aquí seguimos. Pensemos en la caída Constantinopla en manos de los musulmanes; o el saqueo de Roma y la huida del papa del Vaticano; o la gran división entre la Iglesia de oriente y de occidente; o la época en la que tuvimos tres papas al mismo tiempo y el que decía ser papa de verdad vivía en Francia; o piensa en las grandes epidemias y pestes de la edad media; o de las dos guerras mundiales; por no hablar de las persecuciones sangrientas de los inicios de la Iglesia y de las que se han seguido dando en pleno s.XX, etc. Nada es nuevo y no hay motivos para ser alarmistas. La única cosa que sí resulta algo preocupante es la pérdida del sentido común y las formas cada vez más sofisticadas de egoísmo con las que nos seguimos lastimando. Muchos países occidentales que ya habían aceptado el mensaje de Jesús lo van dejando morir como algo que estorba y la consecuencia natural es una sociedad más triste, con gente más sola y desesperanzada. Supongo que no por nada dijo Jesús: «¿Cuándo regrese encontraré fe en la tierra?» (Lc 18,8).

De repente aparecen mensajes catastrofistas y gente obsesionada por el fin del mundo. Tú, Santi, agárrate sencillamente de lo que la Iglesia

piensa oficialmente y que aparece en varios números del catecismo. Ahí menciona, entre otras cosas, que el día del Señor «se puede cumplir en cualquier momento aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén retenidos en las manos de Dios» (673); vincula este momento al «reconocimiento del Mesías por todo Israel» (674); dice que antes de que suceda, «la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes» (675); que implicará también la «victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal» (677); vendrá acompañado de un juicio universal que «revelará lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena» (1039); que «solo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar (...), que entonces conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación (...), y comprenderemos los caminos admirables por los que su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último» (1040). A mí esta última parte me encanta y me invita a la confianza absoluta en los planes de Dios, por más que a veces la descripción que hace la biblia pueda asustar un poco: «Los cielos serán destruidos por fuego y los elementos se fundirán con intenso calor» (2 Pedro 3,10-12), porque será la preparación inmediata de un mundo todavía más hermoso que este, donde seremos, ahora sí, felices para toda la eternidad.

«Bueno, padre, y ¿cómo puedo relacionar esto con mi vida?».

Santi, sería un error vivir con miedo. Jesús dijo: «Vive en el presente y no te preocupes demasiado por el mañana, que a cada día le basta su propia carga» (Cfr. Mt 6,34). El mensaje de fondo no es de miedo, sino de alegría: «Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver mi día; lo vio y se alegró» (Jn 8,56); y de esperanza: «Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación» (Lc 21,28). Vive con responsabilidad los años que tienes de vida, tío, porque, de hecho, no sabes cuanto tiempo te queda. ¡Cuánta gente de tu edad se despertó hoy sin saber que sería su último día! Recuerda que tenemos una sola vida, un partido de fútbol que dura noventa minutos y el resultado permanece para la historia. Por más dinero que tengas no puedes cambiar el marcador. La frase de los antiguos sabios Memento mori! («¡Recuerda que vas a morir!»), es una invitación a vivir una vida hermosa, una vida que valga la pena. ¿Qué son

ochenta o noventa años que puedas vivir comparado con cinco mil millones de años que te esperan en la eternidad? Déjale a Dios los destinos del mundo y tú vive un día a la vez haciendo todo el bien que puedas y disfrutando cada instante. La misión tuya, mía y de toda la Iglesia es mantener la vela encendida, dar testimonio de estas verdades hasta que Jesús regrese, recordando, como decía San Juan de la Cruz, que «al atardecer de la vida nos examinarán del amor».



Y ahora, ¿cómo responderías tu a un amigo que te hace estas preguntas?

1. ¿Qué es el tiempo?
2. ¿Cuánto tiempos nos queda?
3. ¿Cómo será el fin del mundo?
4. ¿Jesús habló de esto?
5. ¿Debería preocuparme?

La vida es un partido de noventa minutos y el resultado queda para la eternidad. Trata de terminar el partido habiendo hecho sencillamente tu mejor esfuerzo.

Por último, Santiago, acabando de leer estas páginas, tal vez valga la pena que examines tu vida con algo más de profundidad, a la luz del amor tan grande que Dios te tiene y de estas verdades fundamentales de las que hemos hablado. Para trabajar los problemas desde la raíz y dejar de andar siempre podando las malas hierbas en la superficie, a lo mejor te sirve examinar tu corazón a la luz de los pecados capitales: soberbia (creerte superior a los demás, juzgar a la gente, ser autosuficiente o no aceptar tu realidad de creatura de Dios); avaricia (vivir demasiado preocupado por tener siempre más cosas); lujuria (convertir el placer sexual en un ídolo o mirar a las personas como objetos de placer); ira (enojarte de manera desproporcionada al punto de poder lastimar a otros); pereza (desperdiciar tu tiempo); gula (comer o beber sin control ni medida); envidia (compararte con los demás en lugar de ver cómo puedes sacarle más brillo a tu vida y tus talentos).

«Pero, padre, ¿para qué me confieso si sé que voy a volver a caer?»

Es muy buena pregunta, Santi. De hecho, muchos jóvenes alguna vez me han dicho: «No sé para qué me confieso si sigo igual, es más, llevo años confesando lo mismo y no mejoro, ¿para qué confesarme?». Dos cosas. Primero, vive y sé feliz un día a la vez. Con Dios cada día es nuevo y nos quiere felices en el presente. No dejes que lo que pasó ayer afecte tu día de hoy. Pide perdón y levántate siempre de nuevo. Y, en segundo lugar, el sacramento de la confesión es muy poderoso, pero a veces le sacamos poco provecho porque no nos preparamos bien. Te dejo una pequeña guía para que aproveches mejor cada confesión:

1. Examina tu corazón y tu conciencia a la luz del amor de Dios. Recuerda que algo es pecado, no porque Dios lo diga, sino porque es algo que te lastima y Dios no quiere que te lastimes. Pregúntate:

- ¿Dudo del amor que Dios me tiene y lo busco solo para pedirle cosas? ¿Estoy construyendo mi vida en torno a su voluntad o la mía? ¿Hago memoria con frecuencia de los regalos que me ha dado, empezando por la vida, para darle las gracias o vivo en una eterna insatisfacción comparándome con los demás?

- ¿Guardo rencor contra alguien sin estar dispuesto a perdonar como Dios me perdona? ¿He dejado pasar oportunidades para hacer algo por

los demás? ¿He lastimado a otros en obras o palabras?

- ¿He usado el nombre de Dios de manera burlona? ¿Me he avergonzado de Él delante de los demás? ¿He prometido algo a Dios con ligereza y superficialidad que no haya cumplido?

- ¿Le doy a Dios tiempo de calidad o solamente de lo que me sobra? ¿He cuidado de acudir a la Iglesia cuando corresponde? ¿Vivo la misa distraído y de manera superficial?

- ¿He lastimado de palabra u obra a mis padres? ¿He sido agradecido y cariñoso con ellos? ¿Guardo rencor contra mis padres?

- ¿He deseado mal a otro o me he alegrado de su desgracia por envidia? ¿Me he expuesto o he expuesto a otros a peligros físicos innecesarios? ¿He criticado o he hablado mal de los demás queriendo dañar su reputación?

- ¿He consumido pornografía o he compartido contenidos pornográficos con otros? ¿He deseado la esposa o esposo de alguien más o mirado a personas con lujuria rebajando su dignidad como personas? ¿Me he masturbado o tenido intimidad sexual fuera del matrimonio?

- ¿He robado? ¿He malgastado el dinero o los bienes a mi disposición en cosas superfluas e innecesarias? ¿No conforme con lo que tengo me he codiciado lo que no me pertenece?

- ¿He mentido? ¿He sido deshonesto en el trabajo, exámenes, tareas, etc. tratando de engañar? ¿He dañado la reputación de otro con críticas o calumnias?

2. Ahora pregúntate si estás arrepentido por haberte hecho daño a ti mismo, a los demás o a Dios y proponte mejorar en algo.

3. Confiesa al sacerdote tus faltas de amor, rencores y pecados con sencillez, claridad y con muchísima confianza en Dios.

4. Cumple con el gesto de amor que el sacerdote te pida (penitencia), para ayudar a sanar o reparar el daño que te has causado a ti mismo o a los demás

RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS DE CADA CAPÍTULO

ACERCA DE LA VERDAD

1. ¿Existe la verdad o «cada quién sus cubas»? La verdad sí existe, pero también existen diferentes tipos de verdades.
2. ¿Existe una verdad moral universal más allá de la cultura, la época histórica, la mentalidad de moda, las leyes, etc.? Así es y se llama «ley moral natural».
3. ¿Se puede hablar de una verdad moral sin necesidad de la religión? Sí, porque se basa en la naturaleza humana y reside en la razón, no en las convicciones, opiniones o creencias de cada uno.
4. Si en la misma Iglesia hay cosas que han cambiado con el tiempo, ¿cómo asegurar que lo que hoy aceptamos como verdadero no va a cambiar en el futuro? En la Iglesia también hay diferentes tipos de verdades y las que se refieren a lo que creemos (el credo), no cambian ni pueden cambiar.

ACERCA DE LA RELACIÓN CIENCIA-FE

1. ¿Venimos de los monos o no? ¿Somos polvo de estrellas y el resultado de millones de años de evolución o fuimos formados del barro como dice la Biblia? Sí, venimos de los monos y sí, somos polvo de estrellas, pero detrás de ese proceso verdaderamente extraordinario no está el azar sino una Mente Inteligente.
2. ¿Son compatibles la fe y la razón? Sí, es más, las dos se necesitan mutuamente y se complementan.
3. ¿Acaso no ha sido la fe un gran obstáculo en el camino del pensamiento científico? La historia demuestra más bien lo contrario, pues precisamente donde la fe ha arraigado con mayor profundidad es donde han surgido mayor número de figuras de una enorme categoría intelectual y científica, como Einstein, Born, Mendel, Lemaître, etc.
4. ¿Qué es la ciencia exactamente? Se refiere al conocimiento obtenido mediante el método científico (observación, medición, experimentación, hipótesis y verificación).

ACERCA DE DIOS

1. ¿Es posible demostrar que Dios existe? No lo es porque no es evidente, no es tangible y la ciencia no tiene herramientas para demostrarlo. Lo más que podemos hacer es mostrar la probabilidad de que exista usando el sentido común y la razón para pensar en un Ser que sea origen y fin del universo.

2. ¿Es uno o son tres? ¿Los católicos somos monoteístas o más bien politeístas y creemos en varios dioses? Somos monoteístas porque creemos en un solo Dios que comparte su misma naturaleza con otras dos personas increadas y omnipotentes.

3. ¿Si dicen que Dios es bueno por qué permite el mal? ¿O no es bueno o no es omnipotente verdad? Digamos que Dios nos quiso comprar un Ferrari (el don de la vida) y nosotros los chocamos, y llevamos millones de años chocando nuestros carros unos contra otros, pero al final veremos y entenderemos la manera en la que, respetando nuestra libertad, hará que todo termine bien.

ACERCA DE JESUS

1. ¿Por qué decimos que somos la única religión verdadera cuando hay tantas personas buenas que piensan diferente sencillamente por haber nacido en otro lugar? En Cristo y en lo que él nos ha dicho está la plenitud de lo que podemos saber (porque es el mismo Dios). Creemos que las personas buenas que no lo conocen o fundadores de otras religiones, de haberlo conocido y escuchado se quedarían con Él, tanto antes como ahora.

2. ¿Cuál es la novedad del cristianismo si todas las religiones dicen más o menos lo mismo respecto a la moral y las preguntas fundamentales de la vida? Que el mismo Dios, origen de todo cuanto existe, se ha hecho carne por amor a nosotros. Ha nacido, vivido y muerto como cualquiera de nosotros.

3. ¿Cuál es la diferencia entre Cristo y otros grandes líderes espirituales del mundo? Que solo Cristo ha tenido la osadía de decir que no era solo un iluminado o enviado por Dios, sino que era Dios mismo, el creador del universo, hecho hombre entre nosotros.

4. ¿Qué dice la Iglesia respecto a las demás religiones? Que, si bien el cristianismo es históricamente la única religión fundada por Dios mismo, en todas las religiones existen personas y verdades hermosas.

ACERCA DE LOS ALIENS

1. ¿Hay vida inteligente en otros planetas? En este universo no lo sabemos, lo que sí sabemos es que no estamos solos y que existe un universo antes que el nuestro, como una primera temporada de Netflix. Nuestro universo sería la segunda temporada de Netflix.

2. ¿Existen otros seres inteligentes en el universo? Sí, se llaman espíritus puros y se dividen en buenos y malos, ángeles (servidores) y demonios (rebeldes).

3. ¿Los ángeles y los demonios son personas? Sí, porque, aunque no tienen cuerpo, están dotados de entendimiento y voluntad.

4. ¿Cómo sabemos que existen? No habría forma de saberlo por la sola razón, si el mismo Jesús no nos hubiera hablado de ellos.

5. ¿Tienen algún tipo de poder en nuestro mundo? Principalmente, operan a nivel espiritual o intelectual. Pero no tienen más poder sobre nosotros del que queramos darles o ventanas que queramos abrirles, principalmente, a través de los vicios y pecados raíces.

6. ¿La magia funciona? Los ritos vinculados a la magia y el ocultismo tienen un poder real porque son rituales (recetas).

7. ¿Existe una magia blanca? Si a blanca te refieres como buena, no. La magia es magia y será siempre un poder que actúa en la oscuridad al margen del poder que Jesús quiso dar a su Iglesia.

ACERCA DE LA IGLESIA

1. ¿Cómo saber que no es un invento de los hombres? Leyendo los Evangelios, que son relatos con fundamento histórico, puedes darte cuenta de que Jesús quiso dar forma a esta comunidad de seguidores y dejarles una doctrina que enseñar, un poder que comunicar y una jerarquía que la pudiera gobernar.

2. ¿Por qué no vende sus riquezas para ayudar a los pobres? Porque no tendría con qué sostener todas las obras sociales que mantiene en el mundo entero, además de que ya se ha hecho varias veces en diferentes países por parte del gobierno y no ha resuelto nada.

3. Si Dios me escucha siempre, ¿qué necesidad tengo de ir a la Iglesia o de hablar de mis pecados con un sacerdote? Dios siempre ha querido entrar en la historia y tocar nuestro mundo a través de mediaciones humanas (patriarcas, profetas, apóstoles, sacerdotes, etc.), además del bien que te hace psicológicamente verbalizar lo que vienes cargando y dejar que te aconsejen.

4. Y si Dios está en todas partes, ¿por qué tengo que ir a un templo y tiene que ser a fuerzas los domingos? Porque Jesús resucitó un domingo y es el día en que celebramos junto con el resto de los cristianos del mundo este acontecimiento.

5. Si la Iglesia se dice tan amiga de todos, ¿por qué discrimina a las mujeres y nos les permite ser sacerdotes? Porque Jesús quiso asumir un cuerpo de varón y el sacerdote es la representación de Jesús en el tiempo.

ACERCA DE LA VIDA MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

1. ¿Somos inmortales? Sí, nunca vamos a morir porque, aunque nuestro cuerpo se apaga y se pudre, la esencia de lo que somos (identidad, memoria, emociones, entendimiento, voluntad, etc.) y que llamamos «alma» continúa su vida sin el cuerpo.

2. ¿Hay forma de demostrarlo, es algo sostenible sólo por la fe o también por la razón natural? No, no hay forma de demostrarlo con métodos científicos. Ciertamente, la filosofía apoyada en la razón natural da indicaciones de que esto sea así, pero como pasa con otras verdades, solo podemos encontrar motivos razonables que sean compatibles con lo que sabemos por la fe.

3. ¿Lo que creemos los católicos en qué está basado? Prácticamente en lo que nos dijo Jesús y apoyándonos en el conjunto de lo que Dios nos ha revelado en las escrituras.

ACERCA DE LAS ASÍ LLAMADAS ENERGÍAS

1. ¿Existen otros mundos, energías o poderes alternativos? Sí, existen y tienen un poder real y efectivo en nuestro mundo si tú les das entrada, a través de prácticas y rituales mágicos.

2. ¿Está mal hacer yoga, incluso si solo voy para relajarme? No se trata de que esté mal o bien, sino de ser consciente de que lo que estás buscando (un amor que sane tus heridas de raíz) no lo vas a encontrar ahí. El yoga es una práctica vinculada a una religión que no cree en Dios y debes ser consciente de que muchas veces el que la dirige o la práctica no está solamente «estirando músculos», sino también orando con su cuerpo e interactuando con realidades ajenas al pensamiento cristiano.
3. ¿Hay prácticas populares que puedan lastimar a las personas? Muchas, especialmente los objetos o alimentos ritualizados por brujos y los maleficios.

ACERCA DE LA BIBLIA

1. ¿El arca de Noé existió o no existió? Probablemente no como lo cuenta la Biblia, pero no afecta para nada al mensaje o enseñanza que nos quiere transmitir esa historia.
2. ¿Cómo sabemos qué cosas sí pasaron y cuáles no? Depende de la naturaleza del libro y de qué tipo de escrito es: sapiencial, profético, histórico, etc. Para eso existe una ciencia llamada exégesis.
3. ¿Quién escribió la Biblia? Personas normales que a través de sus experiencias personales o comunitarias quisieron compartir algunas enseñanzas a través de las cuales Dios nos habla.
4. ¿Por qué hay una lista de evangelios aprobados como inspirados por Dios y otros no? Hay varios factores, pero el más importante es que se hayan escrito poco después de la muerte de Jesús y estén en sintonía con el resto de los libros de la Biblia.
5. ¿Existen libros prohibidos o escondidos por la Iglesia? Ni escondidos ni prohibidos. Sencillamente, no se consideran válidos o inspirados por Dios.
6. ¿Si la Biblia es palabra de Dios por qué nos manda matar y cosas así? Porque muchas narraciones que tiene la Biblia no cuentan las cosas tal cual, sino que hacen una relectura de los acontecimientos históricos buscando comunicar una enseñanza, según la mentalidad y la cultura de la época.

ACERCA DE LA ORACIÓN

1. ¿Qué necesito hacer para comunicarme con Dios? Tan sencillo como cerrar los ojos, imaginártelo frente a ti y decirle lo que vienes cargando con la mayor honestidad posible.
2. ¿Es posible hablar con alguien que no puedes sentir o escuchar? Sí, precisamente porque Dios es espíritu y se comunica contigo a través de tus facultades espirituales (el entendimiento, la memoria, la voluntad) y en ocasiones también lo puedes sentir corporalmente, a través de una gran sensación de paz, de seguridad.
3. ¿Por qué dedicar tiempo a algo tan aburrido que no me aporta nada? Porque no eres solamente un animal y si nutres tu espíritu vas a ver cómo muchas cosas mejoran.
4. ¿Por qué no recurrir a experiencias más satisfactorias como un masaje o hacer ejercicio para despejar la cabeza? Todo eso está bien, pero en la oración vas a la raíz de los problemas y le das entrada a Dios para que te sane, te fortalezca y te ilumine.

ACERCA DEL SEXO

1. ¿Por qué tantas restricciones de la Iglesia respecto a la vida sexual y las decisiones que atañen a la intimidad de las personas? El sexo es algo hermoso y la Iglesia quiere cuidar su belleza original e invitar a las personas a vivirlo con la mayor responsabilidad posible.
2. ¿Por qué esperar hasta el matrimonio para tener relaciones sexuales con tu pareja? Porque es la única persona en el mundo que merece esa parte de ti: tu intimidad, tu desnudez, tu total entrega y sobre todo la posibilidad de dar origen a un nuevo ser humano.
3. ¿Por qué la Iglesia descalifica a todos los que pierden su virginidad fuera del matrimonio? La Iglesia lo que hace es invitar a los jóvenes a dejar de vivir eligiendo entre lo malo y lo bueno, e invitar a elegir entre lo bueno y lo mejor.
4. ¿Por qué no somos libres de decidir cuándo, con quién y con qué frecuencia podemos tener relaciones sexuales? Siempre eres libre para decidir todo eso, como en todo lo demás. La pregunta sería si esa forma de vida te hace realmente más libre o genera vicios, desilusiones, manipulaciones o inseguridades que te hacen menos feliz.

ACERCA DEL ABORTO

1. ¿El aborto es comprensible en algunas circunstancias? Nunca, porque si biológicamente se trata de un ser humano y por lo tanto de una persona, estaríamos hablando de un homicidio.
2. ¿Hay abortos justificados por el bien o la salud de la madre? Un fin bueno nunca puede justificar un medio malo, como matar un hijo para salvar a una madre. Pero existe el principio de «doble efecto», cuando una acción buena, como tomar quimioterapia para evitar la propagación de un cáncer en la mamá, provoca sin quererlo de ningún modo la muerte del bebé.
3. ¿Por qué debería una mala decisión condicionar el resto de la vida de una pareja o una adolescente? Porque debemos ser responsables con el poder que tenemos de dar vida a más seres humanos.
4. ¿Debería existir un derecho al aborto en caso de violación? No, porque el día en que la sociedad encuentre la forma de justificar un homicidio o la muerte de un inocente, sea por la razón que sea, esa sociedad se colapsa.
5. ¿Qué pasa con los hijos que vienen con malformaciones o enfermedades incurables? Tienen el mismo derecho a la vida que tú y que yo.
6. ¿El feto es biológicamente parte del cuerpo de la madre? Está en el cuerpo de la madre y se nutre del cuerpo de la madre, pero es un ser genéticamente diferenciado totalmente.

ACERCA DE LA IDENTIDAD SEXUAL

1. ¿El ser humano nace o se hace, existe un «gen gay»? El ser humano nace y se hace, pero no existe como tal un gen gay porque a nivel básico, estructural, cromosómico somos varón o mujer.
2. ¿Por qué la Iglesia discrimina a los homosexuales y nos les deja casarse o tener hijos? Discriminar es hacer sentir menos a alguien en razón de su raza, creencias personales, orientación sexual o lo que sea. La Iglesia no discrimina a nadie, pero sí afirma que por naturaleza no sería razonable equiparar la intimidad sexual de dos hombres, a la de un hombre y una mujer que, naturalmente, está abierta a la vida, y con ello a la paternidad y la maternidad. Por otra parte, defiende los derechos que tiene cualquier niño a tener un padre y una madre.

3. Si somos libres, ¿por qué no podemos elegir lo que queremos ser? Porque en nuestra libertad nadie nos preguntó si queríamos nacer con un cuerpo de hombre o de mujer. Tenemos que ser libres aprendiendo a ser como somos. ¿O acaso en tu libertad puedes elegir no respirar oxígeno o volar como los pájaros?

4. ¿Estamos determinados por algún tipo de ley natural o la forma en que nos entendemos puede cambiar con el tiempo o la historia? Por más que en lugar de llevar un garrote o una espada llevemos un teléfono inteligente en la cintura, la naturaleza fundamental del ser humano es la misma siempre.

5. ¿Acaso no tenemos derecho a ser felices y a experimentar el amor cada quien a su manera? Así es, pero el amor va de la mano del sentido común y la razón. Cuando no es así corremos el peligro de lastimarnos a nosotros mismos o lastimar a los demás. ¿O acaso puedes tu amar «a tu manera» golpeando a la gente o criticando a tus amigos? El amor también tiene sus leyes.

6. ¿Por qué la Iglesia genera en las personas que piensan diferentes sentimientos de culpabilidad? Eso nunca debería pasar. La culpabilidad está relacionada con el juicio. En cambio, el amor que Dios siente por cada persona debería llevarla no a sentirse juzgada, sino escuchada, comprendida y acompañada.

ACERCA DE LOS MÉTODOS ANTICONCEPTIVOS

1. En caso de no poder tener hijos naturalmente, ¿la Iglesia aprueba la fecundación in vitro u otras técnicas de reproducción asistida? La Iglesia apoya cualquier medio que busque ayudar a los esposos a tener hijos, siempre y cuando dicha técnica no reemplace el momento de intimidad sexual y que la fecundación del óvulo se dé dentro del útero de la madre.

2. ¿Se puede usar el condón para no embarazarse a tu esposa? A no ser que haya de por medio temas de salud, la Iglesia siempre recomienda usar métodos naturales para respetar el significado pleno del acto sexual.

3. ¿Los embriones congelados son personas? ¿Se pueden usar embriones congelados para investigación? Sí, son personas, y por ello no se deben usar como material de laboratorio.

ACERCA DEL FEMINISMO

1. ¿Dios también es mujer? ¡Claro! De lo contrario cómo podría decir: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza» y crearlo también mujer.

2. ¿Jesús hubiera sido feminista? Jesús no solo hubiera sido feminista, sino que fue feminista, si entendemos el feminismo como un movimiento que busca darle a la mujer el lugar, la dignidad y el respeto que le corresponde en todos los ámbitos de la sociedad. Con el trato que les dio, con el protagonismo que les dio en las primeras comunidades cristianas y con la manera en la que vino a romper tantos estereotipos de la época que las consideraban seres de menor categoría Jesús fue un gran feminista.

3. ¿Por qué la Iglesia discrimina a las mujeres y no les permite no ser sacerdotes? Sencillamente porque el sacerdote es la continuación en la historia de la presencia de Jesús con nosotros. Si Dios se hubiera encarnado en una mujer probablemente tendríamos a mujeres sacerdotisas, pero no fue así. En la misa, por ejemplo, cuando el sacerdote dice: «Esto es mi cuerpo», no lo dice como una receta. Es realmente Jesús el que lo dice nuevamente usando el cuerpo de varón que asumió al hacerse carne.

4. ¿Está bien como católico apoyar el movimiento feminista? Sí, pero un feminismo cristiano, que busca dar a la mujer el justo papel que le corresponde en la sociedad (y que necesitamos), sin renunciar a su vocación natural a ser mamá y formar una familia. Que no quiere decir que todas tengan que casarse necesariamente.

ACERCA DEL PORNO

1. ¿Qué daño me puede hacer el porno o por qué está mal? Porque se puede convertir en una forma de adicción que lastima tu realidad de ahora y la que te espera en el futuro como esposo y padre de familia.

2. ¿Por qué dicen que es un vicio? Porque es un mal hábito que genera soledad, tristeza, baja autoestima y corrompe la manera de ver a los demás.

3. ¿Cómo puedo combatir los vicios en general? Aceptando tu realidad, hablando con alguien y exigiéndote una sana disciplina sobre la que luego alimentas tu vida espiritual.

ACERCA DE LA FELICIDAD

1. ¿Qué es la felicidad? Es un estado, una certeza, no solo un sentimiento.
2. ¿Cómo saber si eres feliz? Reflexiona sobre el conjunto de tu vida y pregúntate honestamente si te sientes orgulloso de ti mismo y de lo que tu vida significa para los demás.
3. ¿Existe como un termómetro de la felicidad? Yo diría que sí y está relacionado con el cansancio con el que llegas a la cama cada noche unido a una profunda satisfacción interior.
4. ¿Por qué dicen que la felicidad es una decisión? Porque hay que querer ser feliz todos los días, por encima de los vaivenes de los sentimientos, emociones y circunstancias que escapan a nuestro control.
5. ¿Qué puedes hacer para tomar las mejores decisiones posibles? La mejor brújula es el corazón, complementado con pedir consejo, sopesar las opciones, investigar, leer, reflexionar y preguntar al Espíritu Santo.

ACERCA DEL FIN DEL MUNDO

1. ¿Qué es el tiempo? Es el nombre que le damos al cambio que percibimos en las cosas. Donde no hay materia no hay cambio. Por eso en el cielo no hay tiempo, porque no hay materia.
2. ¿Cuánto tiempos nos queda? La verdad es que no lo sabemos, ni para el mundo ni para ninguna persona.
3. ¿Cómo será el fin del mundo? Será un acontecimiento cósmico en el que participe toda la creación y dará lugar a «unos cielos nuevos y una tierra nueva» (Ap 21,1).
4. ¿Jesús habló de esto? Varias veces, confirmando también lo que los profetas anteriores a Él habían revelado.
5. ¿Debería preocuparme? Para nada, es sencillamente una llamada a vivir el tiempo que tengamos de vida con responsabilidad. Es más, deberías alegrarte, porque supondrá el fin definitivo de todo lo que en esta vida hace sufrir a las personas, para ser recibidos por el gran Rey en su ciudad santa donde nos dirá: «He aquí que hago nuevas todas las cosas y enjugaré toda lágrima de los ojos y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor ni dolor» (Cfr. Ap 21).

WORKBOOK

Santiago, la idea de este libro es también darte herramientas para crecer y aprender cosas con tus amigos. Por eso, aquí te dejo una guía que te puede ayudar a adaptar el contenido de cada capítulo a un encuentro reflexivo con ellos (¡sin olvidar las cervezas!). Puedes seguir estos pasos:

1. Elige un tema que te interese de los que aparecen en el índice.
2. Plantea el problema o punto de partida.
3. Propón un pasaje del evangelio relacionado con el tema.
4. Desarrolla la reflexión siguiendo el esquema que aparece en cada capítulo:
 - (a) ¿Qué preguntas tienen tus amigos al respecto?
 - (b) ¿Qué opina la mayoría de la gente?
 - (c) ¿Qué nos diría Jesús si estuviera aquí hablando con nosotros?
 - (d) ¿Qué piensa la Iglesia realmente?
 - (e) ¿Qué ideas de fondo nos pueden servir para la vida?
 - (f) Ofrece un espacio para compartir puntos personales de trabajo.

Para hacerlo más fácil, hagamos un ejemplo tomando el capítulo que habla del porno.

Tema: Porno.

Punto de partida: ¿De qué manera nos lastima?

Pasaje del evangelio: «¡Si tu ojo te hace pecar saquátelo!» (Mt 18,9).

(1) ¿Qué preguntas tienen al respecto?

¿Por qué lo quieren demonizar como si fuera una droga? ¿Por qué tiene tanta fuerza en mí y me cuesta tanto dejarlo aunque sé que no me ayuda?.

(2) ¿Qué opina la mayoría de la gente?

Mucha gente dice: «¿Por qué generar problemas de conciencia ante cosas tan naturales como la masturbación o el consumo de pornografía? Es algo natural y sano». Luego están los que, honestamente, intuyen que no es lo mejor pero se han resignado a decir: «Es parte de la vida y hay que vivirlo con normalidad, sin darle demasiada importancia», y lo hacen parte de su rutina, junto con ir al gimnasio o comer tres veces al día. No faltan los «médicos» que afirman que, junto con la masturbación, sería algo necesario en el hombre tanto fisiológica como psicológicamente. Y por último los que aceptan que no les hace bien, pero ante tantos fracasos en el intento de dejarlo tiran la toalla y se conforman con ir tirando más o menos con el tema.

(3) ¿Qué diría Jesús si estuviera aquí hablando contigo?

Jesús hablando de la necesidad de custodiar la vista siendo esta una ventana por la que dejamos entrar en la cabeza tantas cosas, dijo: «El ojo es la lámpara de tu cuerpo; si tu ojo está sano tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo está enfermo todo tu cuerpo estará en tinieblas. Y si la luz que había en ti se convirtió en tinieblas, ¡cuánta oscuridad habrá!» (Lc 11,33). Y por ello insiste más adelante: «¡Si tu ojo te hace pecar saquátelo!» (Mt 18,9). Jesús no se anda con rodeos.

(4) ¿Qué piensa la Iglesia realmente?

La pornografía tiene efectos primero psicológicos, afectando la voluntad (que se siente esclavizada) y la autoestima (que se siente fracasada). Segundo neurológicos, debido a que los actos repetitivos dejan alteraciones cerebrales en los tejidos que pueden incluso afectar las funciones cognitivas. Tercero, emocionales, porque genera actitudes de aislamiento, inseguridad personal y tristeza. Y cuarto espirituales, porque provoca sentimientos de culpabilidad y lleva a la persona a sentirse sucia e indigna del amor de Dios. También puede debilitar la relación con tus amigos, haciéndote algo manipulador, insincero, egoísta, menos capaz para sacrificarte por los demás. De cara a tu futuro matrimonio te crea expectativas falsas y fantasiosas de la vida sexual con tu esposa y te

puede llevar a comparaciones destructivas entre lo que estás viviendo con ella y la cantidad de imágenes que traes en la cabeza. Santi conozco personas tan dañadas que después de tener sexo con su esposa sienten la necesidad de masturbarse viendo pornografía. Hasta tu relación con Dios sale perdiendo porque el porno te nubla la vista y hace que veas las cosas hermosas de la vida de manera desenfocada o distorsionada.

(5) ¿Qué ideas de fondo te pueden servir para la vida?

En primer lugar, te recomiendo buscar a alguien con quien puedas hablarlo con sencillez y naturalidad, un amigo que te pueda orientar y acompañar, ya sea un compañero de clase, o mentor, un sacerdote, un psicólogo o lo que sea. Pero hablar y verbalizar las cosas ayudan a enfrentarlas mejor.

Y en segundo lugar ayúdate a ti mismo. Un adicto al alcohol inteligente que quiere dejar la adicción no duerme con una botella de whisky en su habitación. La disciplina en la vida no lo es todo, pero sin ella no se consigue nada que valga la pena. Recuerda además que como católico tienes el apoyo de la confesión y la eucaristía. Que nunca te de vergüenza hablarlo en la confesión porque Dios perdona siempre y perdona todo, y será siempre un momento profundamente liberador.

(6) Ofrece un espacio para compartir puntos personales de trabajo.

